LA BOLSA



LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF ILLINOIS

JULIÁN MARTEL, pseud.

LA BOLSA

(ESTUDIO SOCIAL)

SEGUNDA EDICIÓN

IMPRENTA ARTÍSTICA "BUENOS AIRES"
Venezuela 511

1898

Á LOS AMIGOS DE JULIÁN MARTEL

Los que fuimos amigos de Julián Martel estamos en deuda con su memoria.

Esta segunda edición de LA BOLSA, debida al más tierno y piadoso de los afectos, el de la madre inconsolable, nos lo viene á recordar involuntariamente.

En efecto, nada hemos hecho en homenaje del amigo leal y del artista desinteresado, de cuyo paso fugaz por la vida no queda más testimonio que éste: la obra que él labrara con sus propias manos, legando su nombre á la posteridad, LA BOLSA.

Quien escribió este libro, es por todo concepto digno de que el arte le rememore.

Yo no sabría decir si es una obra maestra; pero, sin ultrapasar los límites que traza la discreción, creo poder afirmar que La Bolsa es la mejor novela argentina.

A medida que los años pasan, la impresión favorable con que fué recibido el libro de Julián Martel, se va robusteciendo, y no son pocos los que opinan que había un gran novelista en el muchacho que, á los veintidós años, fué capaz de semejante esfuerzo.

«Una lluvia fina, un desmenuzamiento de agua helada, abundante y tupida como la niebla, se descolgaba de un cielo de alabastro, manchado allá abajo por un gran círculo de luz difusa...»

Esta primera frase de La Bolsa, sóbriamente descriptiva, nerviosa en su construcción y eufónica en su ritmo, á la vez correcta y atrevida, denuncia desde luego á un artista, y no hay lector que no se haya sentido impulsado por ella á leer el cuadro que la sigue... y luego toda la novela.

Yo no sé, lo repito, si es una obra

maestra; pero estoy seguro de que es un hermoso libro, y el único documento literario que refleja con verdad un período singular de la vida bonaerense. La Bolsa, así como la *Amalia* de Mármol, á la que supera en mucho como obra de arte, tendrá siempre que ser leída por los que quieran penetrar las modalidades y evoluciones del alma argentina.

Lo dicho basta para llenar mi propósito, que no es por cierto escribir un prólogo; pero sí establecer que Julián Martel tiene títulos sobrados para que su nombre no caiga en el olvido.

Si á Imbert Galloix, que apenas escribió unos ensayos críticos, le conoce el mundo entero; y si Arvers ha pasado á la inmortalidad con un soneto,—y esto en literatura tan vasta y gloriosa como la francesa—¿cómo no ha de corresponderle uno de los primeros puestos en la de su país al que la ha enriquecido con una obra como La Bolsa?

Seguro de que no sufro una ofuscación engendrada por el afecto, y convencido de que las capitales cultas son aquellas

que rinden homenaje igual á los héroes que á los poetas, inicio la idea de elevar un monumento á la memoria de Julián Martel.

El sitio en que aquél debiera erigirse lo ha indicado él mismo en el mejor capítulo de su obra, aquel que comienza diciendo: «Es un día de sol y de regocijo, uno de esos domingos, claros, tibios, diáfanos, con olor á violetas, que de improviso cortan en pleno invierno, la monótona sucesión de los días helados . . . »

En ese capítulo Martel evocó en la descripción de un desfile á Palermo, la crisis suprema que acarrearía la «fiebre de progreso», y por uno de esos caprichos propios de los artistas sensitivos, se describió á sí mismo en el personaje que figura como espectador del cuadro:

«Y mientras tanto, un poeta, joven, alto, enlutado, de fisonomía triste y resignada; un pobre poeta que ha tenido que abandonar la buhardilla donde se moría de hambre y de frío, para envolverse en «la capa del pobre», en un rayo de sol; una futura gloria de las letras america-

nas, cuyos versos nadie lee por que la bolsa no da tiempo para ello, mira, sentado en un banco, y por debajo del ala enorme de su chambergo de bohemio, mira con amargura los esplendores de aquella bacanal fastuosa, y su mente visionaria, enamorada de la antítesis, le presenta un cuadro pavoroso.»

Allí, en la vuelta de los jardines de la Recoleta, bajo los árboles y entre las flores, allí debe el artista realizar en la piedra la imagen que trazara el poeta, colocándole en la misma actitud que á él le plugo atribuirse, viendo la fastuosa avalancha de carruajes precipitarse en el abismo...

El más bello parque de París, vela entre sus maravillosos jardines el monumento de Guy de Maupassant.

¿Por qué los de la Recoleta no habían de cobijar el de Julián Martel? ¿Por qué no habíamos de imitar también en este caso el ejemplo que nos da la Ciudad Lumbrera?

No se me escapa la distancia que media entre un maestro glorioso y un joven que

murió cuando se iniciaba en la vida de las letras; pero repárese en que todo es relativo, en que la Recoleta no es el Parc Monceaux y en que, si se les hubiera exigido á los héroes nacionales el genio y las hazañas de César ó Alejandro, nadie habría pensado en erigirles monumentos.

No hay, pues, pretexto con que eludir la obligación.

Pongámonos á la obra, en la que no han de faltarnos cooperadores entusiastas, y, quizá mucho antes de lo que pensamos, la imagen del poeta amigo se alce bajo las frondas, en una bella actitud meditativa.

JULIO PIQUET.

A MI MADRE

PRIMERA PARTE

I

EL ESCENARIO

Una lluvia fina, un desmenuzamiento de agua helada, abundante y tupida como la niebla, se descolgaba de un cielo de alabastro, manchado allá abajo por un gran círculo de luz difusa. Desde la mañana estaba cayendo, cayendo siempre, ora en forma de aguacero torrencial, ora en la de sutil llovizna, muy entretenida, al parecer, en las múltiples tareas de deslizarse por la tela tirante de los paraguas abiertos, para adornar sus bordes recortados con flecos de cristal, y en fabricar su pasta color chocolate, á un tiempo mismo resbaladiza y pegajosa, esparciéndola por calles y aceras con una persistencia que dejaba adivinar sus deseos de no-permanecer ociosa en

PRIMERA PARTE

I

EL ESCENARIO

a lluvia fina, un desmenuzamiento de
a helada, abundante y tupida como la nie-
t descolgaba de un cielo de alabastro,
n ado allá abajo por un gran círculo de
lu usa. Desde la mañana estaba cayendo,
ca) siempre, ora en forma de aguacero
toı al, ora en la de sutil llovizna, muy
ent ida, al parecer, en las múltiples tareas
de arse por la tela tirante de los para-
gua. rtos, para adornar sus bordes recor-
tado flecos de cristal, y en fabricar su
pasta r chocolate, á un tiempo mismo res-
balad pegajosa, esparciéndola por calles
y ace n una persistencia que dejaba adi-
vinar eseos de no permanecer ociosa en

medio del trabajo general. Complacíase también en hacer apurar el paso á los desprevenidos y en empañar el lustre de los coches y la nítida transparencia de los escaparates, envolviéndolo todo en un velo gris cuya densidad aumentaba con la distancia.

Soplando del sud-este, el viento hacía de las suyas. Cortante y burlón, se paseaba por las calles en actitud carnavalesca, arrojando á la cara de los transeuntes esas puñadas de lluvia que producen en la piel el efecto de crueles alfilerazos, y silbando aires extraños con toda la displicencia de un vago elegante que distrae su fastidio tarareando algún trozo de su ópera favorita. Pero á lo mejor, y sin motivo justificado, porque sí no más, encolerizábase de repente, y brusco y zumbante metíase en los zaguanes, sin llamar, como dueño de casa, invadía los patios y se colaba de rondón por la primera puerta franca que hallaba al paso, cerrándola tras de sí con la furia de un marido bilioso que viene de afuera dispuesto á vengar los contratiempos del día en las costillas de su consorte.

Irritado sin duda por el mal recibimiento que se le hacía, escurríase por cualquier rendija, se escapaba nuevamente á la calle, y una vez allí, para desvanecer su mal humor, encaramábase á los tendidos hilos del teléfono, y

pasaba por ellos su arco invisible, haciéndolos gemir como las cuerdas de un violín gigantesco. Terminada la fantástica sonata, echábase á correr por las desiertas azoteas, arrancando una nota de cada claraboya, una escala de cada chimenea.

Si encontraba al paso la bandera roja ó azul de un remate, se detenía un punto, como para tomar impulso, y luego la arremetía furioso, la estrujaba, la sacudía, la tironeaba, como queriendo arrancarla del asta á que estaba sujeta, irritado quizás, él, músico desinteresado, artista vagabundo, contra la prosáica operación simbolizada por aquel trapo flotante.

A ratos parecía calmarse, como si cansado de hacer travesuras, quisiera darse un instante de reposo. Pero pronto volvía á las andadas, más inquieto, más loco, más bullicioso que nunca. Hubiera podido comparársele á esos calaveras valentones que recorren en pandilla los barrios infames, armando jolgorios en que van confundidas la nota trágica con la cómica, el atropello soez y sin motivo con la broma picante y moderada.

En la plaza de Mayo desembocaba iracundo, rabioso, hecho un salvaje. Desfilaba por delante del Congreso, rozándolo apenas sin buscar camorra á un enemigo que parecía huir, en una línea oblícua, como avergonzado por la

humildad de su aspecto ó por la perfidia de sus propias intenciones. Dábanle, además, sus tres puertas enrejadas cierta apariencia de tumba vieja, y hubiera podido jurarse que el viento murmuraba al pasar: ¡pobre libertad!...

¡Qué viento aquél tan caprichoso! ¡Cómo se metamorfoseaba! ¿Pues no hacía el papel de protegido del Gobierno, de elemento electoral, abalanzándose sobre la Aduana—sobre aquella Aduana maciza, chata, cuadrada, de grosera arquitectura—y trepando por las escalerillas pintadas de verde, no zamarreaba las persianas, haciéndolas sonar como matracas en sus quicios inconmovibles, cual si quisiera llevárselo todo en un acceso de rapacidad delirante?

Y de súbito ¡qué reacción? Convertido de golpe en opositor intransigente, con qué empuje arremetía contra el palacio de Gobierno ante el cual un piquete de batallón se preparaba á saludar con el toque de orden la salida del presidente, viéndose brillar á la distancia la franja blanca de las polainas de los soldados.

Después de larga gira por pasillos y corredores, por antesalas y gabinetes, gira en que parecía ir preludiando entusiastas discursos políticos, tenían que ver los bríos con que salía envuelto en lluvia, para lanzarse sobre la mole obscura y elegante de la Bolsa de Comer-

cio, como si con las lágrimas que le hiciera derramar su pesquisa por los antros administrativos, intentase barrer y limpiar de una sola vez toda la escoria financiera!...

¡Cuánto aparato! ¡Cuánto resoplido! Pero ¡ah! era el viento!... Allá salía otra vez á la ancha plaza, haciendo trepidar los vidrios de los faroles y los cristales de las frágiles garitas. Agarraba las palmeras, las doblaba, las hacía crujir y quejarse en el lenguaje trémulo de sus hojas. Luego, jadeante y desesperado, volvía á transformarse en político sin conciencia, y abofeteaba la pirámide gloriosa, haciendo, de paso, vacilar en su pedestal á la estatua ecuestre!...

Emprendíala en seguida con el Cabildo, el cual, triste por la pérdida de su más bello ornamento, la torre, se levantaba junto al ancho boquete de la avenida, semejante á la enorme osamenta de un mameluco antidiluviano. Allí entraba el señor sud-este, se paseaba, vociferando, por las salas abandonadas, y á poco se le sentía salir rugiendo como esos litigantes que por no tener *cuñas*, ven premiada su falta de culpabilidad con una sentencia condenatoria...

De pronto los rugidos cesaban, se amortiguaban, degeneraban en femenil lamento plañidero; y era al pie de las columnas de la

catedral donde iba á desvanecerse bañado en lluvia, alzando antes una especie de ruego fervoroso en que parecía pedir un poco de compasión para la patria saqueada y escarnecida bajo el manto de oropel que la especulación y los abusos administrativos habían echado sobre sus espaldas, manto que tarde ó temprano debía caer para siempre, arrancando, como la túnica de la leyenda, pedazos de su propia carne á los mismos que con él se cubrieran.

Oíase por todas partes el clamoreo juguetón y travieso de los cornetines de los tranvías, que se cruzaban en gran número haciendo mil cortes y recortes, en torno del óvalo imperfecto de la plaza. A los cornetines contestaban de allá abajo, del lado de la estación Central, el ruidoso estertor y el silbido penetrante de las máquinas de los trenes. El río, confundido casi con el cielo, apenas si se distinguía.

Á lo lejos, y por sobre el confuso amontonamiento de edificios, las torres de San Ignacio y las de San Francisco se desvanecían entre la bruma, como la silueta vaporosa de esos castillos fantásticos que entrevemos en la ilusión de un sueño. Iban á dar las cuatro de la tarde, es decir, era esa hora de inusitado movimiento, de agitación incesante que cierra

el diario trajín de los negocios, y en la que parece que cada cual quisiera despachar en un instante la tarea descuidada de todo el día.

El corazón de las corrientes humanas que circulaban por las calles centrales como circula la sangre en las venas, era la Bolsa de Comercio. A lo largo de la cuadra de la Bolsa y en la línea que la lluvia dejaba en seco, se veían esos parásitos de nuestra riqueza que la inmigración trae á nuestras playas desde las comarcas más remotas.

Turcos mugrientos, con sus feces rojos y sus babuchas astrosas, sus caras impávidas y sus cargamentos de vistosas baratijas; vendedores de oleografías groseramente coloreadas; charlatanes ambulantes que se habían visto obligados á desarmar sus escaparates portátiles, pero que no por eso dejaban de endilgar sus discursos estrambóticos á los holgazanes y bobalicones que soportaban pacientemente la lluvia con tal de oir hacer la apología de la maravillosa tinta simpática ó la de la pasta para pegar cristales; mendigos que estiraban sus manos mutiladas ó mostraban las fístulas repugnantes de sus piernas sin movimiento, para excitar la pública conmiseración; bohemias idiotas, hermosísimas algunas, andrajosas todas, todas rotosas y desgreñadas, llevando muchas de

ellas en brazos niños lívidos, helados, moribundos, aletargados por la acción de narcóticos criminalmente suministrados, y á cuya vista nacía la duda de quién sería más repugnante y monstruosa: si la madre embrutecida que á tales medios recurría para obtener una limosna del que pasaba, ó la autoridad que miraba indiferente, por inepcia ó descuido, aquel cuadro de la miseria más horrible, de esa miseria que recurre al crimen para remediarse...

El grito agudo de los vendedores de diarios se oía resonar por todos los ámbitos de la plaza. Sin hacer caso de la lluvia, con sus papeles envueltos en sendos impermeables, correteaban diseminados, se subían á los tranvías, cruzaban, gambeteando, la calle inundada de coches y carros de todas formas y categorías, siempre alegres, siempre bulliciosos, listos siempre á acudir al primer llamado. En fin, la plaza de Mayo era, en aquel día y á aquella hora, un muestrario antitético y curioso de todos los esplendores y de todas las miserias que informan la compleja y agitada vida social de la grande Buenos Aires.

—Acerca más el coche á la vereda.

—No puedo, señor.

Y el cochero inglés, enfundado en su blanco capote de goma, que le daba el aspecto de un hombre de mármol, señalaba, inclinándose sobre la portezuela, el mundo de carruajes que llenaba la plazoleta de la Bolsa. Aquello parecía una exposición al aire libre de cuanto vehículo han adoptado la holgazanería y la actividad humanas para trasladarse de un punto á otro. Cupés flamantes de gracioso porte, tirados por troncos de rusos ó anglo-normandos, que denunciaban la riqueza y buen gusto de sus felices dueños; ligeras americanas, de un caballo, sencillas, bonitas, como las usa la juventud elegante para pasear sus galas y su regocijo; tílburys desairados, guasos, plebeyos, propiedad sin duda de esos activos comisionistas que no se preocupan de la elegancia de su tren, sino de correr más aprisa que el tiempo; carricoches de alquiler, cuyo aspecto alicaído y trasnochado estaba en consonancia con las yuntas caricaturescas atadas á ellos; *cabs* extravagantes, con su asiento atrás, alto como un trono y raro como la excentricidad inglesa á que debe su origen, y otras muchas variedades de ese género *vehículo* que el industrialismo contemporáneo va enriqueciendo de día en día con nuevos é ingeniosos ejemplares, se interponían entre la vereda y el landolé del doctor Glow.

Al oir la respuesta del cochero, abrió el doctor la portezuela, bajó rápidamente, desplegó su paraguas, de puño de plata, y cruzó, haciendo zig-zags, por entre aquel laberinto de carruajes, yendo á detenerse en la acristalada puerta que da acceso al vestíbulo de la Bolsa. Allí cerró el paraguas, examinó atentamente sus botines de charol, que encontró en perfecto estado, se pasó la mano por el pecho como para estirar la tela del sobretodo azul, cruzado, que lo abrigaba, y acomodándose la galera, sonrió con aire de hombre que nada tiene que echar en cara al destino, no sin aspirar antes, con visible fruición, el Hoyo de Monterrey, legítimo, que sostenía entre sus blancos y apretados dientes.

Después de estos preliminares de hombre elegante y buen mozo, echó á andar, sin hacer caso á las solapadas insinuaciones de los vendedores de lotería, ni dignarse arrojar una mirada sobre los muchos y diversos tipos que, por no ser socios de la Bolsa, se ven obligados á hacer antesalas cuando algún asunto urgente los pone en comunicación con los bolsistas. Aquel dichoso ó desdichado vestíbulo es para muchos el diente feroz de la trampa armada por los acreedores con el disculpable propósito de dar caza á sus clientes malévolos ú olvidadizos.

Pero el doctor nada tenía que temer á este respecto. Siguió andando, tranquilo y risueño, paso á paso. Así cruzó la galería que sigue al vestíbulo, flanqueada de escritorios llenos de ruido y movimiento. Como la luz era muy escasa, Glow tuvo que fruncir los párpados para distinguir á sus conocidos entre la chorretada de gente que inundaba la galería. Saludando á unos, lanzando cuchufletas á otros, amable con todos, llegó á la puerta del salón central. Allí se paró un momento, y fijó sus ojos, de un azul profundo, en el vasto cuadro que tenía delante.

De todos los sitios en que se forman agrupaciones humanas, ninguno que presente más ancho campo de observación al curioso que el salón central de la Bolsa de Comercio. El traje nivelador le da, á primera vista, cierto aspecto de homogeneidad que desaparece cuando la mirada sagaz ahonda un poco en aquel mar revuelto en que se mezclan y confunden todas las clases, desde la más alta hasta la más abyecta.

El fastuoso banquero, cuyo nombre, sólo con ser mencionado, hace desfilar por la mente un mundo fantástico de millones, estrecha con su mano pulida la grosera garra del chalán marrullero; el humilde comisionista se codea familiarmente con el propietario acaudalado,

á quien adula según las reglas de la democracia en boga; el mozalvete recién iniciado en la turbulenta vida de los negocios, pasea por todas partes sus miradas codiciosas; el estafador desconocido, el aventurero procaz, roza el modesto traje del simple dependiente con los estirados faldones de su levita pretenciosa; el insulso petrimetre ostenta su bigote rizado á tijera bajo la mirada aguda del periodista burlón que prepara su crónica sensacional husmeando todas las conversaciones y allegando todos los datos que, destilados en el alambique de su cerebro vertiginoso, han de llevar después la buena nueva á los afortunados, ó el luto y la congoja al corazón de los maltratados por la suerte; el especulador arrojado formula sus hipótesis paradojales ante las caras atónitas de los corredores sin talento, que lo escuchan con más atención que un griego á la pitia de Delfos; el anciano enriquecido por largos años de duro trabajar, comenta, con la frialdad del egoísmo que dan los años y el éxito tras rudos afanes alcanzado, esa crónica diaria de la Bolsa, muchas de cuyas páginas están escritas con sangre; el usurero famélico gira y gira describiendo círculos siniestros en torno de sus víctimas infelices. . . .

Promiscuidad de tipos y promiscuidad de idiomas. Aquí los sonidos ásperos como escu-

pitajos del alemán, mezclándose impíamente á las dulces notas de la lengua italiana; allí los acentos viriles del inglés haciendo dúo con los chisporroteos maliciosos de la terminología criolla; del otro lado las monerías y suavidades del francés, respondiendo al ceceo susurrante de la rancia pronunciación española.

Un tímido resplandor penetraba por las altas vidrieras, y después de juguetear en las doradas molduras del techo, iba á embotarse en las paredes pintadas de color terra-cota, dejando al salón envuelto en aristocrática penumbra. Reinaba allí esa misteriosa media luz que las religiones, amigas siempre de rodearse de misterios, hacen predominar en sus templos. Pero el carácter de solemnidad que tal circunstancia pudiera imprimir al recinto, era frustrado por el continuo ir y venir de gente, y el rumor de las conversaciones que se levantaba envuelto en el vaho de los cigarros.

A través de las grandes y majestuosas arcadas que unen al salón central con los laterales, se veía moverse una muchedumbre compacta, numerosa, inquieta. Notábase mucha agitación en los diversos grupos por entre los cuales se deslizaban de vez en cuando esas figuras pálidas, trémulas, nerviosas, que sólo se ven en la Bolsa en los últimos días de cada mes; figuras que suelen representar á los pro-

tagonistas de tragedias íntimas, espantosas, no sospechadas. El doctor se abrió paso como pudo, hasta que consiguió llegar á la reja que limita el recinto destinado á las operaciones, vulgo rueda.

Agolpábase á aquella reja una multitud ansiosa, estremecida por corrientes eléctricas. Se veían pescuezos estirados en angustiosa espectativa, con la rigidez propia del jugador que espera la salida de la carta que ha de decidir la partida; ojos desmesuradamente abiertos, siguiendo con fijeza hipnótica los movimientos de la mano del apuntador, el cual, subido sobre su tarima, anotaba las operaciones en las pizarras que, negras, cuadradas, siniestras, se dibujaban como sombras en la pared del fondo.

En medio de ellas se destacaba la blanca esfera del reloj, sereno é imperturbable como el ojo vigilante del destino; la esfera de aquel reloj que era lo único que permanecía inalterable en aquel lugar de donde la tranquilidad y la estabilidad de las cosas están desterradas para siempre; la esfera de aquel reloj que había señalado tantas horas gratas y tantas horas amargas, y que ahora miraba al doctor como diciéndole: "ya veremos, amigo mío, ya veremos".

La rueda estaba muy animada. Salía de ella

un estrepitoso vocerío, una algarabía de mil demònios: voces atipladas, roncas, sonoras, de tenor, de bajo, de barítono, voces de todos los volúmenes y de todos los metales. Los corredores parecían unos energúmenos; más tenían el aire de hombres enredados en una discusión de taberna, que el de comerciantes en el momento de realizar sus operaciones. Y no sólo gritabàn como unos locos, sino que también gesticulaban y accionaban como si estuviesen por darse de bofetadas.

Y, sin embargo, allí estaba la flor y nata de la sociedad de Buenos Aires, mezclada, eso sí, con la escoria disimulada del advenedicismo en moda. ¡Quién había de decir que aquellos hombres que se desgañitaban vociferando con chabacana grosería, y cuyos sombreros de elegante forma flotaban en la semi-oscuridad de la rueda, eran los mismos que después, por la noche, amables y pulquérrimos, se inclinarían al oído de una beldad para decirla, con suaves inflexiones de voz, y al compás de una polka ó una mazurca, esas mil cosas íntimas á las que tanto encanto da la tibia atmósfera de un salón, ó el recatado misterio de un gabinete perfumado!

Pero el doctor no observaba nada de esto. Otros asuntos lo preocupaban. Echó á an-

dar nuevamente, cambiando bromas con los amigos que encontraba al paso, y recibiendo pellizcos y papirotazos en las orejas con la sangre fría del hombre aclimatado en ese ambiente especial de la Bolsa, donde por tan extraño modo andan confundidos lo trágico con lo cómico, lo grotesco con lo dramático. Y el doctor les dirigía á todos, al pasar, con amable acento, la misma invitación: «El jueves, en casa, ya saben, no faltar.» Volviéndose á derecha é izquierda, dando un sombrerazo aquí, agitando la mano allá, Glow se aproximó á la puertecilla que da acceso á la rueda. Un portero de levita azul y gorra galoneada le cerró el paso.

—Llame á Ernesto Lillo.

Hizo el portero de la mano una bocina y se metió por entre el gentío pronunciando aquel nombre con voz que le hubiera envidiado el mismísimo Tamagno, no por lo agradable, si no por lo fuerte.

Medio minuto después apareció ante el doctor un joven como de veintitrés años, alto, rubio, de facciones enérgicamente acentuadas, muy simpático. Vestía un sobretodo color gris-perla, de corte elegantísimo, y en su corbata blanca, de seda, escintilaba un rico prendedor de brillantes. Ligero bozo dorado iluminaba más bien que sombreaba el labio

superior de su boca grande pero bien formada, y en su cara pálida brillaban dos ojos celestes, llenos de luz y de expresión. Llevaba el sombrero, de ala angosta, con luto de fantasía, echado atrás á lo calavera, y un mechón de pelo rubío le caía sobre la tersa y despejada frente. En su fina y pulida mano apretaba un par de guantes color ladrillo.

Todo era simpático en Ernesto Lillo: la soltura de sus modales, que se resentían de cierta indolencia de muy buen tono; la energía, el vigor, la fuerza de su veintitrés años, floreciendo dentro de un temperamento robusto y nervioso, y particularmente un no sé qué de valor y de nobleza que se desprendía de toda su persona, haciéndola muy atrayente y dándole ese á modo de poder sugestional que es el secreto del éxito de muchos en la ingrata lucha por la vida. Llamábase, como queda dicho, Ernesto Lillo, y era el corredor que ocupaba el Dr. Glow, á quien inspiraba ciega confianza el hermoso muchacho, correspondiéndole éste con igual adhesión. Habíanse conocido en el Club del Progreso, del cual ambos eran socios. Glow sabía que Ernesto vivía de su trabajo, y se había propuesto protegerlo, fortaleciéndolo en este propósito la circunstancia de haber llegado á su conocimiento un detalle conmo-

vedor de la vida íntima de su protegido: que Lillo mantenía, con el fruto de sus comisiones, á su madre viuda y enferma.

—¿Qué dice ese D. Juan?

Para que el lector comprenda el sentido de esta pregunta, debe saber que Ernesto tenía fama de ser afortunado en amores, fama que, á la inversa de casi todas las famas, esta vez era perfectamente justa.

—Ando de felicitaciones, doctor—dijo el don Juan.—Imagínese que este mes voy á ganar cerca de cinco mil pesos en comisiones.

—Lo felicito, pero ya hablaremos de eso... Ahora vaya y cómpreme dos mil acciones del...

Cuatro campanadas claras y distintas le cortaron la palabra, cuatro campanadas de un sonido argentino particular, porque cuando el reloj de la Bolsa canta la hora, tiene algo de esos relojes que dan las doce de la noche en los cuentos de aparecidos.

—Ya no hay tiempo, son las cuatro—dijo el corredor.

—No importa. Mañana á primera hora cómpreme dos mil acciones del Crédito Real.

—Está bien... Pero apartémonos un poco, para que no nos lleven por delante.

La advertencia no estaba de más. Por la puertecilla de la rueda desbordábase una co-

rriente bullanguera é impetuosa que el doctor y Ernesto pudieron evitar parapetándose detrás de uno de los gruesos pilares que sostienen las arcadas laterales.

—¡Alto ahí, caballeros!

Esta intimación, cuyo enérgico significado formaba gracioso contraste con el tono en que fué pronunciada, hizo volver á ambos amigos la cabeza.

—¡Oh! D. Miguelín, ¿qué hay de nuevo por esos andurriales?

Delgado, vivaracho, elegante y resuelto, Miguelín hizo una pirueta sobre sus talones: luego estiró el brazo en dirección á las pizarras, y con alegre acento dijo:

—¡Miren!

—¿Qué cosa?

—La pizarra de la izquierda.

—Es inútil.

—¿Por qué?

—Porque desde aquí no se distinguen las anotaciones.

—Es cierto, esto está muy obscuro...¿Saben cuánto he ganado con mis títulos de las Catalinas?...Tres mil seiscientos noventa y dos pesos.

—Has hecho el día—dijo con indiferencia el doctor, rascando la punta de su charolado botín con el extremo del paraguas.

—Y tú ¿vendiste tus acciones del Banco Nacional?—preguntó Miguelín un poco desconcertado por la indiferencia del doctor, á quien no podía hacer efecto la ganancia de su amigo, pues estaba acostumbrado á ganar ó perder cantidades mucho mayores que la mencionada por Miguelín.

—Sí, hoy en la primera rueda.

—¿Ganando mucho?

—Pregúntaselo á éste, que ha sido el corredor.

Glow señaló á Ernesto que acababa de sacar, del bolsillo interior de su sobretodo, una cartera de cuero de Rusia.

—¡Negocio redondo!—exclamó el don Juan

—Eran 3500 acciones compradas á 267 y las hemos vendido á 315.

—¡Demonio! eso es tener suerte! ¿De manera que de ayer á hoy has *pichuleado?*...

—Saca la cuenta.

A esta indicación del doctor, Miguelín, con un movimiento que le era habitual, empezó á morderse las uñas, fijando la vista en el suelo.

Este Miguelín era un buen muchacho, muy querido en la Bolsa, rico pero cauto y poco amigo de lanzarse á las grandes empresas aventuradas. Jugaba al oro y á los títulos, más que por otra cosa, por seguir la corrien-

te, exagerando siempre las proporciones de sus jugadas á los ojos de sus amigos, que seguramente le hubieran motejado de cobarde en caso de reconocer la exigüidad de sus operaciones. Llamábase Miguel Riz, pero sus íntimos le designaban familiarmente con el diminutivo de Miguelín.

—A ver... son... son...

—168.000 pesos justos.

—Eso es.

—Lo que añadido á los 120.000 que ganaste el lunes con el oro, viene á sumar...

—¡La mar con todos sus peces!—interrumpió el doctor encogiéndose de hombros y echando atrás la cabeza.

—A la verdad que da gusto ver cómo se gana el dinero en esta tierra de promisión—dijo Ernesto mojando con la lengua la punta de un lápiz nikelado, y trazando algunas cifras en el diminuto cuadernillo de su cartera.

—Lo que más gusto da es ganarlo—observó el doctor sonriendo.

—Ninguno mejor que tú lo sabe. Buenos millones te ha dado esta Bolsa.

— No puedo quejarme — y aquí el doctor afectó una naturalidad que estaba muy lejos de ser sincera.

—Ni tú ni nadie. Si esto es una Jauja, un Eldorado, un... ¡qué sé yo! ¿Quién es el

que no está hoy rico, si basta salir á la calle y caminar dos cuadras para que se le ofrezcan á uno mil negocios pingües? La pobreza es un mito, un verdadero mito entre nosotros. Por eso los ingleses que tan buen ojo tienen para descubrir filones, están trayendo sus capitales con una confianza que nos honra. Los que me inspiran recelo son los judíos, que empiezan á invadirnos sordamente, y que si nos descuidamos acabarán por monopolizarlo todo.

—Es lo que digo yo.—Y Glow habló pestes de los judíos. «Ya son dueños de los mercados europeos, y si se empeñan lo serán de los nuestros, completando así la conquista del mundo!»

—No, no hay que temerles tanto. El hecho es que el país se va á las nubes. Nuestra tierra es riquísima, goza de ilimitado crédito, se trabaja en ella; en fin, lo dicho, esto se va á las nubes.

—Y de la inmigración ¿qué me dices?

—¡Qué quieres que te diga, hombre! 150.000 inmigrantes al año significan algo. Pronto la cifra ascenderá á 300.000.

—Este año parece que va á llenarse esa cifra.

—¿Y las sociedades anónimas? ¿Has visto tú nunca una abundancia igual de ellas?

Alegre rumor de estrepitosas carcajadas interrumpió el diálogo. Volviéronse los tres amigos y fijaron sus miradas curiosas en un grupo de personas que cerca de ellos había. Las risas eran producidas por la actitud traji-cómica de un vejete de semblante cadavérico que, envuelto en un *cavour* negro, gesticulaba agarrándose una oreja, mientras arrojaba por la sumida boca espeluznante borbollón de atroces juramentos.

Existe entre la gente de Bolsa la estudiantil costumbre de darse entre sí todo género de bromas, siendo jurisprudencia establecida que no hay derecho á incomodarse, cosa, por otra parte, que á ninguno conviene, pues con el pretexto de curarlo del feo vicio de la necedad y retobamiento, todos hacen blanco en el que menos dispuesto se muestra á tolerar las burlas, salvo rarísimas y formidables excepciones. Pero en cambio se reconoce la facultad de devolver broma por broma, y tan es así, que no hay parte alguna en que esté más en vigencia ni mejor interpretado aquello de que «donde las dan las toman».

Por eso es la Bolsa una admirable escuela para los tontos y los vanidosos. Quieras que no, allí se reforman los caracteres más altivos, los temperamentos más ásperos se suavizan, el hombre se hace más tolerante y más

sociable. Esta saludable costumbre tiene por causa la necesidad de reposo que sienten los nervios continuamente distendidos por incesantes y profundas agitaciones.

La broma de que acababa de ser víctima el vejete, consistía en caldear el regatón de un bastón, para luego aplicarlo á la mano ú oreja del primero que se encontrase al paso, lo cual debía producir la sensación más agradable del mundo, según podía colegirse por los visajes y aspavientos de la momia del *cavour*.

—Si estos diablos parecen chicos de escuela á veces,—dijo Glow pudiendo apenas contener la risa.

—Así es el hombre—arguyó Miguelín, que solía alardear de filósofo excéptico. — Miren cómo alborotan todos esos caballeros que después saldrán de aquí echándoselas de formales.

—¡Estás filosofando!—dijo Ernesto con aire de zumba.—Pero ya que tienes ganas de murmurar del prójimo, fíjate quién está allí.

—¿Dónde?

—Allí, aquel de bigotes grandes y cara de maniquí de sastrería, que le está metiendo partes y novedades al presidente del Banco de Italia.

— Conozco á ese pájaro — dijo Miguelín

apoyándose en el brazo de un banco de nogal.

—¿Quién es?—preguntó Glow.

—Hoy es nada menos que el dueño del stud Cucurucho, y candidato, segun parece, para diputado á la legislatura de Buenos Aires.

—¿Ese?

—Sí ése. ¿Y sabes lo que era hace un año?

—¿Qué?

—¡Mozo de café! ¡Cuántas veces recuerdo haberlo gritado porque no me despachaba pronto!

—¡Qué cosas se ven en esta dichosa Bolsa! —observó Ernesto.

—Eso no es nada—dijo Glow.—Miren con disimulo á este señor muy alto y muy derecho que está á espaldas de nosotros.

—¿Al de la capa?

—No, al que está á su lado. Uno que lleva un levitón hasta los talones.

—Ya lo veo. Es el dueño de aquel *chalet* tan bonito que estuvimos contemplando el otro día. ¿Recuerdas?—dijo Miguelín á Ernesto en voz muy baja.

—¿Cuál?

—Aquel del camino de Palermo, hombre.

—¡Ah! sí.

—Pues han de saber ustedes que ese caballero, hoy nada menos que director de un sindicato, estuvo preso por estafa en la cárcel de Montevideo—dijo Glow arrojando la colilla de su habano.

—¡Es posible!

—Como que yo lo ví por mis propios ojos en una visita que hice el otro verano á aquel establecimiento. Pero es preciso confesar que estos tipos son escasos en nuestra Bolsa—prosiguió el doctor después de una pausa durante la cual Miguelín y Ernesto examinaron con una mezcla de aversión y curiosidad al ex-presidario.—Yo no sé cómo la cámara sindical abre las puertas de esta casa á ciertas personas.

—Es que ella no puede andar averiguando los pelos y señales de todos los que solicitan ser socios de la Bolsa. ¡Son tantos!

—Tienes razón. Más culpables son los que los presentan.

—Ligerezas que algún día se corregirán.

—Ó que no se corregirán nunca.

Miguelín se puso un dedo en los labios. Un señor muy erguido, ya entrado en años, de pelo ceniciento y ralo, alto, de piernas larguísimas, tipo yankee, vestido con un sobretodo gris de anchas solapas, pasó sonriendo plácidamente por junto á nuestros tres ami-

gos y los saludó con aire de impertinente protección.

—¡Qué facha!—dijo Glow apuntalándose en el paraguas y mirando al yankee.—Cualquiera diría que vale alguna cosa.

—¡Y vale, caramba si vale!—exclamó Miguelín.

—No lo conoces, cuando dices eso.

—Digo que vale... por todos los pillos habidos y por haber! Mira qué colega has echado. —Y Miguelín señalaba con el dedo á Ernesto el bulto del yankee que aparecía y desaparecía entre los grupos distantes.

—Psché, hay tantos como ése en la rueda —contestó Ernesto.

—Antes obtenía una porción de proveedurías como por ejemplo aquella del ejército, que hizo morir de hambre á los pobres soldados de la frontera.

—¿Qué trapisondas son las que hace hoy ese ciudadano?—interrogó Glow, que aunque sabía los malos antecedentes del yankee, no estaba al corriente de todos los detalles en que se fundaban.

—Casi nada—dijo Ernesto con sorna.—Imagínese que él es su corredor. .

—¡Dios me libre!—interrumpió Glow haciendo un gesto de espanto.

—Amén. Pero lo pongo á usted en el triste,

tristísimo caso, para que resulte más clara mi explicación.

—Si es así, adelante.

—Pues como le iba diciendo, figúrese que el caballero de que hablamos es su corredor. Usted, como es natural, no anda siguiéndole los pasos, sino que procede como me hace el honor de proceder conmigo, es decir, le deja cierta libertad de acción que él aprovecha de la siguiente manera. Compra los títulos, ó el oro, ó lo que V. le mande comprar; pero si resulta que se produce una suba favorable, en vez de correr á V. y decirle: «Señor Glow, tome sus títulos, ya tiene una ganancia de tanto», se los guarda para sí, y después de embucharse la diferencia producto de su estafa, se presenta á V. y con cara muy compungida le dice: «¡Ah, doctor! discúlpeme, pero ¡qué quiere! no me atreví á comprarle los títulos que me ordenó, porque me pareció que iban á bajar», ó «á subir», según V. juegue al alza ó á la baja. Yo estoy acostumbrado á ver estas cosas todos los días. Se hacen de mil maneras diferentes, y ha llegado á suceder hasta que se alteren las anotaciones de las pizarras. Este delito, este verdadero delito, se designa entre nosotros con una palabra demasiado suave para calificarlo. Se llama *gato*.

—¿Gato una anotación falsa en la pizarra?

—dijo el doctor con acento de protesta.—¡Eso es un crímen! ¡Cuánta pobre gente se guía por las anotaciones! ¡De manera que la sección comercial de los diarios suele no ser reproducción exacta del estado de la plaza?

—Es claro que no, porque los diarios lo que hacen es copiar las anotaciones de las pizarras.

No eran desconocidas para Glow estas artimañas de los corredores; pero encontraba más decente aparentar ignorarlas.

—También sucede—prosiguió Ernesto—que á veces se ponen varios de acuerdo para hacer subir, ó bajar, como les convenga, el precio de las acciones ó del oro, fingiendo hacer operaciones á precios que estén en el orden de sus conveniencias. La semana pasada ocurrió un hecho digno de contarse. Un cliente manda á un corredor de antecedentes dudosos, que le compre mil acciones de la Territorial á un precio determinado. El corredor me ve á mí, se me acerca, y me hace la siguiente proposición: «D. Fulano—me dice—desea comprar tantas acciones de tal clase á tanto. Sé que V. tiene en su poder ese número de acciones. ¿Quiere que hagamos una cosa?»—¿Cuál?—le pregunto.—«Finja vendérmelas á un punto más, y partimos la diferencia.» Como ustedes se imaginarán, mi con-

testación fué darle la espalda. Pero media hora después ví anotadas en la pizarra mil acciones de las que él quería comprar, al precio mismo que me propuso hiciéramos el negocio: á un punto más de lo que valían. Aquel corredor había probablemente encontrado el cómplice que necesitaba.

—No era difícil—observó Glow haciendo un molinete con el paraguas.

—No crea doctor; en nuestra Bolsa, á pesar de los abusos que en ella se cometen, y que nadie puede evitar, hay mucho honor, tal vez más que en ninguna otra Bolsa del mundo. Hay en la rueda personas que se levantarían la tapa de los sesos antes de cometer la menor irregularidad.

—Allí viene el marqués. Háganse los que no le ven, porque si no, es capaz de venir á pedirme plata prestada, y ya me tiene seco á pedidos—dijo Miguelín tapándose la cara con el pañuelo.

Miguelín aludía sin duda á cierto joven muy peripuesto y afiligranado que desfiló sin hacer alto en nuestros tres personajes, dejando en pos de sí impregnada la atmósfera de olor á jazmín de Guerlain.

—Lástima que sea apócrifo. Tiene tipo de noble.

—¿Sabes que se casa?

—¿Con quién?

—Con una hija de Martiniano Laber, el rico estanciero.

—Si la conozco. ¡Lástima de muchacha! ¡Tan bonita y caer en semejantes manos!

—Á la verdad que da pena—dijo el doctor sentándose en uno de esos bancos que hay adheridos á todas las paredes de la Bolsa—da pena ver la facilidad con que estos aventureros encuentran aceptación entre las muchachas porteñas. Ellas posponen á cualquier hijo del país cuando se les presenta uno de esos caballeros de industria que al venir á nuestra tierra se creen con los mismos derechos que los españoles en tiempo de la conquista...

—Peor, mucho peor—apuntó Miguelín cerrando los puños.—Es cierto que la inmigración en general nos reporta grandes beneficios, pero también lo es que todo lo que no tiene cabida en el viejo mundo, viene á guarecerse y medrar entre nosotros. El Gobierno debería ocuparse de seleccionar...

—¡Chist! ¡Atención!

Grave, majestuoso, balanceándose suavemente al andar, la faz rubicunda teñida por aquel pincel á cuyo extremo hay una botella de ginebra ó cualquier otro artista espirituoso; cubierta la cabeza por un galerín cuyas an-

gostas alas hacían resaltar más de lo permitido una nariz prominente, llena de grietas rojizas; envuelto en largo paletó con cuello y bocamangas de pieles, don Anatolio Raselano avanzaba hacia el grupo formado por nuestros tres amigos. Llegó hasta ellos, se detuvo un segundo, saludó con un «buenas tardes, señores», y siguió adelante.

—¡Miren, que marcha triunfal!

Lo era en efecto. ¡Cómo se descubrían todas las cabezas y se doblaban todas las cinturas! ¡Cómo se abría ancho paso al vejete de la nariz pintarrajeada por el alcohol! Había cara que se volvía hacia él y se iluminaba como esas flores que presentan su cáliz al incendio del sol.

—¡Lo que es gozar del favor del Gobierno! --dijo el doctor mirando con aire melancólico aquellos homenajes tributados á un borracho.—¡Cómo se conoce que es socio del...!

Aquí nombró á alguien, á un personaje cuya elevada posición no puede ser comparada á ninguna otra, porque las supera á todas.

—¿Este es el mismo Roselano que intervino en la famosa venta del ferrocarril de marras?

—El mismo—repuso Miguelín.—Dicen que

sacó un bocado igual al del gobernador y demás socios.

—¡Pobre patria, en qué manos has caído!—exclamó el doctor incorporándose.—Y miren lo que es el mundo. Todos esos que tan amablemente lo van saludando ahora, son los primeros en hablar mal de él y en criticar los abusos del Gobierno y sus favoritos. Hasta yo me he contagiado. Á pesar de mis simpatías por la oposición, no he tenido el menor inconveniente en invitar á toda la gente situacionista para el baile del jueves. ¡Pero fíjense en ese cuadro!

Glow tenía razón. Descubríanse las cabezas con respeto al paso del hombre de la nariz colorada, más apenas pasaba, las bocas buscaban los oídos, y los oídos escuchaban placenteros los dicterios de las bocas.

En aquel momento Lillo dijo que tenía mucho que hacer, y se separó de sus amigos. Miguelín no tardó en hacer otro tanto, y ya el doctor se preparaba á marcharse en pos de él, cuando oyó que alguien lo llamaba.

¿Avez vous vu monsieur Granulillo?

Glow se volvió. El que hablaba masticando las palabras francesas con dientes alemanes, y no de los más puros, por cierto, era un hombre pálido, rubio, linfático, de mediana estatura, y en cuya cara antipática y afe-

minada se observaba esa expresión de hipócrita humildad que la costumbre de un largo servilismo ha hecho como el sello típico de la raza judía. Tenía los ojos pequeños, estriados de filamentos rojos, que denuncian á los descendientes de la tribu de Zabulón, y la nariz encorvada propia de la tribu de Ephraïm. Vestía con el lujo charro del judío, el cual nunca puede llegar á adquirir la noble distinción que caracteriza al hombre de la raza Arya, su antagonista. Llamábase Filiberto Mackser y tenía el título de barón que había comprado en Alemania creyendo que así daba importancia á su oscuro apellido.

Iba acompañado de un joven, compatriota y correligionario suyo, que ejercía el comercio de mujeres, abasteciendo los serrallos porteños de todas las bellezas que proporcionan los mercados alemanes y orientales. También escribía en un diario de la tarde en cuyas columnas prestaba importantes servicios á los intereses judíos, consiguiendo muchas veces dirigir la opinión en favor de éstos. Era, además, presidente de un club de traficantes de carne humana, que tenía su local en las inmediaciones de una comisaría, y al cual la policía no se había permitido molestar nunca. Pero la profesión ostensible de aquel innoble personaje, era la

de comerciante de alhajas, que le servía para encubrir su infame tráfico y dar un pretexto decente á sus contínuos viajes al extranjero. Pálido, rubio, enclenque y de reducida estatura, sabe Dios qué extraños lazos lo unían con el barón de Mackser, al que parecía tratar con exagerados miramientos.

Como no conocía á Glow, el traficante de carne humana se quedó á algunos pasos de distancia, esperando á que su amigo acabase de hablar con el doctor. Guiñando los ojos, el barón preguntó á éste:

—*¿Et comment allez vous, mon cher docteur?*

Glow le dijo secamente que bien. Claramente se notaban sus deseos de separarse del judío, que no lo dejaba, hablándole en el único idioma común á los dos, en francés, porque el descendiente de Judas no conocía el español, y Glow no entendía el alemán. No ignoraba el doctor que aquel semita era un enviado de Rothschild, el banquero inglés, que lo había mandado á Buenos Aires para que operase en el oro y ejerciese presión sobre la plaza. Lo que el doctor no sabía era que Mackser tenía la consigna de acaparar, de monopolizar, con ayuda de un fuerte sindicato judío, á cuyo frente estaba él, las principales fuentes productoras del país. El único argentino que lo secundaba y á veces hasta dirigía, no

tardará en aparecer, y quizás el lector haya previsto que no era otro que aquel por el cual acababa de preguntar Mackser al doctor. Por fin el barón se despidió apresuradamente y fué á reunirse con el traficante de carne humana. Glow no acertaba á explicarse esta brusca separación, cuando vió que se acercaba pausadamente el célebre Carcaneli, llamado el rey de la Bolsa, el fénix de la especulación, el genio sin segundo que avasallaba la plaza con un gesto, con una operación, con un capricho, y que estaba destinado á morir loco y pobre en un apartado rincón de Italia, acometido por el delirio de las grandezas y el de las persecuciones, que le producía accesos furiosos durante los cuales se imaginaba ser el eje á cuyo alrededor giraban los millones de todos los mercados del mundo, y después la víctima perseguida por acreedores tan feroces y despiadados como Shylock. Aun hoy se ve, en el centro de la Avenida República, el palacio extravagante que edificó en el apogeo de su fama y de su fortuna, y que demostraba, por la rara disposición de su jardín estrambótico, muy cambiado ahora, el desorden mental que empezaba á trastornarlo, acosado por la ambición frenética de llegar á ser el árbitro de las finanzas argentinas, y trabajado por una vida

de desórdenes y placeres que debilitaban su cerebro devorado por una fiebre que lentamente lo consumía. Era grande en todo. Generoso, bueno, espléndido, amado de la juventud, á quien estimulaba y protegía.

¡Pobre Carcaneli! ¿Quién no lo recuerda? Venido á América en el vientre de un vapor repleto de inmigrantes, había desembarcado en Buenos Aires con sus zapatos herrados, su mezquino equipaje de inmigrante engañado por las promesas de los agentes oficiales y trapisondistas, y su pintoresco traje de pana rayada. Lo acompañaba un primo suyo, Fracucheli, y juntos se pusieron á trabajar en calidad de peones de una empresa ferrocarrilera, consiguiendo, en tres años de cruentas privaciones, reunir entre los dos un corto capital que Carcaneli centuplicó rápidamente, gracias á su talento audaz y á su prodigiosa actividad, llegando á dominar la Bolsa con sus golpes atrevidos de especulador improvisado, y conquistándose una posición social muy en relación con sus méritos. Fracucheli se levantó con él y estaba á punto de fundar un Banco por acciones, con un capital formidable.

—Mi buen Carcaneli ¿qué se cuenta de nuevo?

—¿Huyó el Judas?

—Así parece, cuando te ha visto...

Carcaneli se echó á reir. Huirle, á él, que no era ningún animal dañino. Se refería al barón de Mackser, su antagonista, que con ayuda del sindicato que presidía lograba hacerle una de esas guerras sordas, terribles, de que suele ser teatro la Bolsa, y en las cuales los protagonistas se ensañan de un modo salvaje, aniquilándose, destruyéndose mutuamente, hasta quedar uno ú otro fuera de combate, es decir, deshonrado ó pobre, cuando no las dos cosas á la vez. Y el barón evitaba siempre encontrarse con Carcaneli, temiendo un lance personal con el italiano, que estaba destinado á ser su víctima, suerte reservada á todo el que tenga la mala fortuna de entrar en lucha con los judíos.

Carcaneli se reía, acariciándose las *chuletas* norte-americanas, negras, cuidadosamente afeitadas al nivel de la boca. Grueso y fornido, de regular estatura, ojos muy vivos, azules, sanguíneo, fuerte, miraba al judío que no sabía dónde meterse y que acabó por desaparecer detrás de la puerta de la oficina de liquidación, mientras el italiano, despidiéndose de Glow, entró en la solitaria rueda y se paró delante de las pizarras.

¡Si no se hubiera ido tan pronto! Glow vió

pasar, en medio de un estupor general que de improviso enmudeció todas las bocas, la alta y gallarda figura del que entonces era el héroe de todas las conversaciones, personaje casi legendario en los anales de la Bolsa, estigmatizado por los unos, defendido por los otros, terror y asombro de los más. Había surgido de repente manejando capitales fabulosos, tirando el oro á todos los vientos, fundando casas de caridad, protegiendo las artes, aplastando á los más opulentos con sus soberbias fastuosidades. Había sufrido, había luchado en silencio, enriqueciéndose poco á poco, soportando con paciencia los vejámenes hechos á su miseria por la sociedad. Y ahora, rico ya, se erguía él solo contra la sociedad en masa, la desafiaba, se gozaba en producir inmensos *kracks*, arruinaba á amigos y enemigos, y sobre el tendal de víctimas inmoladas por su mano vengadora, se levantaba él, con su hermosa figura altanera, risueño, sereno, triunfante, invulnerable. .

Cuando el doctor se vió solo en aquel vasto salón que se iba despoblando poco á poco, sacó un habano, lo encendió, empuñó el paraguas como se empuña una espada, y con el aire arrogante de un oficial que mar-

cha al frente de su compañía, se dirigió hacia la puerta, cantando bajito:

—La donna è mobile
Qual piuma al vento,
Muta d'accento
E di pensiero...

II

LOS ENTRETELONES

El estudio del doctor Glow estaba situado en el segundo piso de uno de esos edificios tan comunes en nuestros barrios centrales, construídos con el único propósito de sacar de la tierra el mayor beneficio posible, sin tener para nada en cuenta el gusto arquitectónico ni los preceptos higiénicos relacionados con la acción del aire y de la luz sobre el organismo humano. Amontonar, en un espacio relativamente reducido, el mayor número de habitaciones que se pueda, es el único objeto que preside á este género de construcciones, por otra parte muy útiles, sobre todo si se atiende á que ellas contribuyen á concentrar, durante las horas del trabajo, esa población activa y movediza para la cual es la distancia uno de los más enojosos inconvenientes.

Componíase, aquélla en que el doctor tenía su estudio, de tres pisos idénticos, que daban, en su parte interior, á un extenso patio embaldosado, cubierto por un gran techo de cristales opacos. Los balconajes corridos, las largas filas de puertas iguales, simétricas, numeradas, la total ausencia de adornos, la escasa luz, todo daba á aquel patio el triste aspecto de un pabellón de cárcel penitenciaria. Una escalera de mármol, en espiral, unía los pisos entre sí y con la calle.

Desde las once de la mañana hasta las cinco de la tarde reinaba allí una animación extraordinaria. Era un desfile continuo, un incesante ir y venir de gente de toda calaña, que corría de acá para allá, entrando á los escritorios, subiendo y bajando á saltos la escalera, agitada, bullente, febril, empujada por esa impaciencia que acosa al hombre cuando va en pos de la engañosa fortuna. Las dos piezas que constituían el estudio del doctor, estaban señaladas, respectivamente, con los números 74 y 76. Aunque ambas eran del mismo tamaño, y cada una estaba igualmente iluminada por un balcón que daba sobre la calle de Cangallo (ventaja de que no gozaban las demás piezas de la casa) diferían sensiblemente en el mueblaje.

Elegancia, lujo casi, había en la que propiamente podía llamarse el bufete. Cubrían la pared del fondo dos estantes de libros vistosamente encuadernados. El centro lo ocupaba un ancho escritorio-ministro, sobre cuyo paño verde se destacaba un hermoso tintero de bronce con el busto de Cicerón. Dos cómodos sofás de marroquí, y varios sillones y sillas del mismo cuero, todo rico, todo de buen gusto, invitaban al plácido descanso. Una estufa portátil, de bronce bruñido, entibiaba la atmósfera. Cuatro planos topográficos iluminados, pendientes de las paredes, y una blanda alfombra escarlata cubriendo el pavimento, completaban el mobiliario, con más una caja de hierro que por poco se nos escapa á causa de estar escondida en un ángulo á donde apenas llegaba la luz.

La otra pieza, que se comunicaba con la ya descrita, por una puerta interior siempre abierta, no tenía más muebles que una mesita de pino, pintada de negro, que servía de escritorio á uno de esos dependientillos con cara de fantoche que son los correveidile de todos los bufetes; media docena de sillas ordinarias, alineadas á la pared, una prensa de copiar y una gran percha con muchas ramificaciones. Pero ya que hemos examinado la parte física del estudio de Glow, digamos

algo sobre su fisonomía moral, si se nos permite la expresión.

Hacía más de un año que aquel estudio no lo era sino en el nombre. Desde que el doctor se había entregado en cuerpo y alma á las especulaciones bursátiles, había hecho de modo que la clientela se le fuese retirando poco á poco, y tanta maña se dió para conseguirlo, que una vez terminados, bien ó mal, varios litigios pendientes, no se encargó de más asuntos judiciales, y el que hasta entonces había sido el bufete de abogado se transformó de la noche á la mañana en escritorio de hombre de negocios.

Pues si bien es cierto que aún estaban allí los grandes estantes con sus apretadas filas de códigos y otras obras de derecho y literatura, no lo es menos que en aquel ancho escritorio-ministro ya no se escribía un solo alegato, ni reposaba un solo pliego de papel sellado bajo las apretaderas de cristal, prismáticas, que ahora servían para impedir que se volasen los muchos diarios cuya sección comercial constituía el único caudal de lecturas del doctor Glow, antes tan abundantes y escogidas.

—¡No, nada de pleitos, nada de embrollos! —se había dicho cierta mañana el buen doctor, al meter la cucharilla de estaño en la taza del espeso chocolate que sirven en el Café de

la Bolsa durante el invierno. Y desde entonces fué su estudio el punto de reunión de una porción de gente elegante, embarcada, como él, en ese buque roto de la especulación, cuyo seguro naufragio es tanto más doloroso, cuanto que cada viajero se imagina, al poner el pie en su resbaladiza cubierta, marchar á la conquista de un nuevo mundo. Toda, por supuesto, gente de tono: socios del Club del Progreso, del Jockey Club, carreristas distinguidos, clientes del Café de París, presidentes de sociedades anónimas, algún director de banco, algún periodista.

Á la tarde, de cuatro á cinco, empezaban á *caer* por el estudio, como decían ellos en antítesis curiosa. El primero que llegaba era Juan Gray, un jovenzuelo de aspecto enfermizo, que acababa de recibir, al cumplir su mayor edad, la parte de herencia que le correspondía de los bienes dejados por su padre, rico industrial muerto algunos años atrás. Especulaba en la Bolsa, trabajo cómodo y aparentemente lucrativo, y le gustaba tener en juego grandes cantidades, siendo su principal satisfacción que su nombre figurase en los negocios gordos. Administraba los bienes de su madre, que lo adoraba, y de quien tenía un poder general, porque es preciso advertir que la señora, viéndose atacada

de una afección crónica muy grave, había tenido que irse á Europa por recomendación de los médicos, acompañada de otro hijo suyo, Alberto, menor que Juan, y que con éste constituía toda la descendencia de la señora de Gray.

Juan no era muy escrupuloso en la administración de los bienes de su madre. Creyendo adelantarlos, los tenía comprometidos en cuanto negocio Dios creó, y le servían, además, para pagar, en caso de apuro, sus deudas de juego, que solían ser considerables, pues estaba enviciado hasta el punto de que no contento con jugar en la Bolsa, arriesgaba también grandes sumas en el *baccarat* del Club, en las carreras del hipódromo y en los partidos de los frontones. Su pobre madre ignoraba todo esto, cosa muy natural, porque Juan había observado siempre una conducta irreprochable, hasta el día en que, emancipado por la ley, y ausente la señora de Buenos Aires, se dejó arrastrar por el ejemplo de la juventud dorada, y queriendo competir con ella, se prostituyó hasta el grado que hemos visto. Vivía con una bailarina italiana, á la que había hecho retirar de las tablas, sosteniéndola en un tren de lujo escandaloso.

Después de Gray solía aparecerse por el estudio el caballerito León Riffi, cuyo nombre era una irrisión, porque así en lo físico como en lo moral, más tenía de ratón que de león, salvo los bigotes y el ingenio de que suelen hacer alarde los roedores. Aunque no había cumplido su mayor edad (circunstancia que el ocultaba cuidadosamente), se creía una entidad financiera, no dándose cuenta de que el caudal que en poco tiempo lo hiciera ascender de tinterillo de un ministerio á propietario de algunas tierras y acciones de Bancos y sociedades anónimas, no lo debía, como se imaginaba, á los esfuerzos de su propio ingenio, sinó á la época de sorprendente y falsa abundancia que enriqueció hasta á los más cretinos en los últimos años que precedieron al derrumbe de fines del 89.

Pertenecía Riffi á aquella juventud que la Bolsa levantó como una espuma en el periodo de su apogeo, salpicando con ella las mesas de las *rotisseries*, las carpetas de los clubs, los lechos de las cortesanas, los paseos públicos, los teatros; juventud enriquecida en un día, que ocupaba el primer puesto en todas partes, desterrando de los salones el ingenio y la chispa verdadera, y eclipsando al mérito real con sus fastuosidades insolentes. Una pincelada más: Riffi imitaba á

Juan Gray, lo copiaba, ansiando identificarse con él.

En pos de los dos muchachos llegaba Germán Zolé, el ingeniero, que pretendía haber descubierto la cuadratura del círculo, ó, lo que es lo mismo, el medio seguro de no perder jamás un céntimo en las jugadas de títulos. Era un hombrachón muy feo, narigón, flaco, zanguilargo, de cabeza cuadrada, matemática, que á todas las cuestiones, especialmente á las artísticas, pretendía resolverlas por el método de eliminación. Presidía una sociedad constructora creada por su iniciativa.

Después de Zolé entraba Granulillo, abogado sin clientela y ex-socio de Glow. Atraído también por el ambiente embriagador de la Bolsa, había echado á pasear á sus litigantes, y era un jugador audaz, sereno, valiente.. Fresco y acicalado como una rosa, muy elegante y presumido, nadie hubiera podido imaginar todo el arrojo, toda la energía, todo el talento que se escondían detrás de aquel exterior delicado, femenil casi, detrás de la amable sonrisa de sus finos labios purpúreos, sobre los cuales el bigote castaño apenas se atrevía á insinuar una sombra ligera. Director de un banco oficial y periodista ingenioso, conversador ameno y temperamento ar-

tístico refinado, gozaba de generales simpatías, especialmente entre las damas, cuya sociedad buscaba él siempre.

Pero (lo diremos claro) aparte del valor, era de lo más vil que ha salido á la superficie terráquea. Podía, como César Borgia, haber llegado á ser el primer capitán de su tiempo; pero, como él, hubiera sido también el más corrompido de los gobernantes. En otras épocas habría adoptado el estileto por arma: el estileto ó el veneno. Venido al mundo en el último tercio del siglo XIX, la intriga insidiosa, la falsía admirablemente disimulada por una cultura parisiense, fueron sus armas. Cuando trataba de conseguir algo que le interesase, de satisfacer un capricho, no se paraba en barras, y echaba mano á todos los medios, buenos ó malos, para lograr su fin. Sus padres, al obligarlo á seguir la carrera de abogacía, erraron su vocación, como la erró él mismo cuando creyó que había nacido para bolsista, aunque, necesario es confesarlo, anduvo más acertado que sus padres. En política ¿á qué altura no habría llegado?... Si algún día toma este rumbo, prometemos narrar su historia, que no dejará de ser interesante.

Escribía en diversos diarios, y fingiendo ocuparse de los intereses generales, nobilísi-

ma misión de la prensa, sus artículos, finos y picantes, eran un arma más que esgrimía con propósitos egoístas y nada sanos. Para que los lectores vayan dándose cuenta de sus sentimientos, deben saber que Granulillo tenía un hermano, el cual rara vez iba al estudio de Glow, pues el periodista, para proceder con entera libertad de acción, lo había hecho formar parte de otro círculo. Este hermano, de menos edad que él, había pasado su juventud trabajando como agricultor en un establecimiento rural que después compró con los ahorros acumulados en varios años de labor seria. Cuando el establecimiento florecía y prosperaba, el periodista escribió á su hermano aconsejándole que abandonase un negocio tan pesado y viniera á establecerse en Buenos Aires, «donde en un abrir y cerrar de ojos»—decía la carta—«centuplicaràs tu capital.»

El agricultor tenía por su hermano una especie de respeto supersticioso. Creyendo que sus consejos eran dictados por el cariño y el talento, enagenó su granja y vino derecho á meterse en la boca de lobo, léase la Bolsa. Ahora bien, Granulillo no había tenido en cuenta sino dos cosas al inspirar á su hermano tan desastrosa resolución: apoderarse de la mitad de su fortuna porque estaba arruinado, y poder contar con un elemento que secunda-

se ciegamente todos sus planes. Con el pretexto, pues, de que era ducho en el laberinto de los negocios, se hizo habilitar por Lorenzo (nombre del ex-agricultor), y arrojó aquel dinero al gran tapete, convertido en esas fichas que llevaban el nombre de títulos, acciones, tierras....

Pero no era esto lo peor. Si Granulillo, que formaba parte de un sindicato cuyo objeto era hacer experimentar oscilaciones al oro, preparaba, por ejemplo, una suba, llamaba á Lorenzo y le aconsejaba que vendiese todo el oro que pudiera. El otro, inocente, vendía, dando la voz de alarma, que era lo que Granulillo se proponía, porque en la Bolsa, todos, al observar que Lorenzo se apresuraba á deshacerse de su oro, decían: «Cuando este vende, debe ser aconsejado por el hermano.» El oro bajaba un poco, y entonces Granulillo y su sindicato de judíos alemanes, entre los cuales estaba el barón de Mackser, compraban grandes cantidades, haciéndolo remontarse á las nubes. Lorenzo, á quien estas emboscadas de su hermano iban arruinando insensiblemente, se desesperaba y le pedía cuentas de su conducta, enojàndose mucho á veces; ¡pero el periodista hacía unos aspavientos! ¡ponía una cara de inocente! Él estaba aterrado por aquellos sucesos imprevistos que perjudicaban á

su buen hermano; más ¡qué hacerle! así era la Bolsa! ¡Fenómenos inexplicables que se repetían todos los días y cuya causa era un misterio!—«¿Pero tú no diriges el sindicato que acaba de hacer subir el oro?»—le preguntaba Lorenzo estupefacto. Sí, era cierto, él lo dirigía, pero en la apariencia, nada más que en la apariencia. ¡Allí había manos ocultas que le hacían traición! ¡Él averiguaría quiénes eran los miserables!—«¿Y crees que yo también no pierdo?»—agregaba—«¡Si me estoy arruinando!.... ¡Y que tú, tú tan luego, mi buen hermano, mi único, mi queridísimo hermano, vengas á aumentar mi pena con cargos semejantes! ¡Todos en este mundo estamos expuestos á equivocarnos!»—¡Con qué tono lo decía!.... Resultado: Caín se las componía de tal manera, que acababa siempre por hacerse compadecer de Abel, y un abrazo fraternal era el desenlace de aquellas discusiones. ¿Conocéis ahora á Granulillo, abogado por fórmula, periodista por cálculo. director de Banco por conveniencia y bolsista por ambición?

Pero el tipo más original de aquel círculo se llamaba Daniel Fouchez, nombre supuesto que servía para ocultar uno de los títulos más antiguos de Francia. Era marqués y había sido rico, aunque no mucho; pero los desórdenes de su juventud y sus dispendiosas prodigali-

dades dieron pronto al traste con una fortuna ya bastante mermada por los despilfarros de diez generaciones de holgazanes, y llegó un día en que el elegante parisién, frecuentador asíduo de los camarines de la Porte Saint-Martín y del Odeón, y galanteador generoso de las muchachas alegres de los *boulevares*, se encontró de buenas á primeras sin un franco en los bolsillos, abandonado de sus amigos, con el crédito agotado y las ilusiones moribundas. Un tiro lo resuelve todo. Él no se lo pegó. ¿Por qué? ¿Fué valor? ¿Fué cobardía? Ya porque su orgullo le impidiese dejar comprender su situación á sus relaciones, ya porque fuese demasiado ignorante para conquistarse una posición en el mundo científico ó literario, el hecho es que se decidió venirse á América, de incógnito, á probar fortuna, resolución que no se avenía mal con su carácter un tanto emprendedor y aventurero.

Había oído hablar de Buenos Aires, de lo fácil que era enriquecerse en esta bendita tierra que sus amigas las *cocottes* alababan, enalteciendo la largueza de sus hijos, á quienes explotaban en grande, y entusiasmado por aquellos relatos maravillosos, se dijo: «En Buenos Aires está mi salvación. Vámonos á Buenos Aires.» Una vez resuelto, no quiso pedir cartas de recomendación á nadie, gozán-

dose interiormente en la idea de los comentarios novelescos á que daría lugar su desaparición, en el círculo de sus amigos y camaradas.

Cobró algún dinero que le debían, vendió cuanto poseía en alhajas y objetos de arte, y un buen día salió en secreto de París, sin decir adiós á sus relaciones, ni despedirse de un tío millonario á cuya generosidad no había querido apelar nunca. Llevaba en su equipaje, entre otras cosas indispensables, un... ¡teatro de títeres!... Apenas llegado á Buenos Aires, alquiló, en las inmediaciones de la Recoleta, un terreno baldío que encontró á propósito para levantar su barranca. Como Fouchez tenía un carácter muy alegre, todo esto lo encontraba él muy divertido.

Allí pasó un año el ilustre marqués, encaramado en los bastidores de su teatro, manejando los hilos de los autómatas y hablando con voz nasal y de falsete. Dió una serie de representaciones tan peregrinas como *La reina de las hadas*, *El fantasmón de las treinta barrigas*, *Aladino ó La lámpara maravillosa*, *Las aventuras de Polichinela*, *Don ¡que te como!*, *El dragón de las siete cabezas*, y otras muchas ingeniosas obras del repertorio infantil.

Pero sucedió que un buen día, irritado por

el poco favor que le dispensaba el público microscópico, hizo las de Don Quijote con el retablo de maese Pedro, y la emprendió á puñetazo limpio con todos sus muñecos, pudiendo decirse sin metáfora en aquella ocasión que no quedó títere con cabeza. La *massacre* fué espantosa. De una feroz puñada le rompió la crisma á la delicada emperatriz Melisena, é hizo desaparecer, por el mágico procedimiento de un puntapié admirablemente asestado, las dos jorobas del travieso Polichinela, á quien esta vez no le valieron mañas. Plagiando á Hércules, aniquiló en seguida al dragón de las siete cabezas, partió por el eje á su alteza la reina Mab, sin respetar, en su calidad de marqués, la elevada jerarquía de tan gran señora, y después de enjugar el sudor que hiciera correr de su frente tan recia batalla, vendió el teatro con todos sus fantasmagóricos telones.

Con su producto compró un carrito y se hizo expendedor de helados, creyendo que el perfeccionamiento de este refresco le daría pingües ganancias; pero también esta vez se equivocó lastimosamente, y pronto tuvo que optar entre quedarse sin un medio ó abandonar el oficio.

Prefiriendo, como es natural, lo último, estableció un cambalache, caminó mucho, comió

poco, vendió por 100 lo que compraba por 10, y al cabo de poco tiempo se vió dueño de una suma nada despreciable. Y fué entonces cuando se le ocurrió aquella bendita idea de formar una gran empresa avisadora. Se asoció con un fuerte capitalista, á quien sedujo el proyecto, empapeló á medio Buenos Aires, inventó unos carros de mudanzas, de nueva forma, que tuvieron mucha aceptación, especuló en tierras, le fué bien, y siguió subiendo, subiendo, hasta que se encontró con un capital mayor que el derrochado en las correrías de su juventud.

Mas en lugar de establecer un negocio seguro, aunque no tan lucrativo como deseaba, se arrojó al torbellino de las aventuras bursátiles, viéndose pronto convertido en una de las potencias de la Bolsa. La necesidad había desarrollado su ingenio, y el temor de volver á ser su presa multiplicaba su actividad y sus esfuerzos. Era fundador de varias sociedades anónimas y propietario de numerosas fincas que compraba y vendía ganando diferencias considerables. Contaba, en la época en que se desarrollaron los sucesos que vamos apuntando, de treinta á treinta y dos años, aunque le daban mayor representación su barba negra, muy tupida, salpicada de algunas canas, y un principio de obesidad que lo mor-

tificaba mucho, porque era presuntuoso como el que más. Llevaba el pelo cortado al rape; tenía negros los ojos, la nariz aguileña, la voz suave, distinguido el porte, y hablaba el español con bastante claridad, aunque su pronunciación gutural, unida á cierta petulancia muy propia del carácter francés, denunciaban su origen. Glow lo apreciaba mucho. Fouchez era su consejero, su amigo, su punto de apoyo en los trances difíciles. Granulillo le inspiraba una vaga desconfianza, que no sentía por el francés, y había contribuído mucho á esto el haber oído decir, no recordaba á quién, que á través de la niebla que envolvía la vida privada de Granulillo se dibujaba la figura de una mujer hermosísima que al mismo tiempo mantenía relaciones indecorosas con un personaje altamente colocado. Esto, interpretado de un modo desfavorable para Granulillo, y otras cosas raras que Glow advirtiera en distintas ocasiones, hacían que el abogado abrigase algunos recelos cuidadosamente disimulados. No tardaremos en saber si eran ó no justos.

Una tarde, al entrar Glow á su estudio, encontró reunida á casi toda la camarilla. El gran Fouchez, tendido largo á largo en un sofá, aspiraba el humo de una pipa de espuma

de mar, oyendo con estoica paciencia la enrevesada perorata que el ingeniero Zolé, formidable solista, le estaba endilgando hacía media hora. Junto al balcón, de pie, con el sombrero puesto, el ramo de violetas en el ojal, los guantes calados, Granulillo leía un diario de la tarde, mientras Juan Gray, sentado al escritorio, borroneaba una carta para su amada la bailarina. Sólo faltaba León Riffi.

—Caballeros, muy buenas tardes—dijo el doctor con acento entrecortado, porque la escalera lo fatigaba mucho.

—Esperándote estábamos.

—¿Sí? Pues aquí me tienen á sus órdenes.

—Se trata de poner en ejecución una idea del insigne Fouchez—dijo el joven Gray, suspendiendo la pluma sobre el papel.

La cara de Glow tomó la expresión del interés más vivo.

—¿Y puede saberse cuál es esa idea?

Fouchez recogió las piernas, las puso perpendiculares al pavimento, enderezó el cuerpo sobre aquel compás, y estiró la mano con un movimiento lleno de naturalidad.

—Es la cosa más sencilla, la más sencilla del mundo—dijo.

Y empezó á hablar con la mayor frescura de una porción de cosas sorprendentes. Él

tenía un proyecto, un grande, un verdadero proyecto, de fácil, de facilísima ejecución. Las gentes demasiado timoratas, podían, es cierto, oponerle algunas objeciones. ¡Oh! pero él sabía que estaba entre personas liberales, liberalísimas (y recargaba la palabra), en cuyo claro entendimiento no tenían, no podían tener entrada ciertos escrúpulos...

—Al grano, al grano—decía el doctor impaciente.

—Bueno, sí, es mejor dejarse de hacer salvedades hasta cierto punto ridículas entre nosotros. Al grano, al grano, como V. dice con razón. Mi proyecto es éste: Se busca un campo, un campo cualquiera, no muy extenso, pero que esté, eso sí, cerca, lo más cerca posible de la capital. En seguida se manda poblar ese campo, quiero decir, se levanta en él una gran ciudad...

—¡Pues no es nada lo del ojo!—exclamó Glow pasmado.

—Pero una ciudad ficticia, una...

—¡Una ciudad ficticia!

—Déjalo explicarse—dijo Granulillo á su amigo, que iba de asombro en asombro.

El francés, después de aspirar una larga bocanada de humo, volvió á tomar la palabra, arrojando por boca y narices una serie de nubes cenicientas.

—Trataré de ser más claro. Se compra, como decía, un campo inmediato á Buenos Aires, y en él se edifican casas, muchas casas, de madera la mayor parte, de madera, eso es, salvo tres ó cuatro, las principales, que serán de material, de material. . . ¿Comprennez-vous?

El doctor dijo que sí con la cabeza.

—Todas hechas, es claro, hechas á la ligera, muy á la ligera. Después ¿eh? se levantan cimientos, cimientos de otras, para dejar sospechar que forman el plantel de una *future* población importante. En seguida, inmediatamente, ¿oye? se contratan, por un mes ó dos, á quinientos ó seiscientos vagos, á quienes se les hace desempeñar l'oficio de panaderos, tenderos, almaceneros, zapateros, etc., y que irán á establecerse con sus negocios en algunos de los edificios á que he hecho alusión antes. . . ¿Comprennez-vous? perfectamente. Esto dará á mi ciudad, á nuestra ciudad, cierto aspecto de vida y movimiento, mucho movimiento que asegurará el éxito del negocio, de nuestro negocio. Y un día, cuando todo esté organizado ¡plaf!. . . Se anuncia, por todos los medios de publicidad de que se pueda echar mano, el remate, el gran remate de la importante villa. . . ¡Equis!

—¿Y después?—interrogó Glow con acento indefinible, metiendo ambas manos en los bol-

sillos de su sobretodo y mirando á Fouchez de un modo particular.

—¿Después? ¡Vaya una pregunta! Después nos embolsamos una suma de veinte veces mayor que los gastos que pueda ocasionarnos este brillante...

—¡Robo!

Glow fué quien lo dijo, Glow mismo, en cuyos ojos brillaba la chispa de la indignación más justa.

Si el pequeño busto de Cicerón que adornaba el tintero de bronce, hubiera lanzado uno de esos magníficos apóstrofes que tan célebre han hecho el nombre del ilustre romano, la estupefacción de los cuatro interlocutores del doctor no habría sido más grande que la reflejada en sus fisonomías al oir tan tremenda palabra. ¡Robo!

Granulillo se arrancó las violetas del hojal y hundió en ellas la nariz, como si quisiera aturdirse con el perfume de las flores. A Gray se le rompió la pluma en el momento crítico en que echaba la firma al pie de la esquela. En cuanto á Zolé, miró al doctor con unos ojos que demostraban sus deseos de hacer práctico en Glow su método de eliminación. Fouchez casi dejó caer la pipa; más fué el primero en reaccionar.

—Doctor, fíjese en lo que ha dicho, y acuér-

dese de quienes son las personas con quienes está hablando.

—Bueno, discúlpeme, he sido demasiado severo—dijo el doctor, que era muy cortés, y en el que influía no poco el ser Fouchez autor del proyecto, para sentirse aplacado.—Pero ¡qué quieren! hablándoles con toda sinceridad, el negocio me parece poco limpio, y en el primer momento se me ha escapado una palabra que me apresuro á retirar. ¡No hablemos más de la cosa!

El francés lo llamó aparte entonces. Se retiraron á un rincón de la pieza, y empezaron á hablar en voz baja, con acaloramiento reconcentrado el doctor, Fouchez con aire persuasivo.

—V. debe comprender, doctor, que este género de negocios está á la orden del día. El dinero abunda hoy que es un gusto, tanto que la gente no busca sino ocasión de gastarlo... Sí, doctor, no mueva V. la cabeza, convénzase...Estas especulaciones, especulaciones como la que le propongo, están admitidas, toleradas por todo el mundo, y parece, ó mejor, no parece sino es evidente, que hasta entre las personas más honorables, las más honorables, se ha establecido una especie de emulación para ver quien es el que más, el que mejor se ingenia en sacarle el dinero al prójimo...¡y en que se lo saquen!...

Siguió hablando con aquel estilo suyo particular que consistía en repetir palabras y conceptos como si creyese que de ese modo entenderían mejor lo que decía. No se sabe qué otras razones ni de qué orden adujo para convencer al doctor; pero es lo cierto que cuando Fouchez acabó de hablar, Glow sonreía con aire de hombre que acaba de ser convencido.

El doctor estaba dotado de los sentimientos más puros, y era refractario á todo lo que saliera del terreno legal, abierto á las ideas honradas y generosas; pero el medio ambiente en que respiraba había influído lastimosamente en él. Cada día iba dejando, sin darse cuenta de ello, un nuevo jirón de su sentido moral en la peligrosa pendiente por la que se deslizaba, aunque con esto no hacía más que seguir la corriente general, pues en aquellos tiempos de fabulosa memoria, el convencionalismo social permitía muchas cosas reñidas con la moral ordinaria. Glow era el tipo común del especulador de entonces. Hombre sano en un principio, mareado luego por una atmósfera corrompida, asimilado á ella después.

—Bien, señores, no sólo retiro la palabra injuriosa que impremeditadamente se me escapó, sino que acepto entrar en el negocio.

Granulillo, que siendo el verdadero autor del

proyecto, no había querido aparecer como tal ante Glow, temiendo sus escrúpulos, dijo:

—Mañana mismo me pondré en actividad para que se inicien cuanto antes los trabajos.

—Sí, es preciso hacerlo pronto—observó Zolé, que durante la discusión había permanecido con un código en la mano, fingiéndose absorto en la lectura.

—Esta misma noche voy á escribir un artículo preparando el terreno para dar más tarde un bombo en regla á nuestra heróica villa—dijo el director de Banco, acomodando el ramo de flores en el ojal de su solapa de terciopelo, y contemplándolo con un arrobamiento que denunciaba su galante procedencia.

—En cuanto á mí (Zolé, al decir esto, se puso la mano abierta sobre el pecho, una mano tremenda), no pienso perder oportunidad de anunciarla verbalmente por todas partes.

—¿Y qué cantidad aportará cada uno de nosotros al negocio?—interrogó Juan Gray, que estaba empeñado en la tarea de poner pluma nueva al lapicero de marfil.

—Eso se verá—dijo Granulillo, sacándose el sombrero y alisándose la onda del peinado. Por lo pronto lo que pueden hacer es presentar uaa solicitud de descuento al Banco de que soy director, y yo me encargo de hacerla despachar en dos días.

—¡Magnífica ocurrencia!

—Es natural, hay que aprovechar estos dos meses que me quedan. En cuanto á los comerciantes que tienen solicitudes...¡que se embromen! ¡Yo no se las despacho nunca!

—Doctor, una palabra.

Todos se volvieron hacia la puerta, en cuyo dintel acababa de aparecer un jovencito pálido y enclenque, envuelto en una larga capa negra. Era León Riffi, el ratón.

—¿Qué hay?—le preguntó Glow, acercándose á él.

—Aquí le traigo al químico de que hablamos ayer.

—¡Ah, sí! con permiso...

Y pasó á la otra pieza, donde había un individuo vestido con la sencillez propia de un jornalero endomingado. Su actitud humilde, su traje gris de paño ordinario pero muy aseado, todo predisponía á creer que se estaba en presencia de un honrado y modesto trabajador; pero á poco que se observase la movible expresión de su semblante, cubierto de espesa y enmarañada barba negra, y el fulgor sombrío de sus ojos inquietos, no podía menos de experimentar cierta desconfianza que en Glow se manifestó vagamente al encontrarse sus ojos con los del desconocido.

—El señor es el fabricante de licores quí-

micos... El señor es el doctor Glow... Ya pueden entenderse...

Riffi, después de hacer esta presentación, se retiró discretamente à la pieza vecina, dejando antes colgada su capa en un cuerno de la percha.

—¿Es V. el que hace un *chartreuse* tan rico como el auténtico?

—Sí, señor, mejor, mucho mejor que el auténtico.

—¿Y qué es lo que le hace falta?

—Capital para comprar las máquinas y plantear la fábrica.

—¿Trae alguna muestra de su preparación?

—No, doctor, pero si V. quiere, mañana le mandaré una botellita, con eso V. ve que *chartreuse* como el mío no lo hay en el mundo entero.

—¿Es suyo el secreto de la fabricación?

—Sí, doctor, pero por herencia. Me lo reveló en España el prior de un convento, pocos minutos antes de expirar.

--¿Ha sido V. fraile?

—Nunca, doctor—repuso el químico riendo; y espero no serlo jamás.

—¿Sería V. pariente, hermano tal vez de aquel prior?

—No, nada de eso. Lo que sucedió fué que estando yo de paso para Madrid, en un vi-

llorrio de los alrededores de Sevilla, tuve ocasión de prestar al prior un servicio de importancia.

—¿Es V. francés?

—Sí y no. He nacido en Alemania pero...

—¡En Alemania V!

Glow, que había notado la pronunciación genuinamente francesa del licorista, sospechando que se burlaba de él, estuvo á punto de echarlo escaleras abajo.

—Sí, en Alemania; pero mis padres pasaron á Francia siendo yo muy niño todavía. Por eso parezco francés.

La explicación no estaba mal. Lo que sí tenía visos de novela era aquel cuento del prior moribundo, que al doctor se le había atragantado.

—Está bien. Yo reflexionaré y veré si me conviene ó no habilitarlo.

—¡El negocio es magnífico!—exclamó el otro, que habiéndose desconcertado un poco durante el interrogatorio, creyó distinguir un vislumbre de éxito en las últimas palabras del doctor.

—Imagínese—prosiguió con entusiasmo—imagínese que el litro de *chartreuse* nos vendrá á costar quince ó veinte centavos De manera que en cada litro ganaremos tres nacionales con ochenta y cinco centavos, ven-

diendo á cuatro pesos el litro, que es su precio.

Glow empezó á olvidar la historia del prior con la perspectiva de semejante ganancia.

—¿Pero es cierto lo que V. me dice?

El químico no pareció ofendido por la pregunta.

—Creo que V. tiene informes de mí. El señor Riffi, el doctor Granulillo y el señor Fouchez me conocen, saben quien soy... Además, V. probará mi preparación, y verá si es ó no buena.

—¿Todavía dura el conciliábulo?—preguntó Granulillo asomando la cabeza por la puerta.

—Hombre, ven, si esto es para dudar, si esto es asombroso!—dijo el doctor.

Fouchez apareció detrás de Granulillo. Este hizo disimuladamente una seña al químico, seña que hubiera podido traducirse por: ¿qué tal? El químico no contestó á la seña.

Entonces aquello tuvo que ver. Entre el francès y Granulillo agarraron al pobre doctor y le pusieron la cabeza como tarumba. Aquel negocio no tenía igual; era un portento, la piedra filosofal, una mina inagotable. Ellos habían probado el licor. ¡Era delicioso, delicioso! ¡Y decir que podía fabricarse con poco menos que nada! Lo único que costaría

un poco sería la instalación de la fábrica, pero ¡qué importaba! si después daría resultados fabulosos, verdaderamente fabulosos—repetía el francés. Riffi y Gray también intervinieron haciendo grandes elogios del químico y su *chartreuse*. Zolé, el ingeniero, encontró un admirable pretexto para emplear su método de eliminación, demostrando matemáticamente, y con mucho aparato y manoteo, la excelencia de aquel invento prodigioso (textual).

—Pero ¿y las màquinas? donde están las máquinas?—preguntaba Glow aturdido.

—En París. Allí es donde las hay mejores.

—¿Y quién irà á buscarlas?

—Yo, si á V. le parece—contestaba el químico.

—¡Pero necesito una garantía por los dineros que le entregue para comprarlas!

—Yo seré el fiador—dijo Fouchez.

—¿Y por qué no quiere entrar V. en el negocio?—le preguntó el doctor.

—Porque no tendré capital disponible hasta después de fin de mes, y el señor (designando al químico), está apurado por encontrar un socio capitalista.

—Si V., doctor, no quiere serlo, buscaré otro—dijo el francés nacido en Alemania.

No hubo más que hablar. Quedó convenido

que el químico enviaría al doctor una muestra de su preparación, y si esta resultaba buena, el fabricante saldría para Europa en el primer paquete, munido de la cantidad indispensable (que él calculaba en cien mil pesos) para proveerse de los elementos necesarios á la instalación de una gran fábrica.

Por fin el hombre se fué. Cuando salió, Riffi y Fouchez, que parecían ser los mejor informados respecto á los antecedentes del químico, se lo pintaron á Glow como un modelo de honradez y competencia. Luego veremos qué pájaro era el tal químico.

—¿Saben que tengo una idea soberbia para aumentar el premio de nuestra Sociedad Embaucadora?—dijo Fouchez, cambiando de conversación.

—¿Y es?

—Fingir que la sociedad compra, ¿eh?... que la sociedad compra un lote, un lote importante de tierra, por valor (es una suposición, se entiende), por valor de diez millones (imaginarios, por supuesto, imaginarios), á la otra sociedad de la cual soy presidente. De esta manera todo el mundo dirá: «La Sociedad Embaucadora ha comprado á la Trapisondista tierras por valor de diez millones. ¡Compremos acciones de la Sociedad Embaucadora!»

—¡Y al día siguiente se irán á las nubes!

Zolé movió la cabeza de un lado á otro en señal de desaprobación. El ingeniero, antiguo constructor, entre otras cosas, de sólidos puentes, al romper el suyo para dejarse caer en la catarata de los negocios, era, como su amigo el doctor, un hombre honrado á carta cabal, y aunque después había ido aturdiéndolo insensiblemente el torbellino que lo arrastraba, solía tener momentos lúcidos en que hacía hincapié contra la corriente cada vez más turbia á cuyo impulso fueron tan pocos los que supieron resistir.

Así es que cuando Fouchez con la cara encendida de entusiasmo, dejó de hablar, el ingeniero sintió que algo se sublevaba en su interior.

—Pero eso sería abusar de la buena fe de los accionistas—dijo mirando de soslayo á Glow, como para pedirle su parecer. Y los fondos de la sociedad ¿para qué se reservan sino para emplearlos en negocios que la beneficien? Pues entonces, si es así, en lugar de hacer una compra ficticia ¿por qué no hacemos una adquisición real?

Granulillo creyó prudente tomar la palabra antes de que hablase Glow, que se preparaba á hacerlo.

—Un momento, no te apures (se tuteaban). Es que Fouchez no se ha explicado lo bas-

tante (aquí se encaró con el ingeniero). V. sabe que las operaciones de títulos son las que mayores ganancias dan hoy...

—Es cierto.

—Ahora bien, á nosotros—prosiguió Granulillo—á nosotros, particularmente, y no en calidad de directores de la sociedad, nos hace falta dinero para comprar títulos.

—¿Pero no tenemos más de cinco millones invertidos en ellos?—preguntó Glow acariciando el lomo de un infolio de la biblioteca.

—Cuantos más compremos, mejor—dijo Granulillo con aquella sonrisa que descubría la línea blanca de su dentadura de mujer.—Me dirás que no tenemos derecho á disponer de los bienes de la Embaucadora... ¡Santo y bueno! Pero sí podemos manejarlos de modo que gane la sociedad y ganemos nosotros ¿debemos ó no hacerlo?

—Los fondos de la sociedad son sagrados. En ningún caso deben tocarse sino...

—¡Bah! déjense de pamplinas. Nosotros, como fundadores y miembros de la comisión directiva, tenemos prerrogativas...

—¡Deberes más sagrados que los mismos accionistas, los cuales, confiados en nosotros, vienen á depositar su dinero en nuestras manos! ¡Y que después salgamos haciéndoles una mala partida! ¡No, hombre; es un mal proceder!

Glow, como el lector habrá observado, no tenía pelos en la lengua para cantar verdades; sin embargo, era tarea difícil vencer al periodista.

—No te enojes, caro amigo, no te enojes— dijo éste, palmeando familiarmente la espalda del abogado—¡Tienes una facilidad para sulfurarte!

—Yo digo lo que siento.

—Pues si dices lo que sientes, contesta con franqueza á una pregunta.

—Veamos esa pregunta.

—¿Crees que es lícito hacer por la Embaucadora todo lo que pueda beneficiarla?

—Ya lo creo.

—Entonces permíteme que te diga que eres un mazacote.

Glow se quedó perplejo ante esta salida inesperada.

—¡Pero no eres tú el que me ha de comer, angurriento!—dijo reaccionando y siguiendo la broma.

Y eres un mazacote, porque no has comprendido que lo propuesto por Fouchez dará importancia á la Embaucadora aumentando el valor de las acciones.

Glow tenía talento, rectitud, instrucción, pero era débil de carácter, y cedía con facilidad siempre que discutía con un adversario

más firme que él. Granulillo, que lo vió vacilar, dió el golpe definitivo.

—Si no te gusta el negocio en la forma que lo ha planteado Fouchez, hagamos una cosa: cómprenme Vv., en representación y con fondos de la sociedad, mis terrenos de Flores; pero á fin de dar mayor importancia á la operación, avalúenlos à un precio más alto del que tienen, y repartámonos entre nosotros la diferencia que resulte entre el valor real y el que le demos. Y cuando la noticia de esta fingida adquisición se desparrame por la Bolsa, la gente dirá: La Sociedad Embaucadora ha comprado terrenos por tal valor— ¡Es exorbitante!—observarán algunos—Pero si los solares son magníficos—No importa— Total: entre dimes y diretes, el resultado será que vendrán á disputarse nuestras acciones. Conozco esa clase de asuntos... En esto no hay nada de ilegal— añadió Granulillo, viendo que Zolé abría la boca para decir algo—pues al paso que van las cosas, antes de poco tiempo los terrenos valdrán, no digo el doble, diez veces más que lo que hoy representan.

Y lo creía como lo decía.

Un paréntesis. Granulillo había formulado, en pocas palabras, todo el secreto, que ya no lo es para nadie, del extraordinario precio que alcanzó la tierra en los famosos tiempos de la

especulación. Las sociedades anónimas y los sindicatos, ayudados por los Bancos, que proporcionaban dinero á los especuladores, con perjuicio del comercio serio para el cual no lo había, dieron, con propósitos culpables de sus directorios, valor exorbitante á esa misma tierra que después lo perdería hasta el punto en que la vemos hoy, porque suspendidos bruscamente los créditos de los Bancos, amaneció un día en que faltó el dinero, llegaron los vencimientos, no se pudieron obtener nuevos descuentos, y la bancarrota necesariamente se produjo.

—¿Y para qué tantos enredos?—preguntó Glow, mirando alternativamente á Granulillo y á Fouchez, el cual encaramado sobre un sillón, se preparaba á encender un pico de gas con pantalla de porcelana, medida oportuna, porque la noche se venía encima.

—¡Vaya una pregunta!—dijo el francés, con un fósforo en una mano y la pantalla en la otra. Para ganar nosotros primero, nosotros ¿eh? y después, para que la Embaucadora adquiera importancia, mucha importancia.

Y en tanto que el pico del gas, lleno de aire, abría ruidosa y lentamente su llama azul en forma de abanico, Granulillo desarrolló un nuevo plan de operaciones bursátiles. Dijo que caucionando á un alto precio, en el Ban-

co á cuyo directorio pertenecía, mil títulos de las Catalinas, que habían comprado entre todos, adquirían un nuevo capital para comprar mas títulos todavía, «y á estos nuevos títulos comprados—añadió—también podemos caucionarlos en otro Banco, para comprar más títulos aún. Podemos repetir la operación al infinito, y cuando menos acordemos, al encontrarnos con ganancias inmensas, retirar de los Bancos los títulos caucionados, y...

—¡Quién había de decir que hasta los Bancos más serios expondrían sus capitales al azar, jugando su porvenir! Pero tu idea es soberbia; yo, por mi parte, la acepto—dijo Glow.

Mientras los cuatro amigos cambiaban idéas, Riffi y Gray sostenían animada conversación, cabalgando el primero en una silla, con los pies apoyados en los peldaños y la espalda en la pared; sentado el segundo sobre el escritorio-ministro, posición que le permitía entregarse al inocente placer de balancear las piernas haciéndolas entrar y salir por la abertura central del mueble. Hablaban de caballos, de *studs* que proyectaban comprar á medias, de pérdidas y ganancias al juego, de mujeres, de un escándalo promovido la noche anterior en una *rotisserie*, con acompañamiento de trompis y botellazos; de un

duelo probable entre dos amigos comunes y de otros asuntos por el estilo que forman el fondo de la conversación pintoresca y superficial de cierta clase de jóvenes.

Bien se comprenderá que los dos caballeritos que así entretenían su tiempo sin intervenir en la grave conversación de los otros cuatro, ocupasen al lado de éstos un lugar muy secundario. Eran, en efecto, algo como los rodajes menores de una máquina cuyos principales resortes se llamaban Zolé, Glow, Fouchez y Granulillo. Tenían su función propia que llenar, pero estaban subordinados á los movimientos impulsores de estos cuatro resortes, de los cuales recibían el movimiento con el automatismo propio de su rol completamente mecánico. Gray y Riffi se dejaban conducir, porque estaban convencidos de que esto entraba en el orden de sus conveniencias. Sabían la influencia que los cuatro amigos ejercían en los negocios, y queriendo estar al tanto de sus manipulaciones se hicieron introducir en el círculo por intermedio de Granulillo, que era pariente lejano de la madre de Gray. Esto les costó, es cierto, una sangría formidable, de aquellas que sólo saben hacer los directores de Banco hábiles como Granulillo; pero pronto se resarcieron de tal quebranto con las ganancias obtenidas gracias á

las indicaciones del conciliábulo, ante el cual nunca se atrevían á manifestar su opinión, tan atendible como cualquiera otra, porque no se les escuchaba ni tenía en cuenta. Mas ellos pensaban: «¡qué se nos importa no tener opinión, si ganamos mucho!» (En los negocios, como en política, existe la adulación). Eran, eso sí, discretos, muy discretos, no por honradez, sino por conveniencia. Otro rasgo: les gustaba poder decir en la Bolsa á sus camaradas: Ayer estuve con el doctor Glow...— Fouchez me comunicó tal cosa (siempre mintiendo)...—Granulillo, que me invitó á comer anoche...—¡Ese Zolé es una *pierna!*

Después de haber hecho entrar al doctor por el aro del diablo, como lo hacía entrar siempre, Granulillo generalizó la conversación bajando el tema á la altura necesaria.

—¿Qué significaban esos papelitos azules que pusiste en el sobre junto con la carta?— preguntó á Gray.

—Son las entradas de Variedades. Como no pienso comer hoy en casa, se las mando á Lucrecia para que vaya á esperarme al teatro.

Lucrecia era el nombre de su querida, la bailarina retirada.

—¿Es muy aficionada á *variedades* tu querida?—interrogó Granulillo con su sonrisa más irónica.

Gray no comprendió el equívoco.

—Sí, le gusta ir á reirse un rato con las piruetas de sus antiguas compañeras. ¡Ah! á propósito. Los invito á una comida para el domingo. El que quiera puede llevar sus más y sus menos... Después del Champagne se bailará, se jugará un poco...

Glow, que en este punto era, como todo hombre verdaderamente enamorado de su mujer, un puritano, dijo que agradecía la invitación, pero que no la aceptaba. Fouchez y Granulillo prometieron ir. De Zolé, ni hay que hablar. Á pesar de su método de eliminación, nadie recuerda que se haya eliminado nunca en un caso de estos. Era una buena pieza, con su seriedad y todo.

Cuando cerró la noche, los seis amigos bajaron la escalera entonando en coro un himno de agradecimiento á la grande, generosa, opulenta, adorable Bolsa, dispensadora de todos los beneficios, cueva de Alí-Babá y lámpara de Aladino, como decía el gran Fouchez, estableciendo, sin querer, una relación de ideas con aquellos tiempos en que trabajaba de titiritero, allá, en la barraca de la Recoleta, que ahora no se atrevía á mirar cuando, muy echado para atrás en su victoria descubierta, iba camino de Palermo, arrastrado por su costosa yunta de magníficos rusos...

—¡Oh! la Bolsa!

III

EL DOCTOR GLOW EN SU CASA

—¿Está la señora?

—No, señor, todavía no ha vuelto.

—¿Salió con los niños?

—Sí, señor.

Y el portero, cuadrado militarmente, se inclinó respetuoso ante su ámo que empezó á subir lentamente la ancha escalera de mármol del inmenso vestíbulo iluminado por tres grandes faroles de bronce y cristal, cuyos numerosos picos lanzaban torrentes de luz que hacían resplandecer como espejos las altas paredes pintadas al óleo y la abovedada techumbre donde se entrelazaban mil primorosos arabescos que hubiera firmado cualquiera de los artífices desconocidos que dieron forma material á ese sueño de huríes que se llama la Alhambra.

Al poner Glow el pie en el último y reluciente peldaño, se detuvo, con la mano apoyada en un hermoso jarrón de alabastro que haciendo *pendant* á otro colocado en frente, ostentaba una de esas plantas japonesas, de grandes hojas obscuras y caprichosas, que tan bien se acomodan con el refinamiento y la variedad propias de nuestro siglo enciclopédico.

Contento, satisfecho, el doctor arrojó una mirada á su alrededor, y sus labios volvieron á dibujar la misma sonrisa que se bosquejó en ellos á la entrada de la Bolsa. Pensaba que aquel palacio, situado en el centro de la Avenida Alvear, en pleno barrio aristocrático, era suyo, completamente suyo. Sólo quince días hacía que lo habitaba, y aun conservaba fresca la impresión que produce en el hombre acostumbrado á llevar una vida cómoda pero sin lujo, el repentino encumbramiento á las más altas cimas de una opulencia improvisada.

Allí tenía él bajo sus ojos aquel espléndido vestíbulo, con sus adornos costosos, sus muebles de cuero *Cordú*, labrado, su percha con espejo y su mesa de maderas raras, en la que reposaban dos gruesos volúmenes de las obras de Shakespeare, edición Hetzel. Allí estaba el precioso mosaico de mil colores, que parecía una alfombra tendida para ser hollada por el zapato blanco de una sultana.

—Es preciso que mañana mismo se coloquen los candelabros al pie de la escalera— dijo el doctor con voz que retumbó sordamente en el espacioso vestíbulo.

—Está bien, señor.

Con sus patillas abiertas, su levita negra y su corbata roja, el portero parecía, en lo in-

móvil, un hombre helado por el frío al pie de la escalera.

El doctor levantó el tapiz morisco que cubría una puerta, y entró á un salón en cuya lóbrega concavidad brillaron tenuemente varios puntos y filetes de espejos y adornos al reflejar la luz del vestíbulo.

—Juan.

—¿Señor?

—Sube.

Oyóse en la escalera el chis-chás impertinente de las botas del portero.

—Dí que enciendan todas las luces de la casa.

Después de dar esta orden, Glow se dejó caer en el primer sillón que encontró á tientas en la oscuridad. A poco vió entrar una sombra, oyó castañetear maderas, raspar fósforos, y de repente...

¡Oh! cómo brotó de aquel caos de tinieblas aquel mundo maravilloso! El fámulo, encaramado en lo alto de su escalerilla, encendía, una á una, las bujías de porcelana de la gran araña central. Parecía, allá arriba, un dios de frac á cuya evocación iba surgiendo un universo de preciosidades.

Era de ver la cara que el doctor ponía al contemplar aquellos muebles riquísimos, con sus tejidos representando escenas de guerre-

ros antiguos; aquella alfombra de Obussón, de una sola pieza; aquellas paredes forradas, como un estuche, en seda color rosa pálido; aquellos cortinados espesos que colgaban majestuosamente de las altas galerías; aquel techo en que el pincel de un verdadero artista había trazado unos amorcillos á quienes la Du Barry hubiera visto complacida abrir las alas en su mejor retrete; aquellos bronces sostenidos en pedestales forrados en riquísimas telas; aquellos grandes espejos, con sus dorados marcos de filigrama y sus jardineras al pie, llenas de flores, como ofreciendo un premio á las hermosas que quisieran mirarse en su cristal biselado; aquellas mil chucherías esparcidas en desorden por todas partes: vitrinas de rara forma, conteniendo objetos de fantasía; atriles caprichosos, con libros abiertos como misales unos, otros sosteniendo cuadritos de mérito; taburetes de raso pintado á mano—y allá en el fondo, una gran vidriera detrás de la cual se transparentaba otra sala envuelta en una penumbra que le daba no sé qué de fantástico y vaporoso.

—Ahora el otro, enciende las luces del otro.

El sirviente, cargado con su escalerilla de mano, que abría en compás debajo de cada araña, iba iluminando sucesivamente los salones, el comedor, la biblioteca, los dormitorios,

seguido del doctor que parecía no cansarse de admirar los esplendores acumulados en aquellas habitaciones verdaderamente regias. Un cuento de la Scheherazade no lo hubiera deslumbrado más.

Y cuando el palacio todo quedó resplandeciendo bajo la inundación de luz que bajaba de cada pico; cuando, arriba y abajo, en el primer piso y en el segundo, en los sótanos y en el mirador, en el jardín y en los patios, el día artificial arrancó á la morada del doctor la capa de sombras que la envolvía, embriagado, loco de gozo y de vanidad, Glow empezó á vagar por entre todas aquellas suntuosidades, contemplándose en cada espejo, extasiándose ante cada cuadro, parándose ante cada mueble, mientras que por las puertas entornadas se veía aparecer á cada momento, ora la cabecita rubia y curiosa de una sirvienta, ora la cara afeitada del cochero inglés, ya el gorro blanco de un pinche de cocina, ya las correctas patillas del portero, cuyas cejas formaban el acento circunflejo más pronunciado que ha escrito el asombro en la fisonomía humana.

A través de los cristales de un balcón, mira Glow retorcerse las cintas oscuras de los caminos del jardín. Observa la gruta gigantesca con su juego de aguas que un jardinero de blusa azul acaba de poner en movimiento. Se

recrea en la contemplación de la glorieta, cuya red de madera será pronto envuelta por la madreselva que ya empieza á rodearla con sus mil delgados brazos, cubiertos de hojas en forma de escudos, cual si se prepararan á defenderla de los ataques de algún formidable enemigo. De trecho en trecho, un pilar de hierro, erguido como un centinela colocado en su puesto para impedir el avance de la oscuridad, sostiene su globo de cristal opaco, que difunde suave resplandor por el parque inglés chato, lleno de macizos de flores sin màs árboles que unas cuantas palmeras mecidas por el viento de la noche. Después manchas negras donde la luz no penetra, alternando con reflejos de un verde pálido y matices de un azul eléctrico. Y abajo, en la calle, del otro lado de la verja de hierro sobredorado, esbozándose en la tiniebla, bultos de gentes que se detienen azoradas ante aquella mansión que parece engalanarse para una fiesta; bultos entre los cuales ve el doctor relumbrar como los de un gato, dos ojos que quizàs pertenecen á algún ser hambriento de esos que vagan por las noches en torno de los palacios de los ricos, con el puñal en el cinto, la protesta en el corazón y el hambre y la envidia por instigadores y consejeros.

Ante esta visión, Glow se vuelve con dis-

gusto. Está en el comedor, en el amplio comedor, tibio y abrigado por el confortable fuego que brilla en el hogar de la gigantesca chimenea de nogal admirablemente tallado. La mesa puesta, sobre cuyo mantel, de blancura deslumbradora, chispean los cristales y la vajilla de plata, como escaparate de joyería, y luce hermosísimo ramo de flores en el centro, alegra la vista invitando á la próxima merienda.

El doctor arrima una silla á la chimenea y presenta las palmas de las manos al fuego confortador. «Esto es vivir,» piensa, «así se comprende la vida.» Y compara mentalmente su situación actual con aquella infancia miserable, cuando su padre, un inglés muy severo, venido á América en persecución de una fortuna que no logró alcanzar jamás (¡oh! eran otros tiempos!), lo obligaba á estudiar noche y día, queriendo sacar de él un hombre de provecho. ¡Si viviese ahora! Pero había muerto hacía muchos años, precisamente el mismo día en que Luis (este era el nombre del doctor) ingresara á la facultad de derecho. Solo en el mundo, porque su madre murió siendo él muy niño y no le quedaban más parientes, había empezado á luchar en esa vida oscura y abnegada del estudiante pobre y desconocido que se prepara en la sombra para salir á la luz, que suele ser la de la gloria. Fué reporter de

diarios, empleado de un ministerio, y, sobre todo, estudiante aplicadísimo y de talento, de mucho talento, según lo probó el día en que al recibir su diploma de doctor en leyes, resultó designado para pronunciar el discurso de regla en la ceremonia de la colación de grados, honor que, como es sabido, sólo se dispensa al alumno que más ha sobresalido durante los cursos. ¡Con qué fruición íntima recuerda Glow en este momento, allí, en el suntuoso comedor de su palacio, aquel zaquizamí de bohemio que le sirvió de gabinete de trabajo! ¡Qué lucubración aquella! Fué un desborde de ciencia y de imaginación, una protesta viva y triunfante contra la rutina de los discursos universitarios, una exposición atrevida de las teorías más nuevas sobre ciertos puntos del derecho penal, en que la paradoja, campeando con las galas de un brillante y original estilo, engañaba con los colores de la verdad, hacía pensar por la profundidad de la filosofía y levantaba el espíritu en vuelo poético alternando á veces con la sátira de Juvenal. Fué un triunfo, un triunfo completo y merecido, que hizo estremecer el salón de conferencias bajo los aplausos de maestros y condiscípulos, tributados en presencia de multitud de hermosas damas que le enviaban como premio sus sonrisas más amables y sus elocuentes miradas.

¡Y el despertar del día siguiente! Aquél abrazo dado en plena calle al vendedor de diarios que le estiraba la hoja impresa, cuna de su gloria, donde su discurso, publicado en sitio de honor, era acompañado de frases encomiásticas que ponían bien de relieve su nombre, hasta entonces poco menos que inédito! A partir de ese día, su horizonte se fué despejando. Entró á practicar en el estudio de un célebre abogado, del cual salió al poco tiempo para abrir bufete aparte, contando, como contaba, con una clientela que conocía su habilidad para dar á la ley interpretaciones endiabladas. Un discurso de vez en cuando, pronunciado con cualquier motivo; un artículo de diario con su firma al pie, escrito sobre cualquier cosa, pero siempre bien escrito, buenas maneras; físico agradable, facilidad de palabra y natural tacto social, le conquistaron las simpatías de todo el mundo, y lo hicieron considerar como á un muchacho de muchas esperanzas. Frecuentó la sociedad, los paseos, los teatros...

Y fué en una de aquellas noches clásicas de Colón cuando, en el apogeo de su brillante fama, vió por primera vez á la graciosa Margarita, la señalada por el destino para ser su inseparable compañera. El doctor, al llegar á este punto de sus reflexiones retrospectivas,

cierra los ojos y recuerda el momento y la escena con sus detalles más insignificantes.

Una sala enorme, llena de gente, con sus filas de palcos como guirnaldas paralelas en que se entrelazan bustos soberbios, brazos desnudos, descotes floridos, abanicos inquietos, ojos asesinos, alhajas, terciopelos, blondas, todo animado, embriagador, incitante. Y allá, en un palco *grillé*, desdeñosa y espléndida, ella, Margarita, aguantando, sin pestañar, los asaltos que la juventud dorada le dirige apuntándole sus binóculos como puntos de admiración escritos por todos los ámbitos de la sala en honor de su belleza!

¿Quién es? ¿Cómo se llama? El flamante doctor no tarda mucho en averiguarlo. Es la nieta de un guerrero de la independencia, cuyo nombre tiene la resonancia de un título nobiliario. ¿Rica? No, más bien pobre, pero con la fortuna suficiente para afrontar las exigencias de su alta posición social. ¿Tiene familia? ¿Con quién vive? Con una tía, una hermana de su padre, que la quiere como si fuese su hija. ¿Quién puede presentársela?

—Yo—le dice el amigo á quien Luis ha detenido en un pasillo para pedirle estos informes.

—¿Ahora mismo?

—Ahora mismo.

—En marcha, pues.

Entran à un antepalco donde dejan los abrigos y los sombreros. Luego, una voz argentina, graciosísima, se deja oir:

—¿Eres tú, Ernesto?

—No, señorita, soy yo, somos nosotros—dice el amigo oficioso, levantando la cortinilla roja del palco y entrando en él, seguido de Luis.

—¡Ah! disculpen Vv...Es que hace media hora que mi primo fué á buscar unos bombones y todavía no ha vuelto.

¡Su primo! El doctor siente que se crispan sus nervios, al oir nombrar aquel primo. Sigue una presentación, se charla un poco, la señora que acompaña á Margarita ríe á más y mejor de las salidas de Luis, que está feliz aquella noche; hay ofrecimientos de casa, promesas de visita...Total: el doctor vuelve á la platea muy distinto de como salió de ella. Le ha acontecido, en tan breve espacio de tiempo, algo que todavía no está bien averiguado, si es la mayor de las desgracias ó el mejor de los bienes: se ha enamorado, pero loca, furiosamente, como un escolar, como un necio...¿y por qué no también como un sabio?

El doctor sonríe al recordar su repentino enamoramiento de novela romántica. Y sin embargo, nada más real, nada más positivo,

Después recuerda los goces de amor propio, infinitos, supremos, que le proporcionó su triunfo sobre aquel corazón que nadie había conseguido rendir jamás. ¿Y las bodas? ¿Aquella noche que no olvidará, no, mientras viva? El desfile del Buenos Aires de tono por los salones de Margarita, el baile, las bromas de los amigos, la fuga en coche á lo mejor de la fiesta...

Luego vinieron quince días de embriaguez, de exaltación delirante, pasados allá, en un rincón de la campaña, escondidito entre un jardín misterioso en el cual no se oía más que estallidos de besos bajo el espléndido cielo azul, y desatada charla de pájaros que convertían aquel paraíso en un extravagante manicomio ornitológico. Y en seguida, como un telón que se corre, la vuelta á la ciudad, en un tren rápido, expreso. Y otra vez el bufete, y los discursos, y los artículos periodísticos, y mil planes para el futuro, planes políticos especialmente. ¡Oh! él haría carrera en política. Sabía hacer hermosas frases, y aunque las frases hermosas no son ni la honradez ni el patriotismo ¡cuán arriba llevan las hermosas frases! Su mujer, además, que era ambiciosa, y que quizás, al casarse con él sabiendo que era un joven de esperanzas, había soñado en impulsarlo á subir alto, muy alto (esto el doc-

tor ni lo sospechaba), también lo inducía á meterse en política. Y no había elegido mal la pícara muchacha, porque de la generación de Glow, él era quien más valía, quien iría más lejos; pero...

¡Se lo tragó la Bolsa!... ¡Lo atrajo, lo absorbió con su inmenso aliento de abismo! Le presentó esos espejismos engañadores por los cuales le mostraba al pobre de ayer nadando hoy en ríos de oro. Al principio titubeó, tuvo escrúpulos. ¿Y si le iba mal? ¿Y si en vez de ganar como los otros, perdía lo poco que había adquirido á costa de tantos y tantos sacrificios? Pero ¡bah!—se había dicho recordando á multitud de conocidos suyos enriquecidos de la noche á la mañana por las especulaciones bursátiles.—¡Si es imposible perder!

Y sin dudar ya más, se lanzó á ese mar revuelto cuyas olas le habían sido tan propicias. Margarita lo había combatido de un modo feroz, por decirlo así. Pero ¡qué entienden las mujeres de estas cosas! No logró convencerlo ni aquel día en que, con sus dos hijos en brazos (dos preciosuras, frutos de sus amores) le preguntó si correría el peligro de verlos expuestos al deshonor ó á la miseria. «Tú—agregaba ella—has nacido para desempeñar un papel más alto que el de bolsista. Tu misión no es la de ir á atrofiarte con los cálculos fi-

nancieros». Él, empecinado, no le había hecho el honor de tomar en cuenta sus opiniones. La quería mucho, muchísimo, pero las mujeres—se decía el doctor acercando las manos al fuego—¡qué entienden las mujeres de estas cosas! ¡Fresco estaría yo si le hubiera hecho caso! No me vería dueño de los diez millones que mañana, cuando me retire de los negocios (siempre Glow pensaba hacerlo, sin llevarlo á efecto nunca), me permitirán comprar la posición política que mejor me acomode!...

—¿Estás loco, Luis? ¿Todavía sigues en la empresa de iluminar la casa diariamente, con escándalo de los vecinos que nos tendrán por unos grandísimos deschavetados?... En fin, no pongas ese gesto. Si te lo digo es porque...

—Pues yo ¿qué cargos no tendré derecho á hacerle á una paseandera muy buena moza que conozco, cuyo marido viene de la calle con deseos de darle un abrazo, y se encuentra con que anda calavereando por esos mundos de Dios?

—¡Si vieras lo que he tenido que moverme para conseguir un dichoso género que necesitaba! He pasado el día del modo más superficial y aburrido... No, he dicho mal, aburrido no, porque las mujeres no nos aburrimos nunca en estos trotes... De la «Ciudad de

Londres» al «Progreso», del «Progreso» á la casa de Carrau, y en ninguna parte encontraba una tela de mi gusto. Al último salí del paso con un género tornasolado que es de lo mejorcito que he visto en mi excursión. Estoy deshecha. ¡Y pensar que el domingo es el baile, y todavía no hemos hablado ni siquiera á los tapiceros!

De pie en la puerta del comedor, cuya cortina cruzada parecía recogerse sola para darle paso; alta, blanca, con esa blancura ligeramente sonrosada bajo la cual se adivina la sangre ardiente y joven; de ojos negros, relampagueantes, ojos andaluces, enormes, luminosos, fascinadores; el pelo ondeado, rebelde, sin reflejos, más negro, si cabe, que los ojos, sosteniendo en sus olas de tinta una gorrita dorada que parecía naufragar, como bajel de mástiles de oro, juguete de aquel mar que á cada instante se desbordaba en forma de provocativo mechón sobre la angosta frente griega, dando pretexto á una manecita ágil y regordetona para echarlo atrás con un movimiento lleno de familiaridad cariñosa; envuelta en lujoso abrigo de terciopelo bronceado, cuyos pliegues dejaban adivinar las formas incitantes de un cuerpo llegado al apogeo de su espléndido desarrollo, alto el seno, la garganta llena y turgente, escapándose en suave curva

para ir á confundirse con la piel de cisne arrollada al cuello como una víbora de nieve; Margarita, mientras hablaba con volubilidad graciosísima, pugnaba por sacarse un largo guante de piel de Suecia, el cual no quería, no, desprenderse de aquella mano ni de aquel brazo cubierto de ligero vello, que al fin quedó desnudo hasta el codo.

—Un beso.

—No.

—¿Por qué?

—Dos sí.

Y la soberbia mujer estiraba á Glow sus húmedos labios, en los que palpitaba una música que rompió á tocar bajo los bigotes del doctor.

—¡Vaya, juicio! ¿Sabes que afuera hace un frío polar?

—Siéntate aquí, cerca del fuego.

Margarita tomó una silla y se sentó delante de las brasas.

—¿Qué me cuentas de nuevo?—preguntó la hermosa, desatando el lazo que unía bajo una de sus orejas las anchas cintas de la gorra, y dejando al descubierto dos joyas sonrosadas que para valer mucho no necesitaban los grandes solitarios prendidos á ellas.

—Mucho. Figúrate que me he hecho fabricante de licores.

Y le contó la historia del químico fabricante de *chartreuse.*

—Ten cuidado—le dijo Margarita, cuando hubo concluído.—No entregues así no más dinero á un hombre que puede ser un pillo.

—Fouchez me lo ha recomendado y. .

—¡Fouchez, Fouchez, siempre sales con tu Fouchez!—exclamó la dama, tirando la gorra sobre un sofá, como si hubiera sido Fouchez. —Lo que es yo no puedo ver ni pintado á ese francés botarate.

—Si es excelente... Dí que le tienes aprensión, como se la tienes á Granulillo y á...

—Y á ese caballerete Gray y al tal Riffi, y á todos los que te rodean, excepto Zolé, que es el mejor... me parece...

—¿Y por qué esas prevenciones?

—No sé, no los puedo pasar, no me hace feliz verte entre ellos. Temo que el día menos pensado te den un disgusto.

Glow, en su calidad de bolsista y hombre de mundo, de doctor en derecho y ex-periodista, pensó que las mujeres no deben meter su cuchara e os asuntos formales, y en consecuenci evitar discusiones que consideraba les y enojosas, cambiando de conversación preguntó por los niños.

—¿Quieres verlos?

—Sí.

—¡Lorenza!—gritó Margarita, dirigiendo la voz hacia la puerta por que había entrado.

—¿Señora?—respondió una voz lejana.

—Trae los chicos.

—Ya van, señora.

Fué primero un ruido sordo é intermitente, parecido al que hacen las patas de los caballos cuando galopan en un terreno blando y arenoso. Después pareció que la naturaleza del terreno cambiaba, que de blando se tornaba en duro, pues el pataleo aumentó á un grado tal, que la cristalería se vió obligada á producir un repiqueteo, como llamando al orden.

Y de improviso, caballero en grueso bastón que hacía encabritar á su antojo, la espada en alto, desnuda, amenazadora, hizo irrupción en el comedor un general que no ll[illegible]aría á la al-tura de la mesa, con el floreado kepí echado atrás, la mirada fulgurante, y el ademán resuelto del que se lanza al asalto dispuesto á vencer ó á morir. Así dió la vuelta á la habitación, y vino á desmontar junto á Glow, que premió los bríos del militar con un beso en la frente.

—*Milá*, papá, que *lilo*,—dijo el héroe alargando á Glow su espadín de e[illegible]ñadura de nácar.

Preparábase el doctor á coger[illegible]ndo otro personaje se presentó en esce[illegible]ro esta vez no fué un milit[illegible] una mamita, de

estatura más menguada aún que el militar, la que con gravedad digna de su misión, avanzó llevando en brazos una magnífica muñeca que á duras penas podía sostener. Su amor de madre parecía darle fuerzas, sin embargo. Iban vestidas casi de igual manera, pues ambas llevaban trajes de felpa azul, ceñidos al cuerpo con anchos cinturones escoceses sujetos atrás por gigantescos moños. Las dos eran rubias, aunque el pelo de la mamá, recogido por una cinta roja en el medio de la cabeza, y suelto después en ondas de oro sobre la espalda, era más fino y brillante que el de la hijita.

—Avance usted, señora, dijo el improvisado abuelo, estirando el brazo para apoderarse de la muñeca, que la mamita le entregó no sin cierta desconfianza.

—¡Yo, yo *plimelo!*—exclamó el general adelantando un paso con la impetuosidad propia de su heroísmo.

Glow lo miró con severidad.

—Las damas son antes que los caballeros.

—¿Y los *Lapololes*, como yo?—preguntó el pergenio sin cejar, apoyándose con una mano en su espada, como si fuera un cetro, y pasándose la otra por la naricita.

—Los Napoleones se callan la boca cuando su papá se lo manda, y usan pañuelo para que nadio pueda tratarlos de mocosos

El general sintió que se le acababan los bríos. Mudo y cabizbajo fué á esconderse entre los pliegues del tapado de Margarita.

Derrotado el militar, avanzó la mamita.

—¿Quién es esta niña tan juiciosa?

—Mi *hiquita*

—Mi nieta entonces... ¿Y cómo se llama?

—*Sala.*

—¿Por qué se llama Sara?

—*Polque lice Lolencha que es el nome de la hica del pastelelo.*

Para la chica no había dama de más fuste que la hija del pastelero.

Glow y Margarita se echaron á reir de la ocurrencia.

—Bueno, señora, tome V. su hija, y cuídela mucho; pero si anda mal, ya sabe...

Y el doctor hacía con la mano un ademán muy popular entre los niños.

—Ahora Vd., señor Napoleón.

El héroe salió de su escondite como hubiera podido salir de un baluarte.

—A ver esa espada... ¡Amigo, es tremenda! ¿Y para qué la quiere?

—*Pa peliar*—contestó Napoleón, recuperando los bríos.

—¿Para pelear con quién?

—*Con la patia.*

—*Por* la patria—rectificó Margarita, pudiendo apenas hablar, de risa.

—¿Quién te ha enseñado eso?

—Mamá.

—Tiene razón. No se debe desenvainar la espada sino para defender á la patria. Ya te enseñaré cómo y cuándo debes hacerlo... ¡Pero, cuidado, no te entusiasmes en falso!— exclamó el doctor, que habiendo devuelto al militar su arma, vió la punta de ésta muy próxima á uno de sus ojos. Y ahora, á comer. ¡Basta de chacota!

Levantóse Margarita y oprimió el botón del timbre eléctrico que colgaba de la araña como una borla.

—¿Señora?

—La comida.

Cinco minutos después, el doctor, sentado á la cabecera de la mesa, al lado de su mujér y de sus hijos, se sintió feliz, tan feliz, que ya no podía serlo más. Habló del próximo baile que iba á dar para inaugurar su palacio, de los preparativos que había que hacer, de los invitados, cuya lista pensaba confeccionar al día siguiente. Dijo que incluiría en ella al elemento oficial, y como Margarita se mostrase contraria á esta idea, Glow dijo que así convenía á la buena marcha de sus negocios.

Come, come, insigne doctor, saborea despacio los manjares que te presentan, porque los bolsistas como tú, sábelo bien, no tienen nunca seguro el pan de mañana!...

IV

UN DIRECTOR DE BANCO HACIENDO NEGOCIOS

Estaban sólos los dos en el estudio de Glow. Era temprano, las diez de la mañana, pues sabiendo que á esa hora nadie iba por allí, Granulillo y el licorista la habían elegido para poder hablar á sus anchas. Un oblicuo rayo de sol, entrando por los cristales empañados del balcón, dibujaba un paralelógramo dorado en la alfombra escarlata, y trepaba hasta el promedio de la estufa de bronce, como si pretendiera suplir con su débil calor el fuego que aun no se había encendido en el hogar repleto de ceniza.

Chocaba ver la familiaridad con que el elegante Granulillo trataba á aquel hombre de aspecto burdo y repugnante que, sentado junto á él en el sofá de marroquí, le guardaba ciertos miramientos que no excluían un tono de intimidad respetuosa. ¿De dónde provenía y cómo se explicaba aquella intimidad entre el director de Banco y el fabricante de *chartreuse*? ¿Por qué Granulillo había fingido delante de Glow no conocerlo más que por su fama de fabricante de licores? ¡Ah! nuestro mundo comercial está lleno de misterios como éste! ¿Quién puede adivinar el eje profundo

alrededor del cual giran ciertos negocios aparentemente claros y legales? ¿Cómo sospechar los manejos subterráneos de que suelen valerse los más altos personajes de la política y las finanzas?

El pretendido licorista, un suizo á quien llamaremos Guillermo Peñas, era un instrumento ciego de Granulillo! Este, que necesitaba un hombre de su calaña, que se prestase á todo, poniendo en juego grandes y poderosas influencias, lo había sacado de la cárcel, donde se le procesaba por robo de cadáveres que había secuestrado del cementerio, valiéndose de las sombras de la noche, con el propósito de exigir á las correspondientes familias fuertes sumas por su restitución.

De este modo Granulillo lo había atado á él por el agradecimiento. Por el agradecimiento y por el terror, pues no cesaba de repetirle que así como le había dado la libertad podía, echando mano de los mismos medios y en el momento que se le antojase, sepultarlo en una prisión para toda la vida. ¡Qué agente electoral hubiese sido Peñas!

Este hombre tenebroso dotado de una asombrosa facultad de asimilación, desempeñaba, en servicio de Granulillo, una porción de papeles diversos. Granulillo le había hecho solicitar cien mil pesos del Banco de que era di-

rector y el Banco se los otorgó inmediatamente por haber Granulillo afirmado que conocía al solicitante como á persona de responsabilidad y caudillo prestigioso del sud. Inútil es decir que el caudillo se hizo humo, que la deuda no fué amortizada y que las tres cuartas partes del dinero fueron á parar á los bolsillos del honorable director. Otro de los papeles que Peñas hacía era el de usurero. Granulillo lo mandaba á la Bolsa todos los meses para que facilitase dinero á los especuladores apurados, cobrándoles intereses absurdos.

Peñas había sido también dueño aparente de una fábrica de alpargatas, que aseguró en varias compañías de seguros por una cantidad mucho mayor que la que representaba. Una buena noche Granulillo hizo prender fuego á la fábrica, y las compañías de seguros, fiadas en que el incendio había sido casual, indemnizaron con creces al supuesto damnificado. En aquel incendio murió un bombero. Esto había hecho reir mucho á Granulillo y á su cómplice.

Ahora Peñas se había convertido en licorista. Todas aquellas invenciones del prior que le confiara su secreto, del viaje á España y demás historias, eran patrañas inventadas por Granulillo para estafar á Glow. Temiendo despertar sospechas, el director de Banco había hecho que Peñas se dirigiese á Fouchez y

León Riffi, sabiendo que éstos lo primero que harían sería consultarlo.

Así sucedió, y Granulillo, después de haber fingido hacer un análisis del *chartreuse* fabricado por Peñas, declaró admirable la mistificación, asegurando que realizaría un negocio redondo el que la explotase, y lamentándose de no poder hacerlo él por carecer en aquellos momentos del dinero necesario.

Lo mismo les sucedía á los demás, que tenían comprometidos sus capitales en especulaciones diversas. Glow solamente, el más rico de todos, estaba en condiciones de llevar á cabo el negocio. Granulillo (de quien los otros se hicieron cómplices sin saberlo) les hizo notar esta circunstancia, y el doctor fué el indicado para la empresa.

Ya hemos visto con qué facilidad cayó en el garlito, fenómeno que se explica fácilmente, porque el pobre doctor estaba mareado por la fiebre de los negocios, tan completamente mareado, que tenía la seguridad de que en cualquiera que entrase le iría bien, acostumbrado como estaba á tener siempre éxito en sus empresas. Y además ¿no estaba allí Granulillo, que ponderaba el negocio, y Fouchez, que lo garantizaba? ¿No lo aprobaba el mismo Zolé? Pues entonces ¿qué mayores seguridades necesitaba?

A propósito de este asunto era que hablaban nuestros dos hombres aquella mañana de julio en que los hemos sorprendido juntos en el estudio del doctor.

—Hoy debe traer Glow los cien mil pesos —decía Granulillo.—Inmediatamente que los recibas, te vas á casa y me esperas.

El hombre de la barba enmarañada hizo una señal de asentimiento.

—Allí te daré seis mil pesos de los cien mil, y mañana mismo tomarás pasaje para Montevideo, donde permanecerás hasta que yo te avise.

—Pero ¿y la casa de juego?

Es necesario advertir que mientras Peñas representaba durante el día los diversos oficios que el lector conoce, atendía por la noche otro negocio en el cual, como en todos los demás, era una simple pantalla de Granulillo. Nos referimos á una casa de juego establecida con tanto sigilo en un barrio apartado, que había logrado escapar á los sagaces ojos de la policía.

—Es cierto!—Me parece que puede quedar Nicolás al frente de ella.

Nicolás era el encargado de vender las fichas á los jugadores.

—Sí, puede quedar—dijo el ladrón de cadáveres—es muchacho de confianza.

—¿Tú respondes por él?—preguntó Granulillo poniendo los pies, á la moda yankee, sobre el respaldo de una silla.

—Sí, respondo—dijo el otro.

—Entonces, luego, después que hagamos la repartición del dinero, buscas á Nicolás y le dices que vaya mañana temprano á verme.

—Pierda cuidado, señor.

—Arréglate un poco mejor la barba.

Peñas sacó un espejo del bolsillo y se entregó á una operación curiosa. Llevóse la mano á la tupida barba, y, despegando un trozo de ella, lo arregló más bien de lo que antes estaba. Granulillo corrió á la puerta y le echó la llave. Peñas soltó una grosera carcajada.

—¿De qué te ríes?—le preguntó su compinche.

—Me río al considerar lo poco que se parecen el Peñas de ahora y el Peñas de anoche. ¿Quién reconocería en mí al señor de frac que oía cantar á Tamagno, cómodamente instalado en su butaca de la Ópera!

Granulillo se pasó por el bigote la mano enguantada para disimular una sonrisa.

—Decididamente, señor,—dijo Peñas guardando su espejo—yo, como hechura suya, soy un hombre de talento. Diga Vd. que la fatalidad me hizo nacer en una baja esfera, que sino...

—Cuando yo me dedique á la política—dijo Granulillo—tendrás ancho campo para desarrollar tus aptitudes.

Al ladrón le brillaron los ojos.

—Vd. hará carrera, irá muy arriba en política.

Tenía profunda admiración por Granulillo á quien conceptuaba un genio. Habíase puesto de pie, y se paseaba de un extremo á otro del estudio.

—¿Sabe por qué he cometido los crímenes que me condujeron á la cárcel?

—¿Por qué?

—Porque soy un hombre superior, porque nunca he podido amoldarme al modo de ser general, porque, como el ángel rebelde, me he sentido con fuerzas para luchar yo solo contra la ley, contra la sociedad, contra todo!

Siniestro y hermoso á su modo, como pinta Milton á Luzbel, el miserable se había erguido todo entero Granulillo, á pesar de su valor, que era grande, sintió miedo al ver á aquel hombre vestido de jornalero tomar la actitud soberbia de un magnate irritado. El contraste era grotesco y temeroso. Al director le pareció ver ante sí á la representación viva del socialismo desquiciador. Fingiendo serenidad sacó el reloj.

—Son las diez y media—dijo—y tengo mu-

cho que hacer. Tú también, creo. Acuérdate de que tienes que traer á Glow una muestra de tu *chartreuse.*

—Sí, ya compré esta mañana una botellita en la confitería del Aguila.

Y cambiando bruscamente de expresión, con aquella facilidad prodigiosa que había adquirido desde que tenía que representar cinco ó seis papeles distintos por día, el ladrón de cadáveres añadió:

—¡Será cosa divertida ver al doctor establecer comparaciones entre el *chartreuse* que mandará comprar él y el mío, que será el mismo! ¡Apuesto á que encuentra más rico el mío!

Granulillo volvió á sonreir y estiró la mano á Peñas.

—Bien, hasta luego. Ya sabes, mucho tino ¿eh? Sal tú primero, porque no es prudente que nos vea nadie juntos.

Diéronse un cordial apretón de manos, y cuando el ruido de los pasos del licorista se hubo perdido á lo lejos, Granulillo se dió una palmada en la frente.

—Este diablo tiene razón...

La política, la política es mi carrera!

V

SIGUEN LOS NEGOCIOS

Granulillo subió en el coche que lo esperaba á la puerta del estudio, y poco después bajaba de él frente á una bonita casa de la calle Corrientes. Atravesó el zaguán, cruzó el patio lleno de plantas floridas adornadas con esferas multicolores, y abrió una puerta. Encandilado por la luz exterior, no alcanzó á distinguir nada en el primer momento. Aspiró con delicia el exquisito perfume que saturaba el ambiente, y estiró un brazo para orientarse.

—Por aquí—dijo con ligero acento francés una dulce voz en la oscuridad.

—¡Ah! ¿estás despierta? Entonces voy á abrir los postigos.

—Sí, ábrelos.

Tamizada por las cortinas chinescas que cubrían los vidrios, y por las magníficas colgaduras que caían á ambos lados de la puerta, entró tímida la luz matinal, poniendo en evidencia un primoroso retrete decorado con fantástico y caprichoso lujo. Las paredes estaban cubiertas de cuadros y espejos y de abanicos de todos tamaños y colores, que parecían enormes mariposas revoloteando sobre las flores de los tapices. Una alfombra de

pieles cubría el piso, y en un ángulo se levantaba un suntuoso lecho, á través de cuyas grandes cortinas entreabiertas se distinguía una hermosísima cabeza de mujer y un brazo desnudo reposando sobre la curva de la cadera que se dibujaba enérgicamente bajo la colcha de raso azul.

—¿Por qué no has venido anoche?—dijo ella con tono de cariñosa reconvención.

—Porque no pude, Norma. Después de comer me atacó un dolor de cabeza muy agudo y no me atreví á salir de casa. En cambio hoy vengo á almorzar contigo. Si me admites, se entiende...

Granulillo se había sentado al borde de la cama, y tenía aprisionada entre las suyas una mano de Norma. Esta lo miraba con cariño y sumisión. Lo miraba con sus ojos azules, muy azules, de una transparencia particular, ojos raros, no muy grandes, pero de una intensidad tan profunda y al mismo tiempo tan dulce en la expresión, que se veía en ellos el reflejo de una de esas pasiones inmensas, absolutas, que redimen de todas sus faltas á una mujer impura.

—Pues bien, no, no te admito—dijo Norma pasando su brazo desnudo alrededor del cuello de Granulillo, y atrayéndolo suavemente sobre su seno cuya blancura se confundía con el encaje de la bata escotada.

—Suéltame, suéltame—dijo Granulillo desasiéndose de aquel brazo tibio y satinado, y recogiendo el sombrero que había rodado por el suelo.

—¡Malo, perverso!—exclamó Norma, ocultando la cabeza bajo la colcha.

Granulillo se arrellanó en un sillón que cerca del lecho había, y con voz de mando, muy enérgica, dijo:

—Hablemos con formalidad, Norma.

La cabeza de esta volvió á aparecer sobre las almohadas.

—¿Qué sucede?

—¿Has escrito al ministro?

—Todavía no.

—Escríbele hoy.

—¿Cuánto me dijiste que le mandase pedir?

—Tres mil pesos—dijo Granulillo. Los necesito para esta noche misma.

—Los tendrás.

Y de improviso, recogiéndose el pelo cuyas ondas rubias le caían en gracioso desorden sobre las mejillas sonrosadas, la cortesana tuvo un arranque de pasión. Sacó el busto fuera de la colcha, y tendió al otro sus brazos de armiño.

—¿Cuándo acabará esto?—dijo—¿Cuándo podré gozar de tu amor sin tener al mismo tiempo que fingirlo á otro? ¡Ah! tú no sabes lo

que es dar un beso sonriendo cuando se tiene asco por el que lo recibe: decir «te amo» á quien se detesta; entregarse por completo al que inspira repulsión!

Se echó á llorar viendo que Granulillo fruncía el ceño.

—¿No eres ya bastante rico para no ambicionar más de lo que posees? Más, más, siempre más! Te he hecho dueño de doscientos mil pesos y todavía no estás contento! Por tí he arruinado á tus propios amigos, cuya fortuna ha ido á parar á tus manos; por tí. . . pero ¿qué no he hecho yo por tí? y tú, tú ¿qué has hecho por mí?

Granulillo callaba.

—Con qué poca cosa podrías hacerme feliz, si quisieras—prosiguió Norma llorosa, con el pelo en desorden y la bata descompuesta—¿Qué es lo que yo te pido? Que busques un retiro donde nos vayamos á vivir juntos, uno para otro, lejos del mundo, entregados á nuestro cariño. ¡Es decir, nada para tí, todo para mí!

Granulillo seguía sin decir palabra. Norma, saltando del lecho, se arrodilló ante él.

—¿No me contestas?—preguntó ansiosa, con la cara levantada, el pelo suelto, ahogada la voz.

—Sí, esta es mi contestación.

Y Granulillo, de una feroz bofetada, echó á rodar lejos á su querida. Ésta se levantó furiosa, con los ojos secos, encendidos. El temor que antes parecía inspirarle su amante había desaparecido para dejar lugar á la ira, una ira salvaje, de leona herida.

—¡Canalla!—gritó fuera de sí, sin componerse la bata, que se había recogido sobre una de sus piernas admirables—¿Es este el pago que me das por mis sacrificios? ¿Ya no te acuerdas, miserable, de que la mayor parte de lo que tienes me lo debes á mí? ¿Quién eras tú cuando me conociste? ¡Un aventurero que, según tu propia confesión, gastabas coche sin tener con qué pagarlo, para aparentar mucho y adquirir crédito en la Bolsa! ¿Has olvidado la confidencia que me hiciste á la salida de un teatro adonde habías ido con entrada de favor? Invitándome á subir en tu carruaje, me dijiste: «Tengo coche, y hoy no he comido.» Cometí la estupidez de conmoverme, y te llevé á cenar á mi casa. ¿Te acuerdas de todo esto, monstruo de ingratitud? ¡Y con qué arte supiste catequizarme! ¡Qué elocuente estuviste! Te me presentaste como un genio desgraciado que luchaba en la vida contra un destino fatal é irresistible. Me mostraste un bellísimo artículo tuyo, publicado en un diario importante, artículo que probablemente llevabas prepara-

do para deslumbrarme. ¡Te creí, te amé, y fué aquella noche ¡noche cien veces maldita! cuando nació esta pasión que ahora quisiera arrancarme del pecho, aunque con ella me arrancase la vida!

Se detuvo, jadeante, excitadísima. Esta vez Granulillo tampoco despegó sus labios.

—Y al día siguiente ¿no fuí yo, yo misma, la que te entregó todas mis alhajas, que eran muchas y muy ricas, para que las empeñases y con su producto fueras á jugar á la Bolsa? Sí, no te sonrías. Niega, atrévete á negar que has jugado mucho tiempo al oro con mi dinero!

Parada delante de su querido, le metía las manos por la cara, como si quisiese despedazarlo. Granulillo se encogió de hombros, tomó su sombrero, pasó la manga por la reluciente felpa, se lo puso mirándose en los espejos de un ropero de tres cuerpos que tenía en frente, y se dirigió á la puerta. Pero cuando ponía la mano en el picaporte, Norma corrió á él, lo agarró de la cintura, lo levantó, y, llevándolo hasta un sofá, lo tumbó en él.

—No, no te irás; no quiero que te vayas! ¿Oyes? ¡No quiero!—le decía, temblando de ternura, y dándole besos, muchos besos, suaves, muy suaves, chiquitos, adormecedores.—Eres malo, perverso, sin corazón; pero te ado-

ro! Sí, yo, desgraciada, te adoro con toda mi alma!

—¿Escribiràs al ministro?—preguntó sencillamente Granulillo.

—Escribiré á quien tú quieras.

—Ahora sí, toma un beso.

—¿Serás mío?

—Siempre, mientras me obedezcas.

Se besaron. Norma, con la faz iluminada, toda estremecida por espasmos ardientes y voluptuosos, creyó recompensados sus sacrificios con aquel beso, con aquel beso sólo, y pidió perdón á su amante por las cosas que había dicho.

El amor, el verdadero amor, es así.

VI

ASUNTOS DE ESTADO

Granulillo, después de almorzar con su querida y un poco achispado por el champagne y la jarana, atraviesa la calle Florida en su cupé tirado por un gran caballo oscuro, de andar arrogante. Él va allí, sereno, sonriente como siempre, saludado con placer por las damas y caballeros que se cruzan en su trayecto, y que nunca han llegado á sospechar los misterios de su vida íntima. ¡Ah! el señor director de Banco es muy considerado en la sociedad! ¡Es

tan honrado, tan caballero! ¡Por lo menos, así lo asegura todo el mundo.

—Servir á Vd....

La que ahora lo saluda desde la puerta de una tienda, esa señora cuyo gastado traje de seda conserva apenas los vestigios de una pasada opulencia; esa gallarda dama que se inclina ante él con marcada simpatía, es la mujer del primero á quien Norma arruinó por instigación suya, es la mujer del mismo cuya fortuna, después de pasar por las manos de la cortesana, está ahora en poder de él, de Granulillo.... Él se atusa el bigote.

—Adiós, caballero...

El director de Banco contesta con gravedad á un señor que en este momento se descubre, y que va pavoneándose por la vereda en compañía de un diputado muy célebre por sus elocuentes arengas. ¡Quién reconocería en él á Peñas, el ladrón de cadáveres, el coimero, el licorista de marras! La barba postiza ha desaparecido junto con el traje de jornalero endomingado, que se ha transformado en levita de irreprochable corte. Probablemente anda desempeñando alguno de sus papeles más decorosos, el de usurero, quizás. Aquel diputado que lo acompaña es un calavera deshecho, que todas las noches juega lo que no tiene en la mesa de *baccarat* del club del Pris-

ma, y no sería extraño que Peñas anduviese en la empresa de facilitarle dinero á interés. Granulillo vuelve en sí de estas reflexiones, al observar que su coche se ha detenido.

Numeroso grupo de gente se agolpa á la puerta de una casa en cuyo dintel hay dos porteros que á duras penas pueden impedir que la tomen por asalto. Se ven flotar los morriones azules de varios agentes de policía.

Hay puñetazos, agitación indecible, se oyen gritos desaforados, se atropellan unos á otros, cada cual quiere ser el primero en trasponer el umbral de aquella puerta que tiene á ambos lados dos grandes chapas de bronce, en cada una de las cuales están grabadas estas palabras con caracteres negros: *Sociedad embaucadora.*

—Pues ha surtido pronto efecto la noticia de los terrenos de Flores—piensa Granulillo.—Y mira con sarcasmo aquella turba en la que figura lo principal de la Bolsa; aquella turba ansiosa por comprar las acciones que él y sus socios han valorizado merced á una simple noticia falsa esparcida en minutos por toda la Bolsa. Y piensa que ahora habrá mucho dinero disponible en las cajas para especular, él y sus cómplices por su cuenta particular.

La turba se abre, el coche sigue.

—Ya hemos llegado, doctor.

Granulillo sube corriendo la gradería del palacio del Gobierno, y después de cruzar un laberinto de pasillos, oficinas y vericuetos, entra á una vasta sala en la que infinidad de pretendientes á empleos han sentado sus reales. Acércase á un ujier, y sacando, lo más disimuladamente posible, diez nacionales, se los alarga envueltos en una tarjeta.

—Pásale esta tarjeta al ministro... ¿Está ocupado?

—Mucho, señor. Está despachando asuntos muy urgentes.

—No importa. Haz lo que te digo.

—¿Ya?

—Ya.

El ujier, devorado por cien ojos, da media vuelta y desaparece. Atraviesa el saloncito de la secretaría y entra en el lujoso despacho, donde el ministro se pasea solo, con una carta en la mano. Es un joven de treinta á treinta y cinco años, y aspecto agradable. Parece estar muy impaciente, porque ora se detiene estrujando la carta en su mano nerviosa, ora mide á grandes pasos toda la extensión del despacho. En la cambiante expresión de su fisonomía, que se tornasola desde el tono sombrío del enojo hasta el claro luminoso de la alegría, se ve que sostiene una penosa lucha interior. Decididamente, la patria debe estar

en peligro. Un escribiente, cargado de legajos, asoma á cada instante la cabeza por la puerta, pero no se anima á entrar, porque cuando el ministro está de mala veta, nadie se atreve á dirigirle la palabra. El ujier, estimulado por la propina, aprovechando el momento en que el tornasol de la cara del ministro es claro, le entrega, gorra en mano, la tarjeta del director de Banco.

—¿El doctor Granulillo?—Bien, espera.

Y con el aire del que ha tomado una gran resolución salvadora, va hasta el escritorio inundado de planos y papeles, toma un pliego timbrado con el sello de la nación, y sentándose escribe... ¿qué? ¿la salvación de la patria? Leamos.

«Mi querida Norma:

Te envío los tres mil pesos que me pides, y que serán los últimos este mes. ¿Entiendes?— los últimos.—Eres insaciable. Ya van seis mil nacionales que me sacas en quince días. Esto es un escándalo que no quiero que continúe Si se repite, me veré obligado á tomar medidas que corten estos abusos. Hasta luego.»

Una vez terminada la carta, el ministro la mete en un sobre, y con ella seis billetes de quinientos pesos que ha sacado de un bolsillo del pantalón. Y luego, encogiéndose de hombros, con los ojos fijos en el ancho balcón, que

encuadra un pedazo de la plaza de Mayo lleno de gente:

—¡Bah! de todos modos es el pueblo el que paga!...

—Adelante, doctor Granulillo, adelante. ¿Qué buenos vientos lo traen por acá? Hoy precisamente me estaba acordando de V.

El ministro sacude con efusión la mano de su amigo y lo invita á sentarse á su lado, en un sillón al cual arrima el suyo.

—Venía á saber el estado de nuestros asuntos...

El ministro lo interrumpe, recomendándole que hable bajo, muy bajito, porque alguien puede oirlos, y esto no conviene de ningún modo. En público ya es otra cosa. Entonces se puede hablar muy alto, porque se lleva preparado lo que se va á decir; pero que oigan los extraños lo que un ministro habla en la intimidad de su gabinete... ¡Oh! eso sí que no es prudente... ¡hum!

Y así, á media voz, en discreto bisbiseo, las cabezas muy juntas, confundidos los alientos, el secretario de Estado y el director de Banco entablan una plática sabrosísima. Con su ancha cara bondadosa disfuminada en una expresión de insana codicia, oyérais hablar á aquel ministro de emisiones clandestinas, de

grandes negocios solapados que, al aumentar la fortuna de S. E., serán más tarde la ruina y el deshonor de la patria; viérais con que aplomo proyecta grandes obras públicas que prometen una coima respetable!...

Por fin Granulillo, cuya habilidad conoce y aprovecha el señor ministro, se levanta para irse. S. E., bromeando le pone una mano en el hombro.

—¿Sabe que esa Norma que V. me presentó, es una mujer deliciosa?

—¿No le dije, señor ministro, que no había dos Normas en el mundo?

—V. ha sido alguna vez su...?

—Nunca.

—Pues ella siempre lo recuerda con simpatía.

Granulillo empalidece ligeramente.

—No tiene por qué recordarme mal; pero créame, señor ministro, nunca he tenido nada con ella.

Y mirando el sobre que S. E. conserva en la mano y cuya dirección no ha escapado á los ojos suspicaces del director de Banco, observa que es muy abultado, y mientras saluda al ministro con exquisita cortesía, piensa:

—Veremos si este imbécil me manda los tres mil pesos justos...

VII

MÁS NEGOCIOS, LOS JUDÍOS INVASORES Y UN CAN-CAN OPORTUNO

Del palacio de Gobierno Granulillo se hizo conducir al estudio de Glow, á quien encontró hablando con un hombre bajo, rechoncho, de cara cínica encuadrada por largas patillas canosas. Vestía de negro, con corrección, aunque su tipo no era por eso menos vulgar, pudiendo confundírsele con el de un procurador. Su profesión, sin embargo, nunca había sido ésta, sino la de sastre, que abandonó para venirse á Buenos Aires á gozar de la protección que le prometieran cierto diputado amigo suyo y un altísimo personaje cuyo socio llegó á ser después, y á quien había vestido en Córdoba, antiguo teatro de las hazañas de su tijera.

—¿Molesto?

—Al contrario, haces falta. El señor—dijo Glow presentando el hombre de la cara cínica á Granulillo—el señor es el que va á hacer con nosotros el negocio del ferro-carril.

—Si nos conocemos... creo que alguna vez nos hemos visto en casa del ministro Armel.

—Sí... me parece...

—Pues le estaba diciendo al doctor Glow—

apuntó con ronca voz de marinero el hombre de la cara cínica—que será muy fácil obtener la concesión que Vv. desean. Soy muy amigo del diputado Tabals y bastará que me empeñe con él un poco para que...

Tosió, sacó un gran pañuelo colorado, de algodón, de los que ya no se usan, se sonó ruidosamente las narices y prosiguió:

—...Para que haga despachar favorablemente la solicitud de concesión que Vv. piensan presentar á la cámara.

—V. percibirá en el negocio una parte igual á la de cada uno de nosotros.

El hombrecillo rechoncho se apresuró á decir:

—Eso queda, como es natural, al arbitrio de Vv.

Granulillo insistió en que la repartición de la ganancia se hiciera por partes iguales. El director de Banco estaba demasiado al corriente de esta clase de asuntos para no saber cuánto podía perjudicar al suyo que el intermediario no sacase un buen bocado.

—Y ¿quién nos comprará la concesión? Porque es sabido que la venderemos.

—¡Oh! eso es lo de menos. Abundan los sindicatos de judíos ingleses y alemanes que pagan á peso de oro las concesiones.

Glow puso mala cara. Dijo que los judíos

le eran tan repugnantes que daría cualquier cosa por no tener tratos con ellos. «Me sublevan, me inspiran asco, horror». El hombre del pañuelo colorado lo interrumpió para decirle que lo principal era que les pagasen bien la concesión. «En cuanto á lo demàs, ¿qué importa que sean judíos ó hijos de la gran China? La cuestión es que aflojen». Y pasando el pañuelo de algodón á la mano izquierda, hacía un signo con la derecha, frotando rápidamente los dedos índice y pulgar. Quedó convenido que la solicitud se presentaría lo más pronto posible, y el hombrecillo se retiró haciendo mil ofrecimientos y cortesías á los dos doctores. «Ya saben Vv.; siempre que necesiten hacerse despachar algún asunto en la Cámara ó en la casa de Gobierno, véanme á mí, que yo soy muy relacionado. Aquí tienen mi tarjeta.»

Después que salió, Granulillo, mirando la tarjeta, dijo á Glow:

—Conozco á este caballero Rublo. Es uno de esos individuos de que los diputados poco escrupulosos se valen para vender su voto. Son los corredores, los intermediarios de toda la parte insana de la Càmara. Viven de eso, y, como comprenderás, viven bien, porque su oficio es hoy sumamente lucrativo. Tienen, además, muchos socios empleados en la casa

de Gobierno (jefes de oficina, empleados de ministerio, etc.), y cuando se quiere hacer tramitar con rapidez algún asunto, se busca á un Rublo de esos—porque los Rublos abundan—el cual se pone en comunicación con el jefe ó secretario que se pretende sobornar, y en menos que canta un gallo queda despachado el asunto.

—Y empleado de ministerio conozco yo—dijo Glow—que no tiene inconveniente en arreglar por sí mismo las condiciones del soborno.

—Eso se explica fácilmente.

—¿Cómo?

—Porque haciendo uno solo el negocio, la ganancia, naturalmente, es mayor, puesto que no hay que dividirla con nadie. ¡Qué impudencia se necesita para dejarse comprar con tanto descaro!—añadió Granulillo, con aire de honradez mojigata, de exagerada indignación, táctica que adoptan todos los pillos ante las faltas ajenas, con el propósito sin duda de disimular las propias.

Glow, encogiéndose de hombros y ladeando la cabeza, dijo que eran cosas de la época; que si no fuera por estos manejos no se explicaría el lujo que gastaban esos empleados que apenas gozaban del sueldo suficiente á llenar las más apremiantes necesidades. «Se les ve

echar coche, lucir caballos de raza, jugar grandes sumas en las carreras y en los frontones, y todo esto con dos ó trescientos pesos de sueldo. ¡No es posible!» Y empezó á entusiasmarse por grados, mientras Granulillo, oliendo sus inseparables violetas, silvaba entre dientes un aire callejero, mirando á su amigo con esa fina sonrisa disimulada con que el vicio absoluto suele compadecer á la honradez relativa. Glow, exasperado, nervioso, animada su hermosa cara de hombre del norte por una expresión de cólera justa, de protesta sincera, expansiva, que delataba la sangre meridional infiltrada en sus venas, accionaba furiosamente, como un poseído. ¡Ah! era el mal ejemplo que venía de arriba! Si tuviésemos un Gobierno moral, celoso de los intereses del Estado; un Gobierno que en vez de fijarse en las ideas políticas de tal ó cual sujeto, se preocupase siquiera un poco de sus antecedentes y condiciones, antes de confiarle un puesto delicado; si tuviésemos, en fin, un Gobierno que no despilfarrase locamente los dineros de la nación, ni echara socios por todas partes, ni se interesase más, cada uno de los que lo componen, en aumentar su fortuna particular y la de sus paniaguados, que en velar por el bien común, que no parece importársele mucho á nuestro Gobierno actual;—«si tuviésemos»—

repetía el doctor con una facilidad de palabra y una marcada afectación de tono que denunciaban en él al orador—«si tuviésemos un Gobierno económico, arreglado, patriota, ya verías si nuestra patria no tomaba pronto su puesto al lado de las primeras naciones del globo!»

Y como viera que Granulillo hacía un movimiento de contrariedad:

—«No, yo no te reprocho que simpatices con este Gobierno; sólo te pido que pienses, que reflexiones en lo que sería la República si estuviese mejor administrada. Cuando uno considera que á pesar de los esquilmos de que la hacen víctima, abunda tanto el dinero en ella, que la miseria, como me decía no se quién el otro día, es un mito, un verdadero mito entre nosotros...»

Se detuvo, fatigado. Granulillo parecía querer dejarlo desahogarse, porque no despegó sus labios. Glow siguió:

—«Pero el oro es corruptor. Allí donde el dinero abunda, rara vez el patriotismo existe. Además de eso, el cosmopolitismo, que tan grandes proporciones va tomando entre nosotros, hasta el punto de que ya no sabemos lo que somos, si franceses ó españoles, ó italianos ó ingleses, nos trae, junto con el engrandecimiento material, el indiferentismo político,

porque al extranjero que viene á nuestra tierra. naturalícese ó no, maldito lo que se le importa que estemos bien ó mal gobernados. Haya dinero, prospere su industria, esté bien remunerado su trabajo, y él se ríe de lo demás. Ahora bien, lo peor del caso es que se nos ha contagiado este culpable egoísmo importado; á nosotros, los argentinos! Yo, para hablarte con franqueza, lo experimento en mí mismo. A pesar de todas estas declamaciones que ahora estoy haciendo bajo la impresión de un entusiasmo pasajero, sé que en el fondo no podría substraerme á los halagos de mi vida lujosa para lanzarme á... á una revolución, por ejemplo.»

Granulillo, con aire juguetón, dijo:

—Así son ustedes los oradores. Acostumbrados á entusiasmarse en falso para encontrar inspiración, su patriotismo se hace ficticio á la larga....

Glow encontró pesada la broma. ¡Él, entusiasmarse en falso! ¡Oh! no, cuando hablaba en público se conmovía de veras. «Créelo, Granulillo, créelo.» Y volviendo á tomar el hilo de su interrumpido discurso: «Existe, es cierto, una oposición seria, formidable, poderosa, pero que no sabe aprovechar sus fuerzas. ¿Qué hacen los oradores del Congreso con sus magníficas frases? Regalar los oídos de

la mayoría, que tiene con ellos música gratis!» Y como si adivinase el porvenir, añadió:

—¡Quiera Dios que no sea ficticia esta abundancia que nos rodea! ¡Quiera Dios que mañana no se levante el patriotismo de su tumba, evocado por el espectro del hambre!

Granulillo dijo que el Gobierno actual era tan bueno como cualquier otro. «Tú estás impresionado por las declamaciones de los diarios de oposición, que son la válvula de los envidiosos...» Y empezó á hacer una enumeración de todos los periodistas contrarios á sus ideas, poniéndolos de oro y azul, diciendo horrores de cada uno, manchándolos con su baba inmunda de reptil ponzoñoso. Lanzaba un nombre y después lo mordía, lo trituraba, lo llenaba de lodo. «También yo soy periodista, conozco á esa gente... ¿Prest? ¿Urquino? Pregúntale al segundo de dónde sacó el dinero que necesitaba para fundar su diario. Háblale de cierto negocio turbio relacionado con el Banco de la Provincia, que le suspendió el crédito, circunstancia que lo hizo pasarse á la oposición.» Y adornó el retrato con detalles horribles de la vida privada de su víctima, que aseguraba conocer á fondo. La discusión amenazó convertirse en agria disputa. Glow propuso cambiar de conversación. Después de un momento de silencio, el abogado dijo al director:

—¿Sabes quién me preguntó por tí en la Bolsa?... El barón de Mackser, el judío.

—Hombre, esta noche voy á comer con él.

Glow miró á su amigo como quien quiere decir algo y no se atreve. Muy serio debía ser, porque no era él hombre de usar muchos rodeos para plantar una fresca.

—¿Marcha bien ese sindicato?

—Regular. Ahora estamos preparando una nueva suba del oro.

—¡Mal hecho!

Granulillo no pareció impresionarse mucho por esta exclamación de su amigo. Estaba acostumbrado á las brusquedades del doctor.

—¿Mal hecho? ¿Y por qué?

—Porque esas subas del oro perjudican al comercio, y por lo tanto al país. Además, tú no te das cuenta del triste papel que vas á hacer si llega á saberse que formas parte de un sindicato de judíos alemanes, pues asociarse á ellos es ir contra la patria, contra la raza, contra todo lo que hay de bueno y honrado en el mundo.

Granulillo salió á la defensa de los judíos. ¡Pobres israelitas! Siempre perseguidos, siempre calumniados, cubiertos siempre de ignominia... Ya era tiempo de que cesasen esos ataques contra ellos, ataques que estaban continuamente provocando un desquite justo, jus-

tísimo, porque viéndose los judíos impotentes para luchar con un mundo entero que los rechazaba, no les quedaba otra arma de combate, ó, mejor dicho, de defensa, que la que habían puesto en juego: el oro.

—¿Y qué derecho tienen á usar semejante arma?—replicaba Glow—Dices que la sociedad los rechaza... ¡Falso, completamente falso! Ellos, ellos son los que se resisten á formar parte de una raza que ha proclamado á la faz del universo que todos los hombres son iguales; ellos los que se resisten á firmar la paz con una sociedad que les abriría los brazos si no hubiera probado ya varias veces las dificultades de una reconciliación imposible. ¡Ah! ¿tú no sabes la invasión sorda, lenta; la conquista callada, subterránea, pavorosa, de la sociedad moderna, que Israel viene llevando á cabo por el medio más vil y rastrero de que puede echar mano el hombre? ¿No sabes que los banqueros judíos son hoy los reyes de las finanzas europeas, y que ese barón de Mackser, cuyo socio eres, es el general avanzado del ejército israelita lanzado sobre la América para conquistarla con el dinero, arma poderosa, formidable, contra la cual son impotentes todas las que podamos emplear nosotros, nosotros los arias, acostumbrados á luchar á cara descubierta, frente á frente, y de-

masiado nobles y confiados para no ser víctimas de los manejos traidores, escondidos, solapados de los descendientes de Judas?... En vez de decir que son injustos los ataques que les dirijo, deberías exclamar conmigo: ¡Cuán benévola es la sociedad actual que los tolera! Se declama contra ellos, pero se les soporta. Se les escarnece; pero como son hombres sin honor, acostumbrados á todas las bajezas de un largo servilismo, desprecian el escarnio esperando la hora de la venganza con una sangre fría que repugna y espanta. Y así poco á poco, mientras cada pueblo se debate en sus hermosas luchas por el progreso y la civilización, mientras cada pueblo está absorbido por el grande anhelo del perfeccionamiento social, ellos, los judíos, ocultos en la sombra, van avanzando paso á paso, conquistando todas las posiciones, haciéndose dueños de la prensa y por lo tanto de la opinión, de la cátedra, de la magistratura, del Gobierno...

—¿Del Gobierno? Cítame uno... ¿A que no me lo citas?

—Gambetta, el gran farsante judío, el perseguidor de los cristianos, el fanfarrón de 1870!... ¡Cuidado! La América debe ponerse en guardia, porque el terrible azote la amenaza! Y lo peor es que nuestras leyes protejen á los judíos, como protejen á todos los hom-

bres, sean cuales fueren su patria y su religión.

El director de Banco, frío como un escalpelo, con ese modo suave é incisivo que hacía de él un adversario temible en la polémica, dijo que había hecho grandes esfuerzos por encontrar una razón, una sola, en la filípica, «por otra parte muy elocuente», de su buen amigo, pero que no la había encontrado. «En tí se manifiesta el odio de raza, ese odio inveterado, cruel, sin motivo, que desde hace tantos siglos viene trasmitiéndose de generación en generación. Que antes, en tiempos de oscurantismo, cuando la falta de cultura y el fanatismo religioso engendraron la Inquisición y otras lindezas por el estilo, se persiguiese á los judíos ¡vaya y pase! pero hoy, en pleno siglo de las luces, confiesa que es un absurdo. Y además ¿qué puede motivar esa guerra que dices que el judío nos tiene declarada? ¿Acaso el deseo de una venganza por las persecuciones de que fué víctima en otras épocas? Esto no es creíble, porque él bien sabe que nosotros, los liberales de hoy, somos los primeros en condenar los horrores de la Inquisición y todos los abusos de los antiguos monarcas. Otra cosa: ¿Qué es lo que tú entiendes por judío? Un hombre nacido en Alemania, el barón de Mackser, por ejemplo, ¿deja de ser alemán por el sólo hecho de des-

cender de judíos? ¿Es de una materia especial, distinta de la alemana? Para mí es un hombre como cualquier otro. ¿Que profesa la religión judaica? ¡Santo y bueno! ¡Mejor es eso que no tener ninguna!»

Glow, más calmado por el tono familiar de Granulillo, dijo que su ley prohibía al israelita naturalizarse en país alguno, pudiendo, sin embargo, hacerlo, pero sólo en la apariencia, por llenar la fórmula, y así poder ejercer mejor, gozando de la mayor suma de derechos posible, sus malas artes. Hay en el «Talmud», en ese código civil y religioso de los judíos, una cláusula curiosa, que no recuerdo al pie de la letra, pero cuyo sentido es este: «Si eres juez y se presentan ante tí dos litigantes, uno cristiano y otro judío, darás, aunque no la tenga, la razón á este último, y serán un mérito ante Jehová todas las artimañas á que recurras para hacer aparecer como culpable al cristiano.» Aquí tienes consignado, en pocas palabras, el espíritu que anima á los judíos respecto de nosotros. Una sola cosa, en el orden moral, los hace simpáticos á mis ojos: el espíritu de solidaridad que los hace fuertes y poderosos. Rarísimos son los ejemplos, después de Judas, que parece agotó de una vez toda la traición de su pueblo, rarísimos son los ejemplos de que un judío haya faltado á la

unión que se tienen jurada entre ellos. Drumont, en una obra escrita con tanta pasión como talento, y en la cual abundan datos abrumadores que nadie ha rectificado, dice, entre otras cosas, que tienen formada una gran asociación que se llama Alianza Universal Israelita, y cuyas ramificaciones se extienden á todas las partes del mundo en que haya modo de lucrar á costillas del hombre aria. Cremieux, que la fundó en Francia, centro de operaciones del pueblo maldito, en el año 1860, le dió una organización tan maravillosa, que hoy es quizás la sociedad secreta más poderosa del mundo. Los socios, es decir, todo el pueblo hebreo emigrado, se cotizan entre sí y mandan grandes sumas á Oriente, donde sostienen colegios, instituciones útiles de todas clases, que algún día levantarán á ese pueblo que, aunque hoy parece adormido ó muerto, se prepara en silencio para cuando suene la hora de su venganza, no muy lejana. Y para que veas si son capaces de amar à una patria adoptiva, lee lo que dice Drumont sobre la operación de Bolsa que duplicó de un golpe la colosal fortuna del Rothschild de Francia, en perjuicio del país que debió considerar siempre como á su propia patria.

—He leído á Drumont—dijo Granulillo;—es muy parcial.

—¿Pero quién ha levantado sus cargos? Nadie. ¿Recuerdas aquel retrato que hace de la sociedad francesa, probando. . . no, no exagero, probando, sí, probando, que está sometida al yugo judío? Pues bien, la América, y especialmente la República Argentina, está amenazada del mismo peligro. . . ¡Es preciso precaverse! ¿Pero cómo?. . . La prensa no se preocupa de los judíos, ni sabe que la suba del oro se debe á sus maquinaciones endiabladas. Las autoridades permiten que se introduzcan al país esos vinos con que los especuladores judíos de Burdeos están envenenando á media América! (Granulillo sonrió al oir esto). Y en fin, en menor escala, ¿qué me dices del prestamista judío, de ese pájaro negro del comerciante honrado? Conozco á un joyero que habiendo tenido apuros pecuniarios, recurrió á un usurero israelita. Firmó pagarés, que se vió en la necesidad de renovar, pero á cada vencimiento eran tales y tan monstruosos los intereses que se le cobraban, que pronto se arruinó y tuvo que cerrar la casa Quedó en la miseria. Tenía mujer, hijos, hermanos pequeños. . . ¡El judío duplicó el capital prestado!—Y Glow, volviendo á entusiasmarse, sin dar tiempo á Granulillo de meter baza: ¿Por qué no trabajaba el judío? ¿Por qué hacía alarde de no haber empuñado nunca el arado, de

no haber sido nunca agricultor, ni haber ejercido jamás ninguna profesión útil? «Vampiro de la sociedad moderna, su oficio es chuparle la sangre»—decía el doctor manoteando.—«Él es quien fomenta la especulación, quien aprovecha el fruto del trabajo de los demás... Banquero, prestamista, especulador, nunca ha sobresalido en las letras, en las ciencias, en las artes, porque carece de la nobleza de alma necesaria, porque le falta el ideal generoso que alienta al poeta, al artista, al sabio...Y la raza semita, arrastrándose siempre como la culebra, vencerá, sin embargo, á la raza aria! ¿Por qué? Por su constancia, por las inmunidades de que goza, por su riqueza, por su solidaridad, por su misma falta de ideal que la hace ser más práctica que la nuestra; pues mientras levantamos, con el pensamiento en lo alto, este grandioso edificio de la civilización, él, el judío, viene minándolo por su base, sin ruido, sin aparato, hasta que lo carcoma y haga desplomar!...Y sobre sus ruinas se levantará entonces la religión judaica, fin ulterior á que propenden todos sus esfuerzos por hacerse dueño del mundo. Y su triunfo será más seguro todavía, si se le ocurre aprovechar el elemento socialista como fuerza de combate, y dirigir la revolución social espantosa que se aproxima, el cataclismo horroroso á cuyo lado

sospecho que el drama de la Revolución Francesa parecerá un idilio!»

—Volvemos á las declamaciones—observó Granulillo con ironía.—Tu discurso es magnífico, pero carece en absoluto de fundamento, y si no, ahí está Renán, Renán el judaizante, que prueba, considerando á Jesucristo como hombre, que los judíos pueden llegar á ser casi divinos.

—Renán se ha vendido á Rothschild. Como lord Bacon en Inglaterra, es un adulador de los poderosos.

—Con eso no levantas mi argumento, sinó que te haces eco de las calumnias propaladas por los enemigos del gran filósofo.

—Además, ya sabes que Jesucristo—dijo Glow—es negado, en su carácter de hijo de Dios, por los judíos...

—¡Ahí te quería ver!—exclamó Granulillo con una viveza que reprimió inmediatamente. —¿Por qué la cristiandad rechaza hoy al hombre hebreo, haciendo recaer sobre él la maldición que los mismos perseguidores de Cristo se echaron encima cuando al votar su muerte dijeron: «Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos?» Pero Jesús ¿no era también hebreo? Y ¿está conforme con la doctrina evangélica ese odio eterno que abriga la iglesia católica contra los descendientes de

Jesús, porque éste tuvo un compatriota traidor? Ahora, si es porque no han reconocido al Mesías en el hijo del carpintero, creo que esto es más un mérito que una falta... ¿Quién, si no los espíritus vulgares y apegados á la tradición, cree hoy en la divinidad de Jesucristo?

Y al llegar aquí, Granulillo, que se burlaba de todo lo que fuese respetable, se permitió chanzas groseras que desagradaron á Glow, el cual dijo que aunque liberal y falto de creencias, pensaba que debían respetarse cosas que merecieron el respeto y formaron quizás la felicidad de nuestros padres.

—Volviendo á los judíos—añadió el doctor—repito que nunca han descollado en las ciencias, ni en las artes, ni en las letras...

—En cuanto á las letras, el *Cantar de los Cantares*...

—¡Una excepción de los tiempos antiguos!

Granulillo se mordió los labios y dijo:

— De artistas no hablemos. Sarah Bernhard, la Rachel...

—¡Por fin me citas algo moderno! Pero ¿qué significan esas excepciones al lado de la larga lista de genios que nuestra raza puede ostentar en todos los ramos que ennoblecen al género humano? Ni aun en el valor pueden distinguirse los judíos. No se baten en duelo...

—Lo que prueba su cordura—repuso Gra-

nulillo.—Y al fin y al cabo, todo lo que has dicho, influenciado evidentemente por Drumont, ¿qué prueba?

Glow iba, probablemente, á soltar otro de sus ardientes párrafos, cuando Granulillo sintió una cosa extraña. Miró, á través del balcón la cúpula de la catedral que, dorada por un sol pálido, se destacaba sobre el profundo cielo, y sin saber por qué bulleron de improviso en su cerebro un tropel de ideas y argumentos que se atropellaban por salir de una vez á la pelea. Mil reminiscencias de escogidas lecturas le presentaron, revueltos y confundidos, los distintos períodos de la civilización hebrea, desde su origen hasta nuestros días. Al principio fué una impresión como la que produciría la vista de un kaleidoscopio gigantesco cuyas variadas perspectivas, en lugar de ir desfilando en ordenada sucesión frente al cristal del aparato, se presentasen todas de golpe al ojo del espectador. Granulillo trató de ordenar sus ideas, de ir soltàndolas una á una, en orden de batalla, acomodàndolas como lo mandan las reglas de la dialéctica, ese arte militar de la guerra de la palabra. Empezó por citar á Job, «el poeta más sentido, el más grandioso y profundo de los poetas». Alabó con justicia la literatura hebrea, y luego pasó á enumerar las hazañas

y los héroes del antiguo pueblo judío. «Nos preciamos de tener una Juana de Arco, una Carlota Corday, y ellos ¿no tuvieron á Jael y á Judith? Y de Débora ¿á qué hablar?» Recordó después á Judas Macabeo, á Jefté, à Josué, etc. En seguida pasó á hablar de los sabios y hombres eminentes de todas clases que se habían distinguido entre los judíos. Trajo á colación á Judas Levita, el hombre más sabio de su tiempo, que floreció en España en la primera mitad del siglo XII, y mereció la más alta consideración de sus contemporáneos. Por un esfuerzo supremo de su memoria prodigiosa, siguió citando, citando fechas, nombres, merecimientos Presentó el cuadro de la Edad Media española, mentó á los arrianos, y se detuvo á hablar del tiempo de la dominación de los árabes. ¿No eran judíos aquellos astrónomos célebres, aquellos notables médicos, recibidos con agasajo en sus cortes por los monarcas europeos, y sirviéndoles de consejeros de Estado en más de una ocasión? Recordó la protección que les dispensara Alfonso el sabio, y probó que enriquecían al país en que sentaban sus reales. «Unos pueblos tienen genio guerrero, otros genio comercial—decía—otros genio artístico, que se desarrollan según las condiciones en que cada uno se desenvuelve. El judío, coartado siempre, siempre repri-

mido y hostigado, no ha encontrado otro medio de desarrollar su actividad que el de los negocios, y si hoy reina en ellos, dejémosle reinar, puesto que no tiene, ni es posible, que tenga, otro poder que ese...»

—¿No me acabas de probar—dijo Glow con sorna—que hay entre ellos grandes guerreros, grandes artistas, grandes sabios?

—Lo que te he probado es que conforme encuentran un poco de libertad y desahogo, no tardan en demostrar sus aptitudes. La lista que te podría citar es interminable. Desde Maymónides hasta Spinoza, y desde Mendelssohn hasta Enrique Heine, sin contar con una multitud de escritores judíos que se distinguen hoy en Europa: Erckmann-Chatrián, Ludovico Halevy, Alberto Wolff...

—Excepciones, Granulillo, excepciones. En cambio, tienes aquí, ante tu vista, en la libre República Argentina, centenares de judíos alemanes, que en las barbas de las autoridades impasibles, explotan el comercio más infame, el tráfico de carne humana, es decir, la esclavitud de la mujer, en su forma más odiosa... Y tú sabrás que los judíos han monopolizado el negocio, consecuentes con aquella máxima que les manda adquirir el dinero por todos los medios.

Granulillo balbuceó una frase de duda, di-

ciendo que las afirmaciones de Glow no tenían fundamento. Este le recordó el sin número de cafetines y bodegones que pueblan ciertos barrios. «Cada una de esas sentinas viene á ser algo así como una Bolsa en que los judíos cotizan el precio de las mujeres, como si fuesen cédulas hipotecarias.»

El director de banco se escapó por la tangente.

—Lo que yo pienso es que la raza semita puede producir tan grandes hombres como cualquier otra raza. No reconozco esa diferencia que se pretende establecer entre unos pueblos y otros. Creo en la igual dotación ingénita de todos los hombres, y sólo á la naturaleza que los rodea, y al grado de civilización que hayan alcanzado atribuyo las diferencias que se observan entre ellos.

—No, es necesario creer en la predisposición hereditaria—dijo Glow.—La ciencia moderna ha hecho profundas investigaciones al respecto, acreditadas por numerosos ejemplos que no dejan lugar á duda, pero fuera de esto no has levantado los principales cargos que he hecho á los judíos... Y en cuanto al grado de esplendor que alcanzó su pueblo antes de Jesucristo, nadie lo niega. Su decadencia data de aquella fecha...

—Lo cual es un absurdo, porque no me

vengas á decir que eres de los que admiten la prosapia divina del pretendido redentor...

Glow no se desconcertó.

—No creo en ella—dijo—¿pero eso prueba que no esté yo en error?

Aquí fué Granulillo el que casi perdió los estribos.

—¡No me vengas con esas!

—Y volviendo al tema que ha provocado esta discusión—dijo Glow remachando el clavo—¿crees que es patriótico que te asocies á extranjeros (supongamos que no son judíos) que vienen á nuestro país á especular con el oro, á substraerlo en perjuicio de la comunidad que tanto lo necesita?

Granulillo, rabioso porque no encontraba qué contestar, y estaba acostumbrado á vencer al doctor en las discusiones, dijo:

—La República Argentina es demasiado rica para resentirse de cuatro jugadas de Bolsa....

Una gran voz lo interrumpió. Volvióse sorprendido hacia la puerta en que acababa de aparecer Fouchez.

—¡A la Bolsa, señores, á liquidar, pronto!

—¿Qué pasa?

—Que todos los títulos se han ido de golpe á las nubes. Yo he vendido los míos y ustedes deben hacer lo mismo con los suyos. ¡Viva la

República Argentina, mi verdadera patria querida!

Glow y Granulillo se pusieron los sombreros y salieron precipitadamente del estudio. Fouchez, con los pulgares metidos en los bolsillos del chaleco, se quedó dándose golpecitos en la barriga. Su cara morena parecía la de un borracho. En ella se reflejaba una de esas alegrías locas, salvajes, que al apoderarse de un hombre lo trastornan como los vapores del alcohol. De repente Juan Gray y León Riffi entraron al estudio y corrieron á abrazar al francés, que les decía gozoso:

—Calma, muchachos, calma... No hay, repito que no hay, *¿comprenez-vous?* que no hay motivo para perder la cabeza de ese modo.

—¡Si hemos ganado una barbaridad de plata con la suba de hoy!—dijo Gray haciendo una pirueta que la hubiera envidiado su querida, la bailarina retirada.

—¡Y conseguimos casar la operación aquella de las Catalinas, que nos producía pérdidas!—gritó Riffi abollando su sombrero flamante y saliendo al encuentro del ingeniero Zolé, que asomaba por la puerta su cabeza matemática.

El ingeniero, sin decir palabra, levantó una de sus piernas inconmensurables, y serio, con la gravedad cómica que era el rasgo distinti-

vo de su carácter, la pasó por sobre el cráneo de Riffi, que se encogió asustado. En seguida se acercó á Fouchez y lo besó beatíficamente en la punta de la nariz. Luego, tomando una mano á Gray, se la estrechó con fuerza tal que el pobre muchacho lanzó un grito de dolor. Y después, á una señal de Fouchez, se dividieron los cuatro en dos parejas y empezaron á bailar un can-can furioso, frenético, en el cual las piernas del ingeniero y la barriga del francés hicieron un vis admirable.

¡Ah! mes de julio del 89, cuántos can-canes se bailaron en tu honor, ¡cuántas lágrimas se derramarán á tu recuerdo!...

VIII

EL BAILE

Oíase el rodar de los carruajes sobre el pavimento de granito, y la brusca é intermitente cesación de aquel rumor estrepitoso señalaba la llegada de los invitados. Corrillos de curiosos, estacionados en las aceras, murmuraban pronunciando sordamente el nombre de cada personaje que descendía envuelto en su sobretodo, la solapa levantada, calado el clak, tiritando al saltar á la vereda barrida por un vientecillo molesto, que hacía erizar la piel satinada de las damas, las cuales, encapucha-

das en sus abrigos de mil formas y colores, ponían una á una en el estribo de sus coches el pie calzado en zapato blanco, y corrían á guarecerse bajo la techumbre del vestíbulo, para desde allí subir por la ancha escalera, apresuradas, graciosas, envueltas en el aroma que se desprendía de los grandes ramos esparcidos por todas partes, y bañadas en la luz de los focos eléctricos que arrancaban una lluvia de chispas al quebrar sus rayos en los prismas temblorosos colgados á las orejas y prendidos en los pechos de las elegantes.

Glow y Margarita esperaban arriba, entre un batallón de sirvientes enfracados lo mismo que los señores, y más estirados, si es posible, que éstos, con la exageración natural en toda caricatura por menos grotesca que sea. El doctor, rozagante, amable, trasfigurado, ágil como un mozalvete de veinte años, con un ramito primoroso en la negra solapa, la pechera deslumbradora ostentando en el centro una enorme perla á guisa de botón, se multiplicaba realizando prodigios de actividad para hacer debidamente los honores del recibimiento á los que llegaban. Margarita no quería ser menos. Vestida con un traje de terciopelo color rosa, los brazos y los hombros desnudos; luciendo sobre el magnífico descote una estrella de brillantes que pendía de una gar-

gantilla de zafiros y diamantes, recibía á las mujeres y las conducía al tocador (una salita arreglada exprofeso, muy bonita, llena de espejos para mirarse en todos sentidos y por todos lados), donde la señora Dolores, la tía de Margarita, ayudaba á las damas á darse el último retoque antes de pasar á los salones, en el primero de los cuales estaba la orquesta de Furlotti, ocupando una gran plataforma en el testero con sus cincuenta profesores en traje de gala.

A las doce ya no se podía dar un paso, y las parejas, imposibilitadas de bailar, escuchaban inmóviles los sonidos de la orquesta, vièndose el brillo de las espaldas descubiertas alternar en la larga fila de salones con las manchas oscuras de los fracs abriéndose en triángulo sobre las camisas bordadas, y las cabezas empenachadas de flores y piedras preciosas moverse al compás de esas cortesías afectadas de que los hombres se sirven para halagar la vanidad femenina, con un secreto propósito de que rara vez puede hallarse exenta la brutalidad de su sexo en presencia de un buen busto descubierto á medias, ó de unos ojos picantes animados por la influencia enervadora que ejerce la atmósfera de un salón en el temperamento exquisito de la mujer.

La tía de Margarita, creyendo que habían

dejado de ser útiles en el tocador sus buenos oficios, había abandonado, por insinuación de su sobrina, la tarea á dos camareras contratadas al efecto en casa de una modista á la moda, y charlaba en la sala azul con Granulillo, que le contaba la vida y milagros de todo el mundo, haciéndola reir, escandalizada, con sus amables insolencias de escéptico alegre.

Tímida, candorosa, sin que el trato social hubiese influído un ápice en ella para destruir su optimismo exagerado, que no le dejaba ver más que el lado bueno de todas las cosas, era doña Dolores una mujer buenísima, idólatra de Margarita, para la cual había hecho las veces de segunda madre. Pasaba de los setenta, pero estaba muy conservadita, gracias, sin duda, á sus costumbres austeras de mujer devota condenada voluntariamente al celibato. Su cutis, aunque ajado por las olas del tiempo, como esas arenas del mar en que quedan impresas las ondulaciones de las aguas, tenía un ligero tinte sonrosado que delataba un vigor superior á sus años. Era como las flores que no habiéndose marchitado aun completamente, ostentan los vestigios de su antigua frescura. Dos bandas de cabellos blancos y finos se plegaban sobre sus sienes, y sus ojos oscuros, que debieron ser muy hermosos, tenían una expresión de encantadora

dulzura. Cosa admirable: no le faltaba un solo diente. Conservaba intacta aquella doble hilera de perlas finas que al asomar en tiempos mejores á sus labios bermejos, habían hecho furor entre la juventud del tiempo de Rosas, á manos del cual había sido degollado su primer y único novio, sorprendido por la mazhorca en el momento de embarcarse para Montevideo. La señora Dolores vestía de luto desde entonces, y no había querido casarse nunca. Activa y lista, bajita y un poco regordetona, tal era la dama que, embutida en un traje de raso negro, con blondas en el ruedo y las boca-mangas, escuchaba sonrojándose las travesuras de ingenio de Granulillo, parada bajo las colgaduras de felpa que caían sobre la puerta comunicante entre el comedor y la sala azul.

—No sea V. tan malo.

—¿Yo malo? Pero si es cierto. Pregúntele al doctor Glow á qué debe su encumbramiento el caballero de que le hablo. No hay más que mirar la belleza de su mujer para darse cuenta...

—¡Ah, me olvidaba!

Doña Dolores, escandalizada por los horrores que le contaba Granulillo y aturdida al mismo tiempo por la música y el tumulto, buscó un pretexto, los niños, que dormían en

el fondo de la casa y cuya custodia, dijo, mintiendo, que le estaba encomendada, y se separó del director de Banco. Retirada del mundo desde el casamiento de Margarita, viviendo en una casita de los arrabales, y acostumbrada al recogimiento de las iglesias, que frecuentaba cotidianamente, la pobre señora se mareaba en aquellos salones bulliciosos. Escurriéndose por un pasillo, se metió en el dormitorio de su sobrina, y rezó pidiendo perdón á Dios por la mentirijilla que acababa de echar. Y el estruendo de la fiesta, burlón, implacable como el remordimiento, la perseguía hasta en el retiro de la alcoba solitaria.

Mientras tanto la animación crecía bajo los artesones de los techos relucientes y el diluvio de plata luminosa que caía de los focos produciendo un efecto maravilloso, cuyo golpe de vista traía á la mente el recuerdo de los cuentos orientales, con sus esplendores nacidos á una señal de la mágica varita. Fouchez enguantado, circunspecto, con aplomo de hombre que sabe lo que vale, después de dar vuelta á los salones echando un párrafo con los conocidos, se había apoderado de don Anatolio Raselano, fuerte accionista de la Embaucadora, y le contaba maravillas de la sociedad, que el astuto borracho escuchaba con equívoca sonrisa.

—Hemos comprado los terrenos de Granulillo... *¿comprenez-vouz?*

—Sí, ya me lo dijeron en la Bolsa.

—¡Oh! ¡un magnífico negocio!...

León Riffi se pavoneaba del brazo de Juan Gray, pasando ambos revista á las muchachas, entre las cuales había una morocha de ojos dormidos que llamaba la atención en medio de aquel enjambre de bellezas.

—Esa es Elenita Zurberán, la novia de Ernesto Lillo, el corredor de Glow—dijo Riffi á su amigo, señalándole disimuladamente la morocha. Y se pararon á contemplarla por el espacio que dejaban libre la espalda empolvada de la baronesa de Mackser y el frac de un diplomàtico extranjero, haciendo comentarios muy crudos sobre sus perfecciones físicas, y maliciosos elogios respecto de sus dotes morales. Ella, sentada en un sofá de Obusson en actitud modesta que se armonizaba perfectamente con la sencillez elegante de su traje de *moirée* azul, no paraba mientes en el examen de que era objeto, entretenida como estaba con las deliciosas vaciedades que su novio le decía en voz baja, tan sigilosamente como si se tratase de un secreto de Estado. Elena no llevaba una sola alhaja sobre sí, y no porque le faltasen, que buena colección de ellas tería, sinó debido á que le chocaba, real ó fingida-

mente, toda vana ostentación artificiosa, segura de agradar y seducir con las perfecciones naturales que le sobraban. Sus únicos adornos consistían en un ramo de camelias colocado en el nacimiento del seno, y una rosa en la nuca, sobre la cual se enroscaba al pelo de azabache, como una víbora dormida. Ernesto, tieso en su cuello de puntas dobladas, la devoraba con los ojos, y se echaba aire sirviéndose de un abanico de encajes que ella á cada momento le pedía, negándose él á devolvérselo, cosa que daba lugar á chistosas observaciones de Juan Gray, que hacían destornillar de risa á su amigo.

—Vamos. . . dejémoslos en paz. . .

Y se fueron á levantar calumnias á otra parte.

Margarita estaba muy festejada. Hacíanle la corte una turba de especuladores de Bolsa, de celebridades de un día, formadas de golpe merced á fáciles y colosales operaciones bursátiles y á misteriosos enjuagues con el Gobierno. Eran lo más notable de aquellas personalidades improvisadas en la locura de los negocios, caídas hoy en el olvido, insolentes entonces con su inopinado encumbramiento. De pie junto á un busto de mármol que representaba á Napoleón I (el elástico terciado, fruncido el ceño, la mirada profunda y pensa-

tiva), Margarita sonreía triunfante como toda mujer que prueba ese goce de la vanidad satisfecha y el exhibicionismo, que es una de las neurosis contemporáneas más extendidas y desarrolladas. Triunfaba, sí. Bien lo decían sus grandes ojos adormecidos por la plenitud de una emoción, de un placer inmenso, tan íntimo y tan completo que llegaba casi á la sensualidad. ¡Triunfaba! Empinándose un poco, le era fácil dominar el conjunto del gran salón; y al considerar que ella era el centro de todo aquel aparato decorativo, el foco hacia el cual convergían todas las miradas y todas las sonrisas, se inclinaba agradecida y con los ojos húmedos, ante las lisonjas de los hombres que la rodeaban. El barón de Mackser doblaba su torso de judío y la felicitaba calurosamente, elogiando los cuadros, los adornos, las pinturas del techo, el mueblaje, los tapices. Había viajado mucho, y aunque incapaz de comprender la esencia delicada de la belleza artística, tenía algunas nociones que le permitían echárselas de entendido en la frivolidad de la conversación volandera. Aseguraba haber visto casas soberbiamente puestas en Francia, Alemania, Inglaterra; pero él encontraba en la de Margarita un encanto inexplicable, una refinada coquetería en los menores detalles, que la hacían poder figurar al lado de las mejores

y más espléndidas. Y ella, que detestaba al judío, invitado por compromiso gracias á la oficiosidad de Granulillo, lo encontraba muy simpático ahora, reprochándose interiormente la animadversión que antes le tuviera.

A los de Mackser unía sus elogios el célebre Carcaneli.

—Esto es espléndido...

Y el italiano, acariciando el medallón salpicado de chispitas de brillantes que pendía sobre su pantalón de baile, miraba alternativamente, con sus ojitos de víbora, á Margarita y á Mackser, su terrible y cobarde antagonista.

También estaba allí Miguelín, tratando de pescar, en la conversación de aquellas dos potencias, cuya sorda rivalidad no conocía, alguna noticia que le permitiera realizar sin peligro una de sus pequeñas jugadas. Se había propuesto seguirlos toda la noche, y hacérselos presentar por Glow si resultaba inútil su espionaje. Las damas no le llamaban la atención, porque era de esa clase de calaveras á quienes las mujeres, en fuerza de abusar de ellas, llegan á serles indiferentes, aunque no faltaba quien asegurase que la indiferencia de Miguelín databa desde cierto desaire que la novia de Ernesto Lillo le hiciera en presencia de su rival afortunado.

Cerca del que formaban Margarita y sus aduladores, discutía un grupo de jóvenes imberbes. Con sus trajes de etiqueta parecían mequetrefes sacados de la escuela para tomar parte en uno de esos bailes de fantasía en que las sociedades de beneficencia exhiben á la chiquillería, iniciándola prematuramente en la farsa poco edificante de los salones. Pero llevaban el frac con tal desenvoltura y algunos tenían un modo de decir las cosas, que era como para creer, al verlos, en una mistificación endiablada. Según podía deducirse de lo que hablaban, todos, ó casi todos, eran bolsistas, y parecían estar muy al corriente de cuanto teje y maneje hay en la Bolsa. Seguramente no tenía más de quince años el que daba consejos á los demás sobre lo que convenía hacer en caso de que el oro subiese ó bajase, y cuáles eran los medios eficaces para salvar las situaciones apuradas. Otro, mayor que él, decía que estaba seriamente comprometido por haberse encaprichado en comprar unos títulos á plazo.

—Papá me arreglará la deuda si pierdo.

Y todos, á una, se rieron del viejo, y de la gracia que tenía la travesura.

—Yo tengo un negocio más seguro—dijo cierto caballerete de pelo rubio y cara de muchacho precozmente depravado en las secretas crápulas de la escuela.—He conseguido cien

boletas de electores, y cuando llegue el momento, estoy seguro de que cualquier candidato á quien yo se las ofrezca, me las pagará á buen precio.

Los pergenios miraron al rubio con el aire de la admiración más ingenua. Aquello les parecía un prodigio de talento político. Después se trajo á colación la cuestión mujeres, y cada cual contó su aventura con el aplomo repugnante de los muchachos cebados en los retretes de precio fijo. Inspiraban deseos de estrangularlos y darles un beso después de muertos...

A todo esto, las niñas casaderas, ceñidas, hasta reventar, por sus corsés de acero, afectando no sentir molestia alguna, ostentaban sus caras llenas de afeites y sus posturas estudiadas frente al espejo con escrupulosidad de artistas que quieren desempeñar su papel concienzudamente. Había muchas de esas fisonomías enrojecidas con ingredientes venenosos, sobre las cuales resaltan desagradablemente las narices empolvadas y los ojos dilatados por una sombra que, al aumentar su tamaño, les quita toda la gracia de su expresión natural. Y era con una especie de terror mezclado de encanto, que se observaban esas gargantas de porcelana, esos descotes ideales, el secreto de cuya belleza está en un artificio de tocador

que ha empezado á introducirse entre nosotros.

¡Ah! vosotras las de los escotes esmaltados; vosotras las que vais á esa casa de la calle Suipacha, que Renato el florentino hubiera tenido escrúpulos en regentear; vosotras las que todo lo sacrificáis por obtener el triunfo efímero de una noche de baile ¿no sabéis que esa capa de nieve que extendéis sobre vuestros cutis, es una mortaja prematura que os da en belleza lo que os cobra en vida? ¿No sabéis que brillar un instante para apagaros después, es un suicidio á que no tenéis derecho, porque el día en que cualquiera de vosotras desaparece, hay una estrella menos sobre este oleaje de la vida, hacia el cual tenéis la obligación de dejar caer el resplandor de vuestras sonrisas, para iluminar nuestro camino é infundir aliento en nuestros corazones acobardados por la lucha diaria? Dejad, dejad de engalanar vuestra carne. Si queréis esmaltaros, esmaltad vuestro espíritu, leed buenos libros, estudiad la ciencia del hogar doméstico, y no mintáis perfecciones que no tenéis ni os hacen falta, porque demasiadas os dió la Naturaleza para que necesitèis pedirle al arte lo que os mata sin embelleceros!...

—Sí, fué un negoción el de la hipoteca. Lo hicimos con Eduardo, que tiene influencia...

El terreno valía treinta mil pesos, y nos dieron cien mil, ni más ni menos... Ahora ya puede el Banco quedarse con el clavo...

Obeso, barbudo, pero de facciones armónicas y regulares, era un escritor el que esto decía, un elegante articulista que había arrojado la pluma dorada para coger en su reemplazo la otra pluma, la sucia y pesada del comerciante sin escrúpulos. El Debe y Haber había desalojado de su mesa de trabajo á las cuartillas de antaño, y la mano acostumbrada á trazar las filigranas de un estilo primoroso, ya no se ocupaba más que en el rasgueo impertinente de las cifras en columna. El articulista tenía por interlocutor á otro hombre de letras, á un mamarrachista de esos que convierten á nuestra prensa en un depósito de la baba negra que el sentimiento de la propia impotencia hace brotar á sus labios siempre estremecidos por el temor de la envidia. Autor de una mala obrilla cuyo éxito trataron en vano de asegurar algunos amigos periodistas, había caído en el olvido, de que no pudieron sacarlo ni aun los bombos escritos frecuentemente por su propia mano. Vivía del *chantage*, de esa infamia que es la forma de estafa más indigna que se conoce, y que algún día, cuando las leyes sean lo que deben ser, hará sudar á los codificadores, que se verán en grandes apuros

para encontrar un castigo equivalente al delito.

—¡El ministro Armel!

Habíase levantado un murmullo, y el joven ministro avanzaba en dirección á Margarita, que se adelantó á recibirlo.

—Señor ministro, tanto honor...

—Señora ..

Apretáronse las manos forradas en cabritilla color patito, y la orquesta rompió á tocar un vals diabólico que hizo estremecer á las parejas impacientadas en su inmovilidad abrumadora. Muchas remolinearon pretendiendo abrir un claro para poder bailar, y una, más atrevida que las demás, chocó con el ministro y lo arrojó sobre Margarita.

—Disculpe V., señora...

—No es nada...

Ernesto Lillo, soltando la cintura de su compañera, presentó sus excusas, y el ministro le dijo que á un buen mozo como él podía perdonársele todo.

¡Muy republicano el señor ministro! Margarita estaba encantada. ¡Cómo calumniaban los diarios de oposición á los hombres públicos! ¿Sería posible que aquel joven de tanto talento, tan sencillo y agradable, tan elocuente y buen mozo, despilfarrase los dineros públicos para pagarse las queridas? No, no: infamias,

calumnias, argumentos rebuscados con un propósito meramente partidista! Y la hermosa mujer examinaba de pies á cabeza al personaje, cuya ancha frente brillaba con majestuosa serenidad bajo el pelo encrespado y negro. Parecía ¿á qué negarlo? un poco fatuo, según se tiraba los bigotes y erguía la cabeza; pero podía perdonársele este defecto en gracia de sus pocos años y de sus grandes aptitudes de hombre público.

—¿Y vendrá?—le preguntó Margarita tomando el brazo que él la ofrecía.

—Sí, señora; me extraña que no esté ya aquí.

Hacía rato que Mackser y Granulillo andaban haciendo la misma pregunta. «¿Vendrá? ¿Vendrá?» se oía por todas partes. Alguien colocado muy arriba debía ser, porque Glow no se movía del vestíbulo, impaciente, nervioso, preguntando al portero á cada momento si no veía venir el coche de S. E., enfadándose con los sirvientes, recibiendo con cierta frialdad á los pocos que llegaban todavía. Por último, cansado de esperar, se refugió en el comedor, hizo destapar una botella de Jerez y se bebió tres copas seguidas delante de las dos largas mesas llenas de manjares y cristalería.

—*Signora ¿se voy volete?*

¡Fracucheli, el primo de Carcaneli! ¡Aquel sí que era un ente curioso! Llevaba el frac

con tan poco garbo, que la baronesa de Mackser estuvo á punto de estallar en una carcajada al verlo inclinarse zurdamente ofreciéndole el brazo.

—No, caballero, siento mucho, pero tengo compromiso.

¡Qué cosa tan divertida era observar aquella escena que se desarrollaba en un rincón del saloncito japonés, todo de madera finamente labrada y lleno de preciosidades microscópicas, como un museo de miniaturas! La baronesa, arrellanada en estrecho canapé al lado de un biombo sobre cuyo fondo plateado abría sus alas caprichosas una bandada de pájaros extravagantes, presentaba el tipo de la mujer oriental, de ojos profundos y soñadores, de tez morena, y de una pureza de líneas en la fisonomía que sólo se encuentra en esos grabados admirables con que algunos artistas han ilustrado las leyendas bíblicas en sus momentos de más feliz inspiración. Descotada y vestida con un lujo de reina, como que la tela tornasolada de su traje azul era de lo más raro y hermoso que ha salido de los telares modernos ¡qué contraste formaba con aquel italiano hecho á pico, con aquel inmigrante calabrés que se puso colorado como el fuego al escuchar la contestación negativa de la dama! ¡Si ella hubiese sabido la historia de Fracucheli!

—¡Esto es maravilloso!

Zolé, al expresar así su admiración, hacía girar su cabeza cuadrada, y, estupefacto, lo examinaba todo con infantil curiosidad, parado junto á una consola dorada, en la que Peñas, el ladrón de cadáveres, se apoyaba, escuchando las exclamaciones del ingeniero.

—¿Y vendrá él?

—Sí, el ministro Armel me lo ha asegurado —dijo Peñas.

—Hombre, casualmente aquí está el ministro. Voy á hablarle de un asunto...

El ministro, que acababa de separarse de Margarita, se acercaba seguido de un senador nacional de gran corpulencia, orador famoso de la oposición, moreno, simpático, de nariz fina y nerviosa, con los ojos velados por gafas azules, y el ademán desenvuelto del hombre acostumbrado á exhibirse y á tener éxito.

—Señor ministro, una palabra.

Se pusieron á hablar en medio del torbellino de parejas, mientras el orador y Peñas esperaban discretamente á cierta distancia. Se trataba de que Armel diese un empleo en su ministerio á un sobrino del ingeniero Zolé, muchacho despierto que había vivado al Gobierno á la luz de los faroles de papel con que en otro tiempo abrían su marcha las manifes-

taciones callejeras, faroles encendidos á iniciativa de un boticario popular.

—La cuestión es que no hay vacantes. Al contrario, está el ministerio lleno de supernumerarios que no tienen nada que hacer.

—No importa, siempre habrá espacio para meter uno más.

El ministro prometía hacer lo posible. Después, y ante la insistencia del ingeniero, dijo que se crearía un puesto para el sobrino, con buen sueldo y ningún trabajo, salvo el muy poco que para disimular se le daría.

—Que vaya mañana él mismo con una tarjeta de V. á mi despacho.

—Gracias, señor ministro. Si acaso se lo presentaré más tarde. Por ahí anda...

A Granulillo lo volvían loco á pedidos. Todos los solicitantes de dinero que se habían presentado al Banco de que él era director, lo tenían de acá para allá, se lo llevaban á los huecos de los balcones, se lo disputaban unos á otros como fieras voraces la presa única. Él los contentaba á todos repartiendo tarjetas que garabateaba á escondidas con un lápiz de oro, y distribuyendo sonrisas y promesas. Caudillos políticos que necesitaban dinero para pagar su gente; amigos particulares emparentados con altos personajes de la situación, ó atados á ellos por los lazos de la política,

comprometidos por deudas de juego ó por los azares de la especulación; gobernadores de provincia; vagos que vivían de los Bancos y de los malos negocios; á todos Granulillo los atendía y los despachaba sonrientes, encantados, seguros de contar á las pocas horas con el dinero suficiente para pagar sus orgías.

Luego que consiguió escapar al asalto, se metió en una rueda de gente que se había formado en torno de un diputado gubernista que contaba una anécdota de su vida militar con el gracejo original y desenfado que le ha grangeado merecida reputación de ingenioso. Alto, de figura hermosísima, el pelo blanco, pero fresca la tez y juvenil el aspecto, el monóculo encajado en la órbita del ojo vivo, penetrante, el general (pues lo era) saludó á Granulillo y prosiguió su cuento interrumpido por las risas que acogían sus graciosos paréntesis.

De pronto se hizo un gran silencio. Él, el esperado, acababa de presentarse en la puerta del salón principal, seguido por una escolta de jóvenes, entre los cuales se destacaba en primer término la figura del favorito, incensado entonces como á futuro dispensador de honores y riquezas, y olvidado después por aquellos amigos improvisados que la gracia oficial agrupó en torno suyo.

S. E. se detuvo en el dintel, y clavó en la concurrencia sus ojos tristes, apagados, incoloros, ojos sin expresión como la fisonomía, en la que no se notaba uno sólo de esos rasgos enérgicos que son indicio de la entereza de carácter que el ejercicio del poder requiere. El pelo escaso y la recortada barba también eran, como los ojos, de color indefinido, y una sonrisa melancólica apareció en sus labios al apretar la mano que Glow le presentaba.

De improviso, S. E., en quien se fijaban mil pupilas relumbrantes como las de los lobos al percibir en la obscuridad el cordero buscado, levantó la vista y vió, flotando simbólicamente sobre un mar de cabezas en movimiento, el busto inmóvil y blanco de Napoleón, que se levantaba dominando el conjunto con su ceño de mármol. Hubo un momento en que el rey de los aventureros y el aventurero sin corona parecieron mirarse frente á frente; pero ¡con qué desdén se contraían los labios de Bonaparte allá en lo alto de su pedestal!

—Lindo busto, doctor Glow...

—Se lo regalo, me permito...

—Bueno...

IX

¡CORRIENDO AL ABISMO!

Es un día de sol y de regocijo, uno de esos domingos claros, tibios, diáfanos, con olor á violetas, que de improviso cortan, en pleno invierno, la monótona sucesión de los días helados, como si la primavera, engalanada y coqueta, viniera á hacernos una visita de amiga cariñosa, á recordarnos que no ha partido para siempre. Bajo el sol radiante y alegre, bajo el inmaculado cielo azul, la sociedad de Buenos Aires se precipita en marcha triunfal por la barranca de la Recoleta, en dirección á Palermo. Es un desfile deslumbrador, un espectáculo soberbio. Los paseantes burgueses que van á respirar un poco de aire, solazándose bajo los árboles, contemplando la superficie de los lagos poblados de cisnes y patos de colores varios, recorriendo el interior de la fantasmagórica gruta, probando las emociones del derrumbamiento en los declives de la montaña rusa, y extasiándose ante la caída de aguas que vetea con hilos de plata los flancos de la roca artificial, se detienen absortos á contemplar la avalancha de carruajes que desemboca por la Avenida Alvear. Les gusta oir aquel ruido sordo de las ruedas, aquel tra-

queteo continuo de las patas de los caballos, y ver á los rayos del sol quebrarse en las cajas barnizadas, en las guarniciones resplandecientes y en las galeras de los cocheros, los cuales, tiesos en sus pescantes, con prosopopeya que les envidiaría un lord asiduo de las avenidas de Hyde-Park, lucen sus libreas pintorescas estrelladas de botones de plata, y sus elegantes y ajustadas polainas.

¡Pobres burgueses! Mozos de tienda, de almacén, empleadillos de todas clases, es inútil que vuestros ojos devoren á las lindas damas que cruzan como hechiceras visiones ante vosotros. Es preciso gastar coche, trampear al sastre, si no hay con qué pagarlo, frecuentar teatros y salones, para que ellas os hagan la gracia de una mirada ó una sonrisa. Es preciso ir á la Bolsa, al club, jugar á los títulos, al *lansquenet*, al *baccarat*... ¡Miradlas cómo pasan sin veros! ¡Y qué bellas son! Unas, en sus coches descubiertos, envueltas en delicada nube de blondas y terciopelos, van tendidas con abandono bajo el palio de sus graciosas sombrillas; otras arrellanadas en cojines de raso, lánguidas y displicentes, parecen abstraídas en las caprichosas vaguedades de un ensueño de amor...

Allá va el doctor Glow—á quien la última jugada de Bolsa ha dejado un millón más de

ganancia—sentado al lado de su mujer y de sus hijos, que asoman sus lindas cabecitas, cubiertas con grandes sombreros adornados de hermosas plumas de colores, por las ventanillas del landó de gala que Glow estrena festejando su reciente triunfo bursátil; allá va el buen doctor, como representación viva de la especulación irresponsable, de la fiebre de los negocios turbios, producida por el mareo general, por la influencia del medio ambiente. Allá va Fouchez, el gran Fouchez, el marqués tronado, el ex-titiritero, el improvisador de ciudades que se desvanecerán mañana como una ilusión entre las manos de los candorosos que hayan creído en su existencia real; allá va el fundador de veinte sociedades anónimas cuyas acciones, ficticiamente valorizadas, recuperarán tarde ó temprano su verdadero valor ¡ay! el cero. Pavoneàndose muy orondo sobre los elásticos de su victoria, el francés representa al inmigrante aventurero, que tanto ha contribuído á crear los males que hoy nos agobian... Allá va Granulillo, el estafador de sus amigos, el socio del ladrón de cadáveres, el dueño de la casa de juego, el dilapidador de los fondos del Banco á cuyo directorio tiene el honor de pertenecer; el fino, el discreto Granulillo, el favorito de las damas, que ahora sonríe junto à su hermano,

junto á su víctima, (un hombrón de fisonomía críolla, tostada aún por el aire y el sol de la Pampa), en lo alto de un faetón tirado por dos yeguas anglo-normandas, de andar arrogante, y atadas, una en las varas y otra de cadenera, sola adelante, esbelta, casi en pelo, abriendo la marcha con las orejas paradas como en señal de azoramiento; allá va el insigne Granulillo, símbolo gráfico de la especulación mal intencionada, criminal, del desamor á la patria, de la mala fe en los negocios, del robo de guante blanco... Allá va Lucrecia, la bailarina retirada, la querida de Juan Gray, probando, con su insolente lujo, que la Bolsa da para todo, y tratando de que la vean bien, para lo cual apenas se apoya en el borde del asiento principal de su vis-á-vis, quedando así en evidencia su traje de terciopelo color granate, obra maestra de las tijeras de madame Carrau, y el collar de brillantes como garbanzos que ha costado á su amante diez mil pesos de los doscientos mil ganados con el simple traspaso del boleto de un campo que no tuvo necesidad de escriturar. Allá va, en su bonito cupé, Ernesto Lillo, el corredor de Glow, en compañía de su madre—una viejecita de cabellos blancos peinados á la antigua sobre las sienes—que adora á su hijo, á quien ha trasmitido por herencia y educación junto con la

gracia y el temple de alma de las mujeres de otra época, la cándida buena fe que sólo le servirá para hacerlo caer en los arteros lazos de los especuladores sin honor. Jinete en un gran caballo puro, doradillo, de patas de alambre y largo pescuezo, haciendo crujir la flamante silla inglesa y apoyando las puntas de los pies, finamente calzados en altas botas de montar adornadas de espolines de plata, en los estribos nikelados, allá va también Miguelín, el incorruptible Miguelín, uno de los pocos que no han perdido la chaveta en la borrachera general de los negocios, y cuya familia, opulenta y respetable, desterrada del comercio social por el advenedicismo usurpador, vive gozando de la tranquilidad que proporciona el retiro en la abundancia. Allá va el ingeniero Zolé, (representante de la ciencia útil, distraído y esterilizado por la especulación demoledora), allá va destacando su angulosa figura matemática en la cumbre de un dog-cart pintado de amarillo, radiante con la convicción de haber descubierto la ley misteriosa que preside al juego de títulos, y sin imaginarse la serie de fenómenos desastrosos que el porvenir le prepara. Allá van León Riffi y Juan Gray, en el pescante de un break cargado de amigos, manejando el segundo con habilidad consumada, cuatro caballos obscuros, cuyas

chispeantes guarniciones cascabelean con argentino retintín. Y en confuso tropel, una masa informe de carruajes, una amalgama de lujo y de capricho: el ministro Armel, balanceándose con indolencia sobre los muelles del cupé comprado con el dinero substraído al erario público con la habilidad del que se ha elevado, merced á los gases no muy puros de la política, desde la última capa social hasta la primera; Norma, la hermosísima Norma, la cortesana voluptuosa cuyos abrazos embriagadores son de todos los magnates que la cubren de pedrería que el pueblo se encarga de proporcionar... allá va ella, echada en el fondo de su carruaje, forrado como un estuche, en raso color lila, clavando sus grandes ojos pintados de k'hol, en la turba famélica de personajes que la miran con la cara congestionada por el deseo. Y detrás de Norma, acompañando á una gentil amazona cuyo busto admirable se cimbrea en el lomo de una yegua inglesa, de cola corta y lento paso, el barón de Mackser, vestido de claro, con chistera y guante rojo, sonríe irónicamente desde lo alto de un brioso tordillo. ¡El barón de Mackser! Sí, allá va el conquistador de América — como Glow le llama — el judío presidente del comité argentino de la Alianza Universal Israelita, el ascensor del oro, el rey de las fi-

nanzas del Plata, el enviado secreto de Rothschild, la causa oculta de tantos kracks y desastres, cuya responsabilidad ha recaído injustamente sobre los que no la tienen; y cerca de él, don Anatolio Roselano, más borracho que nunca, fumando un colosal habano que inunda de humo el vehículo en que pasea su tambaleante humanidad, el favorito del Gobierno, enriquecido gracias á las torturas de los estómagos de la soldadesca que está autorizado para proveer. Y cerrando la marcha, Rublo, el intermediario de los altos empleados que, por conservar un resto de pudor, no quieren entenderse directamente con el público para llevar á cabo las trapisondas á que se preste el cargo que desempeñan; y en la misma americana que Rublo, pegado á él, abrazándolo casi, Peñas, el hombre fiel de Granulillo, el usurero, el ladrón de cadáveres, el falso licorista, á quien nadie reconocería ahora bajo la levita ceñida y el sombrero alto que le dan aspecto de persona decente.

Allá van nuestros héroes todos, envueltos en el torbellino que confunde la carroza de la mujer pública con el majestuoso landó de la familia respetable y el ligero vehículo del tinterillo ensoberbecido, á quien quizás aguarda la cárcel al término de su carrera vertiginosa, con el potro altivo del joven galanteador que

está rico sin saber cómo, porquè la lluvia de maná alcanza para todo el mundo. Allá vá, en fin, coreada por el chasquido de los látigos, amenazada por el rumor apagado de la montaña rusa, que parece el trueno lejano de una tempestad que se aproxima, y entre las burlas de un organillo que hace oir su sonata maliciosa en unas calesitas de los alrededores; allá vá, como inmensa visión apocalíptica, una sociedad entera levantada en vilo por el agio y la especulación, celebrando la más escandalosa orgía del lujo que ha visto y verá Buenos Aires...

Y mientras tanto, un poeta, joven, alto, enlutado, de fisonomía triste y resignada; un pobre poeta que ha tenido que abandonar la buhardilla donde se moría de hambre y de frío, para envolverse en la «capa del pobre», en un rayo de sol; una futura gloria de las letras americanas, cuyos versos nadie lee porque la Bolsa no da tiempo para ello, mira, sentado en un banco, y por debajo del ala enorme de su chambergo de bohemio, mira con amargura los esplendores de aquella bacanal fastuosa, y su mente visionaria, enamorada de la antítesis, le presenta un cuadro pavoroso.

Cree ver, allá, lejos, muy lejos, al fin de la avenida por donde corren atropellándose los coches, una boca que se abre, se abre cada vez

más, que luego se convierte en catarata, y de catarata en remolino, y que aquel remolino empieza á girar, á girar, con rapidez tan vertiginosa y con tan grande poder de atracción como el abismo que sirvió á Edgar Poe para escribir ese prodigio titulado *El Maelstrom.* Y haciéndose la visión más clara, ve ya (sí, ve, porque los poetas lo ven todo, hasta las cosas que no han sucedido todavía), ve despeñarse en aquel abismo, en confusión horrible y desgarradora, jinetes, caballos, magnates, prostitutas... Las ruedas de los coches, partidas en mil pedazos, saltan y brillan al sol, crujiendo junto con las cajas y las capotas que estallan como globos en el vacío; los caballos, lanzando relinchos atronadores, caen volteando y precipitan á los jinetes en la sima profunda; las mujeres, despavoridas, se agarran unas á otras y despedazan mutuamente sus ricos trajes; pero á pesar de sus esfuerzos, no pueden substraerse á la atracción irresistible, y caen también, formando una cascada de ojos y de brillantes, de mármoles semi-velados y de curvas prodigiosas... y el poeta oye un clamor que se levanta, un clamor inmenso, un lamento colectivo, pavoroso, que sube, sube, y puebla los aires, y se desparrama por el mundo todo. Y un himno, un himno inmenso de compasión y de ternura, brota

entonces de los labios vibrantes del poeta á quien aquella sociedad desdeña porque no es bolsista.

—¡Pobre gente! murmura poniéndose de pie y tomando el camino de su buhardilla, mientras la visión va borrándose poco á poco á la distancia...

SEGUNDA PARTE

I

EL FANTASMA

Era una tibia noche de fines de octubre, es decir, tres meses después de ocurridos los sucesos que hemos narrado. Glow y Margarita, que acababan de llegar del teatro, estaban sentados frente á frente en el gran comedor de su palacio, preparándose á tomar el té que un fámulo servía en las tazas de porcelana de la China. Sobre la mesa, cubierta con una carpeta bordada, de ancho fleco, y entre la bandeja de plata, llena de bizcochos, y la mantequera de cristal de roca, había un anteojo de nácar y un par de guantes color lila, sobre los cuales chispeaba el brillante de una pulsera semi-cubierta por una guirnalda de flores artificiales. Margarita conservaba su traje des-

cotado, de *moirée* verde mar, que dejaba al descubierto su garganta deliciosa y sus hermosos brazos que un exigente hubiera podido calificar de demasiado gruesos, y un voluptuoso de demasiado perfectos. Glow, con su traje de frac, estaba serio, muy serio, con un ligero fruncimiento de ceño que era raro en él. ¿Qué sucedía? Varias veces Margarita se había hecho á sí misma esta pregunta al observar la preocupación de su marido. Servido el té, dijo al criado:

—Puedes retirarte.

—Bien, señora.

Dió las buenas noches, hizo una cortesía y salió. La hora de las confidencias íntimas había llegado. Se quedaron solos los dos, ella observando con disimulo la interesante fisonomía de su marido, él tratando de fingir serenidad ante su mujer.

—¿Qué te ha parecido la Patti esta noche? —preguntó ella revolviendo el líquido humeante.

—Bien

—Yo creo que todavía es la primera «Rosina» del mundo.

—Tal vez.

Pausa, durante la cual no se oye otro ruido que el de los crujidos de un bizcocho que Glow desmenuza entre sus dedos.

—Y De Lucía ¿no has observado que tiene la voz un poco corta?

—Sí.

—Es un imitador de Stagno.

—Quizás.

Como tampoco pareciera Glow dispuesto esta vez á seguir la conversación, Margarita hizo un movimiento de impaciencia, y, echando atrás con el pie la cola de encajes que se desarrollaba como una ola sobre la alfombra, se paró.

—Luis...

—¿Qué hay?

—Eso, eso es precisamente lo que me estoy preguntando desde esta mañana.

Glow, con la taza de té en una mano y el bizcocho en la otra, se quedó mirando azorado á su mujer.

—¿Qué dices?

Pero Margarita, en vez de contestar á la pregunta, rodeó la mesa, se acercó á él con paso felino, le quitó la taza de la mano y, sentándose en sus rodillas, lo envolvió en una caricia.

—¿Por qué estás triste?

—¿Yo, yo triste?

—Sí, tú. Alguna mala jugada de Bolsa... No me lo niegues...¡Acerté!

—No, no has acertado.

—¿Que no? Crees que me chupo el dedo y no estoy al corriente de los asuntos bursátiles?—Y, haciendo mil monadas, abrazándole unas veces, rechazándole otras, entre cariños y reproches le contó que todos los días, todos, sin exceptuar uno solo, seguía por los diarios el movimiento de la Bolsa. Ahora bien, allí acababa de suceder algo extraño, inexplicable. Todos los títulos se habían venido de golpe al suelo. Los Bancos habían suspendido sus créditos y no descontaban un peso á nadie, á nadie absolutamente. El oro se mantenía alto. La liquidación de fin de mes amenazaba ser desastrosa, y se susurraban nombres de fuertes casas seriamente comprometidas. En cuanto á quiebras de particulares, especialmente corredores, se aseguraba que las habría por docenas. El valor de la tierra había experimentado un súbito descenso, y el pánico reinaba en todas partes. «¿No es esta la situación?» preguntaba la hermosa bolsista dando una palmada en la mejilla de su marido, que estaba aterrado ante la capacidad financiera de su mujer —«Y siendo esta la situación, tú estarás perdiendo una enormidad, porque recuerdo que habías comprado algunos miles de acciones.»

Glow tuvo la suficiente fuerza de voluntad para reprimirse y decir, aparentando la mayor

sangre fría: «Si las vendí hace una semana». Ella insistía. «Mentira, no las has vendido. Lo que hay es que te imaginas ahorrarme un disgusto ocultándome la pérdida... No me conoces, Luis, no, cuando procedes así conmigo...» Iba animándose á medida que hablaba, y sus ojos andaluces, tan expresivos, se iluminaban con resplandores de amante cólera. Desasiéndose de los brazos de Glow, se arrojó en un sillón y empezó á lloriquear mordiendo el pañuelo de batista con sus lindos dientes.

—No seas caprichosa—dijo Glow acercándose á ella y acariciándole la nuca llena de rizos juguetones.—Si me hubiese sucedido la desgracia de tener alguna pérdida de importancia, ¿qué mayor gusto para mí que consultarte, que buscar consuelo en la intimidad de tu cariño?... Pierdo algo, es cierto; pero poco.

—¿Y por qué estás tan preocupado?

—Por insignificancias... Negocios que pienso realizar...

—¿De veras?

—¡Vaya!

Glow habló de empresas nuevas, de nuevos proyectos que prometían grandes ganancias.

Margarita fué tranquilizándose poco á poco.

El doctor la hablaba con tanto calor, con tal acento de verdad! ¡Él, que no mentía nun-

ca!...«Te creo. Discúlpame, pero te aseguro que mi inquietud era tan viva desde que creí verte agitado, que ni sé cómo ha cantado la Patti; no la he oído; al mirarte silencioso en el fondo del palco, me parecía ver corroboradas mis sospechas... porque yo tenía mis sospechas... Había leído la sección comercial de los diarios de la tarde y estaba al corriente de la situación...¿Así es que te has salvado?»

—Milagrosamente.

Cómo escapó á Margarita el tono de forzada naturalidad, de falsa complacencia con que Glow pronunció esta palabra, es cosa que nunca alcanzarán á comprender los admiradores de la perspicacia femenina.

—Pues me alegro—dijo la impresionable dama, completamente serena ya—me alegro por tí, por nuestros hijos, no por mí, pues yo me amoldo á todo...¿No tienes sueño?—añadió alzando los brazos desnudos y desperezándose con un dislocamiento voluptuoso que hizo resaltar las curvas de su seno medio velado.

—Un poco...Pero vete á acostar, que yo tengo que escribir algunas cartas.

Retiróse Margarita después de recoger sus joyas y sus guantes. El doctor apagó el gas, y, atravesando un saloncito, entró en la biblioteca. Era una vasta pieza de forma oval, con

las paredes atestadas de libros hasta el techo. Una plataforma corrida ponía al alcance de la mano los volúmenes colocados en los estantes superiores. Subíase á aquella plataforma por una escalerilla de bronce pulimentado. En el centro había una mesa-escritorio, bañada de lleno por la luz de los reflectores colocados sobre ella.

Es entrar allí, y cambiar por completo de expresión la fisonomía de Glow. Se conoce que, después de un violento y prolongado esfuerzo sobre sí mismo, da el doctor rienda suelta á sus impresiones, que no deben ser muy gratas, á juzgar por el gesto de angustia en que se contraen todos los músculos de su cara. En el fondo de la pieza, entre dos estantes, hay un balcón. El primer impulso de Glow se determina por la acción de correr á él y abrirlo de par en par. Una bocanada de aire fresco y perfumado renueva en un instante la pesada atmósfera de la biblioteca. El doctor se aferra con ambas manos al antepecho, y levanta los ojos al espacio solemne en cuyo fondo parpadean millones de astros, proyectando sobre el muerto mundo un suave resplandor fosforescente. Así permanece largo rato. Inmóvil y mudo, parece un antiguo astrólogo escuchando, en el concierto de las esferas, el ritmo á que están sujetos los vaive-

nes del destino humano. Después baja los ojos, y como estableciendo comparaciones entre lo que ha visto arriba y lo que mira abajo, sonríe sarcásticamente al contemplar las masas obscuras de los palacios vecinos que dibujan vagamente en la sombra azul sus esbeltos contornos silenciosos. Un suspiro intenso, profundo, hace crujir la blanca pechera de su camisa de baile. En seguida se arranca del balcón con la violencia del que sacude el poder de una atracción misteriosa. Sus ojos parecen haberse impregnado en la luz celeste, porque además de ser ese su color, brilla algo así como un fulgor de esperanza en el fondo de ellos. Acércase al escritorio, hace girar una llave, tira de un cajón. De aquel cajón saca un papel. En aquel papel hay trazadas muchas cifras. Aquellas cifras deben representar algo grave. Se pone á examinarlas con más atención que un sabio orientalista el jeroglífico de una ruina egipcia. Los reflectores concentran su luz en un radio limitado, dentro del cual se halla Glow.

Más allá de este radio, todo queda envuelto en la penumbra. Reina un silencio sólo turbado de vez en cuando por ráfagas de harmonías lejanas, bandadas de notas vagabundas escapadas del piano en algún sarao de las inmediaciones. Con la mirada torva, la mano crispada,

pálido el semblante, Glow sigue examinando el papel.

Da la espalda á la puerta, en la que de pronto se oye un ruido leve, levísimo, tan leve como el paso sigiloso del ladrón que se desliza en las tinieblas. Una figura blanca acababa de aparecer en el dintel. Allí, en la sombra, tiene toda la vaguedad de contornos de las apariciones sobrenaturales. Se queda un momento como indecisa. Luego se mueve, y lenta, muy lentamente, avanza en dirección al doctor. A medida que anda, parece tomar mayores precauciones para no ser sentida. Diríasele una medrosa visión escapada á la imaginación enfermiza de Ana Radcliffe. El roce de su túnica vaporosa se hace cada vez más tenue, tanto, que ya no se le oye, sino que se le adivina. Así llega hasta el límite de la zona iluminada, donde se detiene otra vez. No la separa del doctor ni la distancia que pone el criminal entre sí y su víctima. Su talla aumenta entonces, como la de una persona que se empina. Dos ojos relumbran en la obscuridad, dos ojos grandes, atentos, fascinadores. Aquellos ojos miran por sobre el hombro de Glow, y parecen fijarse en el papel que el doctor examina. Rásgase de improviso el silencio temeroso que reina en la biblioteca. Es el doctor que con voz profunda ha dicho una

palabra que en aquel momento tiene una extraña sonoridad pavorosa. ¡Deshonrado! El fantasma alza un brazo con el empuje del asesino que va á dar el golpe de muerte. Brilla en el aire algo que así puede ser la hoja de un puñal como las facetas de una piedra preciosa. Dos gritos estridentes despiertan todos los ecos del palacio dormido.

—¡Margarita!

—¡Luis!

—¡Tú aquí!

—¡Es mi sitio!

—¿Pero cómo?...

—Te he visto desde mi dormitorio y...

—¿Me has?...

—¡Y lo he comprendido todo!

—¡Margarita!

—¡Luis!

Estrechamente abrazados, estuvieron llorando mucho tiempo, sacudidos por los sollozos, hondos y desgarradores.

Sus lágrimas, al caer, se confundían, como una prueba visible de la comunidad de su dolor.

¿Qué sucedía?

II

SUCEDÍA LO QUE TENÍA QUE SUCEDER

Quien haya visitado alguna vez el taller de un pintor, ó la galería de un aficionado de buen gusto, recordará cómo tienen distribuída la luz para arrancar á los cuadros el efecto debido. Unos la necesitan muy viva, velada otros, según lo exija el tema ó la ejecución de cada cual. El grupo que formaban Glow y Margarita, recibía la luz de lleno, como para hacer resaltar bien lo enérgico de las expresiones. Los reflectores, colocados bastante bajos, parecían dispuestos exprofeso, con propósito artístico, por una mano sabia, y si á un entendido le hubiera sido dado observar el efecto que resultaba, habría seguramente recibido una provechosa lección de perspectiva. En el fondo sombrío del cuadro, recortando un pedazo de cielo punteado de estrellas y un hacinamiento de torres y miradores, el balcón abierto, y á ambos lados de este balcón, líneas de volúmenes largas y paralelas, que se disfuminan en la sombra. Y destacándose vivamente sobre este fondo obscuro, bajo una lluvia de luz que parece absorbida por el grupo, Glow y Margarita. Él, con su frac negro, que contrasta admirablemente con el *matinée* blanco

de ella, tiene un brazo enlazado á su cintura, que se dobla desfalleciente y confiada. Ella, con el pelo suelto cubriéndole parte de las mejillas y cayéndole en largas ondas tenebrosas sobre la espalda, se abandona al brazo que la sostiene, y mientras se oprime el pecho con una mano, como para impedir que el dolor lo haga estallar, con la otra se cuelga al cuello de Glow, en cuya fisonomía la desesperación ha puesto su sello horrible.

. . . .

Fué una reacción tan súbita, que Glow se asustó. Desasiéndose de él bruscamente, Margarita separó el pelo de su cara, y luego mirándolo en los ojos, de muy cerca, como para convencerlo bien de lo que iba á decirle:

—¿Te has arruinado en el juego de Bolsa, no es cierto?

—Sí, en el juego de títulos.

—¿Has pagado ya á tus acreedores?

—No, faltan dos días para la liquidación.

—Haz una cosa entonces.

—¿Qué?

—¡No pagues un peso á nadie, tonto! Pon á mi nombre cuanto tengas.

—¿Estás loca?

Margarita lo parecía en efecto. Había dicho riéndose estas últimas palabras, pero al

mismo tiempo con tanta energía, que no podía dudarse de que hablaba en serio.

«¿Te pareco extraño lo que te propongo? Óyeme y verás si tengo razón... Vamos á ver ¿quiénes son los que te han ganado? ¡Cuatro pillos que no te habrían pagado un céntimo si la suerte les hubiera sido adversa! ¿Tus pérdidas son muy grandes y por proceder como hombre de honor te quedas en la calle? Pues esos mismos pillos á quienes deberás tu ruina, serán los primeros en despreciarte cuando sepan que te has fundido... Así es el mundo, Luis... Si por el contrario te resistes á satisfacer tus deudas; si te niegas francamente á pagarlas; si dices, aunque nadie lo crea, esto poco importa, que los bienes que hasta ahora aparecían como tuyos pertenecen á tu mujer, que no quiere cedértelos ¿sabes lo que sucederá? Al principio, muchas murmuraciones... Que eres un tramposo, un indigno, un miserable; ¡la mar!... Ya sabes lo que son las habladurías en nuestro villorrio... Pero cuando te vean seguir viviendo en tu buena casa, paseándote en tu gran coche, frecuentando tu palco, ya observarás cómo se va apaciguando la tormenta, y con el tiempo, esa gran esponja que todo lo borra, serás objeto de iguales ó mayores consideraciones que antes... Me he convencido de que el mundo só-

lo rinde homenaje al dinero, venga de donde viniere... La pobreza más honrada le inspira desprecio, ó cuando mucho, lástima, aunque hipócritamente finja respetarla.»

Glow hizo un ademán de protesta.

—¿Y quién me mete á mí á jugar con pillos, en caso de que lo sean, y no lo son?—dijo con admirable lógica... Si yo no les pagase, faltaría á mi palabra empeñada. En el hecho de empeñarla he supuesto la caballerosidad de esos señores á quienes con tanta dureza calificas... Y mi palabra vale más que mi fortuna...

—¿Y más que tu mujer y que tus hijos? ¡Entre poner tu fortuna en manos de tus acreedores de juego, y tu familia, te quedas con los acreedores! ¡Bravo, Luis!

—Ese ya es otro cantar—dijo el doctor, visiblemente disgustado.—Eso es cuestión de que mi mujer y mis hijos aprecien más el lujo que mi buen nombre, que es el suyo, y prefieran, al honor de su esposo y de su padre, las comodidades de la vida material.

—¡Honor, honor!—dijo Margarita con sarcasmo.—Si es hombre de honor el que obtiene la consideración de la sociedad ¡á cuántos canallas con honor conozco yo! Fíjate en... (pronunció un nombre) y en... (dijo otro...), ¿No están colmados de favores y dignidades?

¿No gozan del aprecio general? Tú mismo me lo has dicho la vez pasada. Se habla de ellos, sí, como se habla de don Anatolio Roselano; pero el hecho es que donde se presentan son perfectamente recibidos, y no les faltan panegiristas que los defiendan. ¿Y cuál es la causa de que siendo lo que son, se les considere y agasaje? ¿Por qué á tan malos sujetos se les busca, y se les prodiga aplausos, y se les adula? ¡Porque son ricos! Fíjate, en cambio, en cualquiera de esos pobres hombres honrados cuya estricta honorabilidad nunca les ha permitido salir de su posición humilde... (citó varios nombres). ¿Quién se acuerda de ellos?

—Margarita—dijo Glow muy serio—no quiero suponer en tí un móvil interesado al darme semejantes consejos. Creo, por el contrario, que los dicta la sana intención de verme libre de los trastornos y molestias que trae consigo la pobreza. Creo más: creo que no hay una rebuscada sutileza en los argumentos qué has empleado para tratar de convencerme, sino que son la expresión más sincera de tu pensamiento. Pues bien, á pesar de reconocer todo esto, también reconozco que padeces un error que haré lo posible por poner en evidencia... Tu error proviene—añadió el doctor después de una pausa durante la cual pareció haber hecho grandes esfuerzos

por poner orden en sus ideas—no tan sólo del falso concepto que tienes formado de la sociedad, sinó de la mala interpretación que das á la palabra *honor*, palabra elástica ciertamente y poco comprensible para las personas de tu sexo, que la aplican en sentido muy distinto del que nosotros los hombres le damos. El honor nuestro es rara vez comprendido por Vds. Generalmente le atribuyen poca importancia, y eso se comprende. ¡Son tan graves los hechos que tienen que producirse para que una mujer pierda su honor! En cambio, nosotros, los hombres, sacándolo á relucir por cualquier bagatela, lo desvirtuamos á los ojos de Vds., y cuando acontece algo tan serio como lo que á mí me pasa ahora, ya le hemos quitado su innegable valor. (Pausa)... Hay en este mundo, donde lo malo abunda pero no prevalece, dos clases de hombres: los que carecen de moral social, los que solapadamente lo explotan todo —amistad, matrimonio, crédito, etc.—y los que, por el contrario, respetan todo lo respetable...

—Permíteme que te haga una observación. Has dicho que el elemento bueno prevalece, y yo creo que no.

—¡Si lo bueno no prevaleciese la sociedad no subsistiría!

—Es que se guardan las formas y se salvan las exterioridades.

—¡Qué exterioridades ni exterioridades! El efecto está siempre en relación con la causa y si lo malo abundase más que lo bueno, la sociedad se derrumbaría, sería un caos, sería peor, mucho peor de lo que es.

Margarita hizo ese mohín que indica que aunque no se esté convencido, no se encuentra nada que contestar.

—De esas dos clases de hombres que he mencionado, tengo la satisfacción de poder incluirme en la mejor, porque me parece, no sólo la más justa, sinó la más provechosa. Ya ves si soy franco. Los que pertenecemos á esa clase, no buscamos nunca los aplausos de la otra, efímeros siempre, ni tenemos en cuenta su reprobación, también pasajera, y como tal injusta. El honor para nuestra clase consiste en el respeto á la palabra empeñada, en la honradez de los tratos comerciales, en el castigo de las injurias, y en muchas otras cosas que se subdividen al infinito y cuyos matices varían con las circunstancias. Esto es lo que yo llamo sociedad. La otra, la que figura en bailes y paseos, la que chismea y brilla, es un simple aparato decorativo propio de las grandes ciudades, un reflejo infiel, pero no la sociedad misma. A ésta la forman elementos más serios: los hombres de estudio, los reflexivos, los trabajadores, los hombres de verda-

dero provecho en sus múltiples manifestaciones. En el fondo del último rincón de provincia puede encontrarse un importante elemento social. En el salón más resplandeciente de Buenos Aires topas á cada paso con mil nulidades de un valor absolutamente negativo.... ¡Y á esto llamas tú sociedad!

—Sin embargo, ella es la que hace y deshace reputaciones.

—No, no, te equivocas. Lo que sucede es que al principio, con su habitual ligereza, emite su juicio, generalmente erróneo; mas luego viene la verdadera sociedad, el elemento serio de que te he hablado, é impone su opinión con la madurez que lo caracteriza. Que con el dinero se figura, no seré yo quien lo niegue. El dinero es un gran poder social; pero no es ni el mayor ni el único. La inteligencia es un poder, la actividad otro, la honradez, necesariamente restringida por ciertos convencionalismos, otro. Cuando estos tres poderes, ó mejor dicho, cuando estas tres fuerzas se hallan reunidas en un sólo individuo, es raro que no se consiga la fortuna.

Por eso yo pienso rehacerme, y no lo conseguiría nunca por los medios lícitos, únicos de que echaré mano en el porvenir, sin que mi conducta hubiese merecido la aprobación del elemento formal, de lo que yo llamo sociedad,

y cuyo auxilio necesitaré. Y en el caso actual la sociedad me manda que pague á mis acreedores.

—¡Para tí la sociedad deberían formarla tu mujer y tus hijos, nada más que ellos!

—Precisamente; es debido al cariño que les tengo, que debo proceder de modo que no lleven un nombre indigno.

Margarita, moviendo la cabeza, dijo:

—Eso es lirismo. ¡Como para lirismos están los tiempos!

—¡Caramba, que te cuesta abandonar el lujo en que has vivido!—exclamó Glow con esa ironía amarga é innoble á que suelen abandonarse los seres más puros.

Margarita, que se había sentado, se levantó.

—Era lo que faltaba, que me creyeses interesada. Sí, lo soy, pero por tí. Por tí, á quien no quiero ver mañana mendigando un empleillo y dando lástima á la gente. Por tí, que vas á poner tu fortuna en manos de los que te la han ganado en el juego turbio de la Bolsa. Sé que siempre has desdeñado mis consejos, pero no me importa. Mi deber es dártelos cuando me parezca que los necesitas. Ustedes los hombres creen que nosotras no sabemos nada ni somos capaces de prever un desastre ó salvar una situación. ¡Cómo se equivocan! Porque es creencia general que las mujeres somos su-

perficiales, y ocupamos los ocios del hogar en aderezarnos trajes ó en urdir chismes. Hay muchas así, no lo niego; pero también ¿de cuántos hombres no puede decirse lo mismo?

—Muy bien pensado.

—Gracias. Pero así como hay mujeres superficiales, también las hay sensatas, y si tú te has incluído, con razón, en la clase selecta de la sociedad, yo no quiero ser más modesta al designarme un lugar entre las mujeres escojidas, las cuales aprovechan sus horas perdidas en reflexionar sobre todas las cosas con una calma que ustedes no pueden tener sinó muy contadas veces, por estar distraídos en la lucha, en la acción....

Glow, con los brazos cruzados empezó á dar paseos, ora sumergiéndose en la sombra, ora atravesando la zona iluminada.

—...Las mujeres, además, carecemos de ciertas preocupaciones, de ciertos prejuicios, que en ustedes son como vendas parciales que sólo les dejan ver bien una parte de las cosas y mal la otra.

El doctor, que en este momento pasaba bajo los reflectores, se detuvo y miró á Margarita con ojos entre curiosos y burlones.

—¿De dónde diablos has sacado todas esas filosofías?

—¿De dónde ha de ser, sinó de aquí?—dijo

ella graciosamente, tornillándose la sien con un dedo.—Nosotras también solemos pensar un poco—añadió echando una ojeada á los libros de los estantes, ojeada que decía claramente que había hecho sus excursiones por aquellos elevados parajes—solemos pensar, y á veces hasta leer. Lo que nos sucede es que no sacamos á relucir á cada paso nuestros conocimientos, como Vds. los hombres.

—¿Y á qué me vienes con esas patrañas?

—Para que me escuches, para que no menosprecies mis consejos, para que hagas lo que yo te digo que debes hacer.

—Que hayas tenido razón una vez no quiere decir que siempre la tengas.

—Dos veces. ¿Recuerdas lo que te dije del licorista, del fabricante de *chartreuse*? Te salió al pie de la letra. Ya ves como te robó.

—Quién sabe. Todavía...

—¿Dudas? ¿Y por qué no has tenido noticias de él desde que se fué con tus cien mil pesos? Ya hace tres meses.

El doctor dijo que puesto que era necesario, se lo diría todo. Además de su honor, estaba comprometido en la Bolsa el honor de un pobre joven á quien debía salvar á todo trance.

—¿Quién es?

—Ernesto Lillo, mi corredor, un excelente

muchacho que es el sostén de su anciana madre, y que debe casarse dentro de poco.

—Lo conozco de vista. Es el novio de Elenita Zurberán. ¿Y què pitos toca él en tus negocios?

—Es mi corredor.

—¿Y eso?...

—El corredor de Bolsa da siempre la cara por el cliente. Es el responsable de las operaciones, y firma, en señal de garantía, los documentos necesarios, siendo él el principal comprometido si su cliente falla. La cámara sindical lo expulsa de la Bolsa y su nombre anda de boca en boca.

—¿Pero qué culpa tiene?...

—Mucha, porque debe ver, antes de aceptarlo, quién es el cliente, ó, por lo menos, exigirle una garantía en dinero.

—Yo no comprendo, á pesar de eso, qué mancha puede recaer sobre el que es víctima de la mala fe de otro.

—Ha sucedido más de una vez—dijo Glow—que un corredor especulase por cuenta propia (cosa que le está vedado hacer y que todos hacen) y si perdía, dijese que eran sus comitentes, los cuales no podían pagarle y á los que él no quería nombrar! Pero en el caso mío, aunque la razón esté de parte de Lillo, mis acreedores lo hostigarán si yo no les pa-

go, y siendo, como es, un muchacho lleno de méritos, honrado, pundonoroso, que está en vísperas de casarse con una niña encantadora ¡bueno sería que yo no le cumpliese! ¡Què derecho tengo á cortar su carrera, á deshonrarlo casi! ¡No, Margarita, no es posible!

Muy agitado, se acercó al balcón. Reinó un silencio de muerte. Margarita, con voz sorda, le preguntó:

—¿Y has perdido mucho?

—¡Oh! mucho, mucho...

El reloj de la Recoleta dió tres campanadas lentas, graves, tristes como debe ser la voz de los que fueron.

—Las tres—dijo Glow mirando la torre de la iglesia, que se levantaba á la distancia como un espectro.

—Las tres—repitió Margarita sin saber lo que decía.

—Qué tarde es.

—Sí, muy tarde.

Volvió á reinar un silencio lúgubre, pavoroso.

—¿Y qué piensas hacer?

—Trabajar.

—¿En qué?

—En mi estudio.

Glow se separó del balcón.

—En mi estudio—repitió.

—Sí, sí.

Hablaban muy bajo, y sin saber por qué, no se atrevían á mirarse.

—Yo tengo dos casas—dijo ella—¿Las necesitas?

—Tal vez—dijo él con ronca y concentrada voz. Luego inclinó la cabeza sobre el pecho, y se apoyó en el escritorio, como si le faltasen las fuerzas. Con los dientes apretados y la voz silbante, habló, habló mucho tiempo, en una especie de desvarío. Margarita no se atrevía á interrumpirlo.

«¡Ah! Bolsa, Bolsa, ¿por qué te cruzaste en mi camino? ¿Qué mano infame te abrió á mis plantas para que me tragases con tus fauces insaciables? ¿Eres tú la misma que me prodigó millones, palacios, coches, oropeles de todas clases? ¿Para qué me los diste, si después me lo habías de quitar? ¿Es acaso tan malvada tu condición que sólo encumbras para tener el gusto de precipitar de más alto á tus favoritos de un día? Yo era feliz, vivía tranquilo, sin zozobras, en la modesta holgura que me proporcionaba el honrado trabajo de mi estudio de abogado. Era feliz, y no pedía más, cuando de repente surgiste tú ¡oh Bolsa maldita! diciéndome: «Ven, aquí está la riqueza». Creyéndote, fuí á tí, me embriagaste con todos los esplendores del lujo, y ahora te los

vuelves à llevar... Nada tengo que decirte, son tuyos... ¡Pero más valía que no me los hubieras prodigado!»

Se calló un momento. Después siguió:

«Sí, está en la naturaleza, en el equilibrio, en la lógica de las cosas, que la ganancia ha de ser siempre relativa al trabajo, el resultado al esfuerzo. ¿Era posible que yo conservase esta fortuna debida al capricho de la especulación, del juego, del azar? ¿Tengo derecho á quejarme si hoy la pierdo? ¿La ruina de cuántos no representarán mis ganancias de otros tiempos? ¿No es ésta una lección severa que recibo y debo aprovechar? ¿No he procedido mal empleando en perjuicio de la comunidad unas fuerzas que hubiera podido usar en su servicio? ¿No la he vulnerado contribuyendo á fomentar la especulación, cáncer gravísimo de cuyos fatales efectos recién puedo darme cuenta ahora? Este derrumbe general, que á tantos ha hecho víctimas á la par que á mí, ¿no querrá decir que nuestra abundancia era ficticia, y que los que hemos contribuído á crearla somos culpables del crimen de lesa-patria? Sí, el bolsista, el especulador, es un infame traidor á la patria, porque en vez de beneficiarla la perjudica, porque tarde ó temprano ocasiona su ruina!»

Margarita clavaba con febril ansiedad su

mirada en la cara de su esposo, bañada por la luz de los reflectores. Volviendo en sí de su estupor, se sintió engrandecida de repente. Fué como un despertamiento de su inteligencia que le hizo comprender la magnitud del papel que estaba llamada á representar en aquel drama terrible. Todo cuanto hay de noble en el corazón de la mujer, todo cuanto hay de generoso, de magnánimo, de sublime, palpitó en ella. Corriendo hacia el doctor, lo apretó en un abrazo convulsivo.

«No hay por qué afligirse tanto, Luis... ¡Te calientas la cabeza como si te hubiera sucedido una gran desgracia! Un hombre que tiene tu salud, tu inteligencia; un hombre que posee una mujer como yo (perdona la inmodestia), afectarse así por haber perdido lo que hasta hace poco no tenía, ni le era necesario tener! ¡Eso no es ser un hombre. Á mí me parece que en lugar de condolerte debías agradecerle esta lección al destino... Volverás á tu estudio, al periodismo, harás política y ¡quién sabe! quién sabe si por ahí no llegarás adonde pocos llegan; ¡quién sabe si algún día no agradecerás el fracaso de que ahora te quejas!»...

Sufrir, sentir, palpitar junto á nosótros el tibio seno de una mujer querida; oir resonar en nuestro oído, en los momentos de congoja,

una voz que se mece en las suaves inflexiones del cariño ¡qué cosa tan celeste debe de ser! ¡qué aproximación de corazones, que gozo íntimo, qué profundo agradecimiento al dolor que ha provocado el sublime bálsamo!

Glow sentía los efectos de esta incomparable influencia de la mujer, tan calumniada y tan oprimida. Margarita, con su blanco batón de encajes, que le daba un no se qué de ideal y vaporoso, se había embellecido extraordinariamente. Sus ojos, de ordinario inquietos y fulgurantes, se habían dulcificado, despedían un resplandor suavísimo. Sus mejillas se habían coloreado ligeramente y en su frente de marfil brillaba la serenidad de los seres superiores.

—¡Si yo te hubiese escuchado á tiempo!—le dijo Glow, pasándole la mano por la magnífica cabellera.—Pero perdóname... confieso que no te conocía, cosa que sucede más á menudo de lo que se cree, porque muchas veces es á las personas que están más cerca de nosotros á las que menos comprendemos... Yo desdeñaba tus consejos por esta inclinación que tenemos á no creerlas á Vds. capaces de pensar formalmente en cosa alguna... ¡Qué estúpida infatuación!

—No te preocupes de eso...—y ladeando la cabeza, con una coquetería adorable:—¿No

es cierto que, conmigo á tu lado, eres feliz?

—Sí, sí—dijo Glow olvidando Bolsa, pérdidas, todo, y escondiendo la cara en el seno estremecido de Margarita.

—¡Pícaro!

—¡Mala!

El reloj de la Recoleta dió una campanada; pero esta vez su sonido no fué triste sino alegre. Más que voz de ultratumba, parecía argentina vibración que bajaba de los cielos como una promesa consoladora...

III

EN BUSCA DE DINERO

Sentado detrás de una mesa, en el rincón más obscuro del café subterráneo de la Bolsa, con una copa de vino por delante, copa que no ha tocado ni parece dispuesto á tocar; dirigiendo á cada instante miradas inquietas hacia la boca luminosa de aquel antro frecuentado por los jugadores de dominó; pálido, ojeroso, conservando aun las huellas del insomnio atormentador; empeñado en leer un diario que toma y deja convencido de que serán inútiles cuantos esfuerzos haga por concentrar su atención, Ernesto Lillo, el corredor de Glow, espera indudablemente á alguien. En el fondo del café, un hombre rubio, de anchos hom-

bros, con la servilleta prendida en el primer ojal, almuerza precipitadamente, y en una mesa más próxima, dos jóvenes muy bien puestos juegan en silencio al dominó, oyéndose á intervalos el estridente ruido de las fichas al ser revueltas sobre la superficie de mármol. Un mozo, de saco de lustrina y delantal blanco, corta, con una larga cuchilla, rebanadas de pan en el mostrador, y va poniéndolas en fila junto á una fuente en que reposa la cabeza de un lechón, coronada de laureles, como Heine pinta á sus compatriotas ilustres.

—Doctor...

—¿Me he tardado mucho?

—No. ¿Trae aquello?

—Aquí está.

Glow que acababa de aparecer en la boca luminosa, muestra un abultado paquete que sostiene bajo el brazo.

—¿Vamos?

—Vamos.

Ernesto paga su copa intacta y sube á saltos á reunirse con el doctor. Juntos cruzan la confitería, cuyas numerosas mesas están llenas de bebedores, y desembocan en la galería, encaminándose hacia el interior de la Bolsa. A cada paso tropiezan con hombres agitados, febriles, de caras patibularias, con el

pánico impreso en sus rostros atónitos. Llegan al salón central y lo atraviesan con mucho trabajo, porque la aglomeración de gente es tan grande que apenas les permite dar un paso. ¡Qué aspecto el de aquel salón! En los corrillos reina una animación desusada. Se oyen salir gritos de protesta, lamentaciones rabiosas, exclamaciones de furor impotente. La atmósfera está impregnada de un inmenso pánico ruidoso. Glow y el corredor salen por la puerta de la calle de Piedad y echan à andar en dirección á Florida. Su conversación es muy animada.

—¿Pero qué me dice usted de la desaparición de Granulillo?—pregunta Glow, dando paso á una señora.

El corredor, agitadísimo, contesta:

—Despuès fíese Vd. de los personajes. Mire ¡qué bonito! un director de Banco venir á clavar así á un pobre muchacho como yo... Me parece que no me va á quedar otro remedio que pegarme un tiro.... ¿De dónde voy á sacar los dos millones que debe Granulillo y de los que soy responsable? ¡Y si fuera eso sólo! ¿No sabe de quién sospecho que también me clave?

—¿De quién?

—De Fouchez.

—¡Imposible!

—Lo mismo me dijo Vd. de Granulillo, y ya ve si yo tenía razón.

—¡Quién sabe si aparece todavía! — dice Glow haciéndose á un lado para evitar que lo atropelle un gigante de pelo rojo, tipo inglés, que pasa corriendo por la vereda con el sombrero en la mano.—Aun no ha llegado el día de liquidación... Quizás aparezca en el último momento.

—¿Y por qué ocultarse ahora?

—Porque no sería extraño que anduviese buscando recursos para pagar...

—¡Si tiene, si yo sé que tiene!—exclama con indignación Ernesto.

Glow dice:

—Además, están en su poder unos títulos míos, aquellos de la Territorial que Vd. compró para mí al contado. Pues sobre ellos Granulillo me prestó cien mil pesos, prometiéndome bajo palabra que siempre estarían á mi disposición para cuando quisiera venderlos, porque valen lo menos trescientos mil, á pesar de la baja. No creo que siendo amigo mío me estafe en las circunstancias en que sabe que me encuentro.

El tráfico de vehículos—aquel tráfico que llenaba de animación y movimiento las calles centrales en la época que venimos historiando y daba tan alta idea de nuestra importancia

comercial—ha obligado á los dos amigos á detenerse en la esquina de Reconquista, esperando el momento oportuno de cruzar á la otra acera sin correr el peligro de ser aplastados. Sus voces se pierden ahogadas por los mil ruidos de la calle, cuya combinación forma una algarabía ensordecedora. Glow y Ernesto siguen hablando á gritos y accionando con una vehemencia que llama la atención de los transeuntes, de tal modo que á no haber seguido pronto su camino, se hubiera formado un corrillo á su alrededor.

—V., doctor, creo que hace cuanto puede por pagar. Si no le alcanza será porque las diferencias son tan enormes que nadie ha podido preveer este desastre, y una bancarrota así es disculpable. Yo sé que V. es capaz de quedarse en la calle antes de hundirme á mí en su caída, y se lo agradezco en lo más íntimo. Pero los otros comitentes. . .Fouchez, Granulillo. . .¡Quién había de decir!

—¿Y Juan Gray?

—Ha tenido que vender las casas de la madre y del hermano, á quienes ha dejado en la calle. . .

—¡Y ellos paseando por Europa, sin saber nada! ¡En qué situación se van á ver!

—En fin, todavía le quedan á Gray sus parejeros, y me ha dicho confidencialmen

te que piensa hacer con ellos una tentativa...

Hablando, hablando, llegan á la puerta de una casa en cuyo frontispicio hay un gran tablero sobre cuyo fondo negro resalta este letrero en caracteres dorados:

Banco de Cauciones

—Aquí es.

Se meten por un largo y obscuro zaguán y llegan á una puerta en que está parado un hombre calvo, de aspecto agradable, que los invita á entrar, haciéndoles grandes cortesías.

—¿En qué podría servirlos, señores?

—Veníamos á caucionar unos títulos de propiedad—dice Glow, sentándose en un mal sillón de paja y desenvolviendo el paquete que lleva bajo el brazo.

El hombre calvo ajusta en su nariz unos lentes montados en oro, y tomando los títulos que el doctor le alarga, los examina escrupulosamente, mientras Glow le va dando informes sobre cada casa.

—¿Son ocho?

—Sí, ocho. Esta de la calle Alvear vale mucho. Yo mismo la hice construir y me costó un millón y medio de pesos; es un palacio en toda la extensión de la palabra. Como V. ve, el terreno, no más vale un millón. Sesenta

varas por noventa... ¡Y si viera el edificio!

—¿Y estas?

—Esas pertenecen á mi mujer. V. debe de conocerlas. Son dos casas, alta y baja, en una sola propiedad. Están situadas en la misma esquina de Florida y T... Son flamantes...

Después de pasar revista á los demás títulos, el hombre calvo dice que las casas valen mucho, pero que el dinero escasea y que el valor de la tierra ha descendido un poco. Acaba por preguntar á Glow qué cantidad de dinero necesita.

—Me parece que tres millones...

El de los lentes, fríamente, estira al doctor los títulos.

—No tenemos esa cantidad en casa. También á nosotros nos ha alcanzado el krack de este fin de mes.

Glow dice:—¿Y cuánto podría darme?

El otro vuelve á coger los títulos, los hojea distraídamente, y luego, con aire indeciso, titubeando:

—Yo creo que...pero tendría que consultarlo con mi socio...la cantidad es fuerte... ¿Podría V. esperar hasta mañana?

—Es que la cosa urge—exclama Glow, sin advertir las señas que Ernesto le hace.

El hombre calvo se pasa la mano por la ca-

ra, con el propósito de disimular una sonrisa de satisfacción. ¡Un apurado!

—¿Y V. desearía hoy mismo el dinero?

—No, dice Ernesto, creyendo necesaria su intervención.—Mañana á primera hora es lo mismo.

—Entonces les daré un *recibito*, porque no estaría de más que me dejaran los títulos para que mi socio los revisase.

—Perfectamente—dice Glow.

El hombre de los lentes escribe el recibo sobre un mostrador que divide en dos la pieza, y lo entrega á Glow, después de guardar los títulos en una caja de hierro.

—¿Y no sabría decirme V. poco más ó menos cuánto me podrá dar?

El banquero reflexiona un momento.

—De millón y medio á dos millones, y eso por excepción.

Y acompaña hasta la puerta á los dos caballeros, haciéndoles unos saludos dignos del más flexible cortesano chino.

A la mitad del zaguán, Glow y Ernesto se detienen.

—De manera que, contando con los dos millones que nos darán en caución ¿ya tenemos reunidos tres millones y medio de pesos? Cuánto falta todavía para completar la deuda?

—Un millón y medio, doctor.

Hubo una pausa solemne.

—Voy á hacer diligencias para conseguirlos. Aunque ya no me queda nada que vender. ni caucionar, pienso que me descontarán alguna letra, pues mi firma es acreditada. Si no, paciencia... De algún modo saldremos del paso.

—Así, pues ¿cuándo nos volveremos á ver?

—Mañana en el estudio.

—Hasta mañana.

Ernesto va á alejarse, cuando de repente se vuelve.

—¡Doctor!

Y con los ojos llenos de lágrimas:

—Haga cuanto le sea posible por salvarme. ¡Se lo pido por su madre!

—Por ella le juro que si de mí depende...

Y Glow ve, desde el cordón de la vereda, alejarse á aquel excelente joven, tan celoso de su honor, que le inspira una vaga sospecha de que sea capaz de llegar á cometer algún extremo lamentable.

—No, no, se salvará—dice el doctor, tratando de alejar la funesta idea. Y sube á su estudio, en el que sólo encuentra al dependientillo con cara de fantoche.

—¿Ha venido alguien á buscarme?

—Estuvo el señor Zolé. Dijo que volvería antes de una hora.

Glow cuelga el sombrero en la percha y pasa á la otra pieza. ¡Qué sola le parece! ¡Qué sola y qué triste! ¿Adónde están aquellas animadas reuniones de otros tiempos, cuando no se hablaba sino de ganancias inmensas y de vastos proyectos halagadores? ¿Adónde está Granulillo, con sus ingeniosas argumentaciones y sus finas ocurrencias? ¿Adónde el francés emprendedor, el simpático Fouchez, cuya inventiva prodigiosa hacía la admiración del pequeño círculo? ¿Qué se han hecho Juan Gray y León Riffi, aquellos dos inseparables que amenizaban las reuniones con los relatos de sus calaveradas peligrosas y de sus amores ligeros? ¿Y Zolé, el bueno de Zolé, con su cabeza matemática y su sistema de eliminación? ¡Ah! un mismo soplo los ha dispersado á todos como el polvo! ¡Pero de cuán diversa manera! Glow, con la frente sudorosa y desabotonada la levita, porque el calor es sofocante, piensa con amargura infinita en la traición de su amigo, de su camarada Granulillo, que ha huído robándole un documento que representa una suma considerable. Y atando cabos, pero tarde ya, como sucede siempre, recuerda el misterio que rodeaba la vida íntima del elegante director. Y profundizando más en sus reflexiones, piensa, sin saber por qué, en la estafa de cien mil pesos que le hizo el fabricante de Char-

treuse... A este punto llega Glow de sus reflexiones, cuando siente pasos en la pieza vecina. Alguien ha entrado. Es Zolé.

Corre hacia Glow con la cara descompuesta y perdida la regularidad de movimientos que ha sido siempre una de las manifestaciones de su temperamento linfático. La cuadratura de su cabeza ha desaparecido, porque los ángulos se borran bajo la maraña del pelo desordenado.

—¡Qué me dices de este fracaso! ¡y yo que creía haber descubierto el modo de no perder en el juego de Bolsa!

—En la Bolsa no hay otra seguridad que la de fundirse tarde ó temprano cuando se es hombre de honor.

—Ya lo veo.

—¿Has podido pagar todo?

—Falta aún un pico pequeño...No sé de dónde lo voy á sacar, porque mis recursos están agotados y no encuentro quien me facilite dinero.

—Yo estoy lo mismo que tú. No puedo ayudarte...

Se miraron con tristeza.

—¿Qué hay de nuevo sobre la desaparición de Granulillo?—preguntó Glow tomando una tarjeta de sobre el escritorio y partiéndola en dos por el medio.

—En la Bolsa no se habla de otra cosa. Dicen que anteanoche se le vió jugando al baccarat en el club del Prisma. Después, sus huellas se pierden. Infinidad de acreedores, entre los cuales figura Ernesto Lillo en primera línea, lo buscan afanosamente por todas partes. Hasta el ministro Armel ha tomado cartas en el asunto. Un empleado de la policía secreta me ha contado reservadamente cierta historia curiosa, novelesca. Parece que el ministro tenía algunos negocios con un tal Peñas que ha huído robándole una suma considerable. Se dice que este Peñas resulta ahora ser individuo de horrorosos antecedentes. También ha desaparecido una mujer de gran belleza, aquella Norma de la cual nos hablaron en cierta ocasión de un modo desfavorable para Granulillo, y que era últimamente la querida oficial del ministro Armel. Lo extraño del caso consiste en que la desaparición de ambos coincida con la de Granulillo, y Armel asegura que los tres estaban unidos por relaciones misteriosas cuyo carácter no ha podido precisar nunca, aunque los sospecha...

—Si han huído juntos, fácil será dar con ellos.

—No creas. Según me dijo el agente secreto, la acción de la policía empieza á ser paralizada por influencias poderosas, que dejarán sin efecto sus pesquisas...

El doctor se exaltó. ¿Era posible que todo un director de Banco, un hombre que gozaba de la consideración general, prefiriese huir como un ladrón, robando cuanto encontrase á mano, antes que salvar el decoro de su nombre y el honor de un pobre corredor, de Ernesto Lillo, cuya confianza en Granulillo no había tenido nunca limitación alguna? Aún le parecía verlo allí, delante de él, con su ramo de flores en el ojal, elegante, discreto, perfumado, con su sonrisa de hombre de mundo y su agudo ingenio que le permitía revestir con las formas de la legalidad el más ilícito negocio.

—Y de Fouchez ¿qué se sabe?

—Idéntico misterio envuelve su desaparición. El corredor Lillo lo ha buscado hasta en el caño de la chimenea del hotel...

—¿En el caño de la chimenea?—preguntó Glow sonriendo á pesar suyo y arrojando á un canastillo de paja la tarjeta hecha pedazos.

—Como lo oyes. Ese pobre muchacho anda medio loco. Da lástima verlo. Hoy ha estado llorando en la Bolsa, delante de todo el mundo. Compadecidos de él, algunos capitalistas generosos le han ofrecido dinero para arreglar sus compromisos, pero parece que ninguna cantidad es suficiente.

—¡Pobre Lillo! Yo tengo la conciencia

tranquila, porque creo haber hecho cuanto estaba en mi mano por salvarlo.

—Así dice él, y á cada momento te saca de ejemplo. En fin, Dios quiera que no haga alguna barbaridad.

¡A nosotros toca impedirlo!—dijo Glow con vehemencia. Y como si tuviera una inspiración repentina: «Ven, sígueme.»

IV

DIFICULTADES Y PERCANCES

En la misma cuadra del Banco de la Provincia tenía establecido su escritorio de remates y comisiones uno de esos jóvenes que, tentados por la multitud de transacciones á que dió lugar la especulación, abandonaron las aulas y todo trabajo serio para dedicarse á un género de negocios que les proporcionaba grandes ganancias sin esfuerzo alguno. Comisionistas, rematadores, corredores, enriquecíanse en poco tiempo con el sobrante de las transacciones en que intervenían, y sus escritorios poblaban las calles más centrales de Buenos Aires. Él que ahora nos ocupa estaba atendido por un ex-estudiante de medicina llamado Manuel Ordóñez, muchacho despierto á quien Glow conocía de la Bolsa, donde alborotaba los corrillos con sus picantes bromas y su cháchara bulliciosa.

Cuando los dos amigos se presentaron en el escritorio (un cuarto á la calle, sin otros muebles que una mesa de escribir y media docena de sillas, ni otros adornos que unos cuantos planos pegados á las paredes y un biombo de papel celeste colocado frente á la puerta de entrada, que impedía ver desde fuera lo que pasaba en el interior), ofrecióse un extraño cuadro á su vista. Un fornido mocetón, de grandes bigotes retorcidos y ojos vivarachos en forma de almendra, vestido con un traje de jaquet azul y chaleco blanco, y armado de un grueso garrote, estaba parado frente á una silla con tres patas, sobre la cual se mantenía en equilibrio un loco popular muy conocido por el apodo de Tartabul. Tenía cubierta la cabeza con un gran bonete de papel de diario, de forma piramidal, y recitaba, con forzado entusiasmo, un discurso de Avellaneda. Lo gracioso era que cada vez que se equivocaba, el mocetón de los bigotazos levantaba su garrote, y eran de ver los grotescos movimientos con que el desdichado Tartabul trataba de mantenerse firme cuando veía cerca de sí la temible férula. No apartaba de ella los ojos ni en los párrafos más elocuentes de su arenga, y seguía con el cuerpo los menores amagos de aquella espada de Damocles suspendida sobre su trastornada cabeza. Detrás de

Tartabul, un jovencito, sin pelo de barba, con el sombrero de paja blanca sobre los ojos, espiaba, fósforo en mano, la ocasión de prender fuego al bonete del orador á palos.

—Parece que la gente anda de buen humor —dijo Glow jovialmente.

El mocetón del garrote, que era Manuel Ordóñez en persona, y el jovencito lampiño, turbáronse levemente al verse sorprendidos en tan original tarea, coyuntura que Tartabul aprovechó para descender de su tribuna y echar á correr como alma que lleva el diablo.

—Es un loco—dijo Ordóñez—que nos costea la fiesta cuando estamos aburridos.

El del sombrero de paja se escurrió detrás del biombo, en dirección á la puerta.

—Pues si están aburridos—dijo Glow, que quería despacharse pronto—yo vengo á darles que hacer.

Ordóñez balbuceó una frase de cortesía obligada.

—Necesitamos dinero y venimos á verlo porque sabemos que V. se encarga de facilitarlo.

Ordóñez, jugando con el garrote como hubiera podido hacerlo con una varita, preguntó cual era la garantía que daban.

—Nuestras firmas.

—Muy buena garantía en tiempos ordina-

rios, pero no en los actuales. Hoy nadie quiere prestar dinero si no es sobre casas ó títulos muy seguros. Tengo en mi poder un pagaré firmado por dos de las primeras firmas del país, y no encuentro quien me lo descuente. Sé que será inútil cuanta tentativa hagan Vds., pues reina una gran desconfianza, y como es sabido que todos, más ó menos, han tenido fuertes pérdidas este mes, nadie se fía de nadie, y los usureros andan con cada ojo como patacón...

Glow y Zolé, después de hablar un rato sobre la situación, se retiraron. Al pasar por el Banco de la Provincia, el doctor se detuvo.

—Espéreme, ya vuelvo.

Acercóse á uno de los porteros y le preguntó si se había reunido el directorio.

—No, señor.

—¿Y ayer?

—Ayer, sí.

Días antes Glow había presentado una solicitud, á pesar de las seguridades que le diera el presidente del Banco, grande amigo suyo, de que sería inútil la tentativa, porque el Banco estaba exhausto, cosa que le comunicó exigiéndole la más absoluta reserva. Con todo, Glow quería averiguar la suerte que su solicitud había corrido, pero no había caminado

diez pasos cuando el presidente le salió al encuentro.

—¿No le dije, doctor Glow? ¿Quién mejor que yo podía saberlo? Le han puesto un «en otra oportunidad» más grande que esta casa.

El presidente era un buen señor que siempre estaba de broma. Glow se despidió de él secamente, con una fórmula glacial, dejándolo perplejo, sin saber qué hacer ni á que atribuir semejante conducta.

—¿Qué te pasa? le preguntó Zolé, volviendo á reunírsele.

—Que no han hecho lugar á mi solicitud. Acompáñame á tomar algo en las Aguas Minerales. Que vuelva «en otra oportunidad»; ya conoces lo que quiere decir eso...

Sabido es que las Aguas Minerales, el café de la calle San Martín, es el centro de reunión de los viejos verdes que entretienen sus últimos años buscando en el juego las emociones que ya ninguna otra pasión les permite experimentar. También van alllí á desplumarse algunos jóvenes viciosos, los cuales pierden sus días empujando las bolas de los grandes billares ingleses colocados en el salón interior, cuyo aspecto tiene un sello de vetustez y desabrimiento en armonía con la edad y tal vez con el carácter de los parroquianos más asiduos. Recibe la luz por dos puertas-vidrieras

laterales, esa luz de café, triste, de tonos apagados, que en los días nubosos tiene que ser allí reemplazada por los picos de gas cuyo rojizo resplandor no alcanza á iluminar las cenefas de reps verde, matizadas, como las flores marchitas, de ráfagas amarillentas, ni á dar animación á las paredes forradas en papel color de hoja seca.

A Glow le ardía la garganta, y un refresco con soda lo entonó un poco. Zolé, que no era modelo de sobriedad, se bebió una botella de cerveza negra.

—¿A qué otra fuente recurriremos ahora? —dijo Glow mirando estúpidamente rodar las bolas rojas sobre el paño de un billar en que varios viejos hacían sus *billas*.

—Yo no sé.

—¡Qué idea!

Se levantó y salió arrastrando á Zolé detrás de sí. En la plaza de Mayo tomó una victoria, y dando al cochero una dirección, le dijo que apurase los caballos.

—¿Y tu coche?—preguntó Zolé

—Lo he dejado á la puerta de la Bolsa.

—¿Adónde vamos?

Glow dijo que en busca de un antiguo protegido suyo, á quien había habilitado en mejores tiempos y que gracias á esto gozaba de holgada posición. «Tiene una casa mayorista

y siempre se ha mostrado muy agradecido á mis servicios. Pero ya hemos llegado.»

Bajaron y penetraron á un gran almacén, lleno de estantes y cajones y cruzado en toda su extensión por una doble vía férrea que servía para las zorras en las cuales se arrastraban las mercaderías hasta la puerta de calle, donde los carros las recogían.

—¿Está el patrón?—preguntó Glow á un changador de formas atléticas y gorra colorada.

—En el fondo, á la derecha.

El doctor se volvió á Zolé y le dijo que le esperase un momento.—Un segundo...

———

Encontró á su antiguo protegido presenciando la compostura de una balanza de torsión. Era un arrogante tipo, de estatura excepcional y cara bonachona, mofletuda, sonrosada, de barba negra escasa y ojos apagados. Un saquito de seda cruda amarilla á raíz de las carnes, y un pantalón de brin, decían bien claro que aquel hombre era un veterano del trabajo. Un mecánico, en mangas de camisa, arrodillado junto á la balanza, trabajaba con su martillo bajo la dirección del hombre del saquito.

—Doctor, mi querido doctor, ¿qué vientos favorables lo traen por acá?

—Quería hablar con V. sobre un asunto...

—Siempre que se trate de serle útil...Ya sabe que yo...Pero ¿por qué no se sienta?

—No gracias, no estoy cansado.

Y Glow miraba la honrada fisonomía de aquel hombre, animada de una expresión cariñosa que lo provocaba á hablar con franqueza, á decirlo todo, á confiarse por entero á él. No, la ingratitud no podía tener una máscara tan hermosa. El doctor dió un gran respiro. Se creía salvado.

Habló, con el corazón en la mano, como se hablaría á un padre ó á un hermano. No iba á invocar servicios que si alguna vez prestó, fué solo por el gusto de hacerlos, de proteger á quien merecía ser ayudado. Iba simplemente á pedir, en calidad de amigo, ó contrayendo las obligaciones de deudor, que se le salvase de un trance amargo, facilitándole una cantidad que necesitaba para pagar sus deudas de Bolsa. «Estoy en la calle, he perdido toda mi fortuna y me falta un pico, siquiera para salvar mi buen nombre del naufragio». El doctor siguió pintando su situación con colores verdaderos, y á medida que avanzaba en la relación de sus desgracias, ¡era de ver el cambio que se operaba en la fisonomía de su in-

terlocutor! Su mirada fué enfriándose por grados, la sonrisa desapareció de sus labios para dar lugar á una parodia de sonrisa, y cuando Glow puso fin á su confidencia con una pregunta categórica, el otro exclamó, con el aire postizo de una mojigata falsamente enternecida: «¡En qué mal momento viene, doctor! No puede imaginarse los trastornos que he tenido con la suba del oro! ¡Qué fatalidad! ¡Si yo hubiese podido adivinar!...Le aseguro que no es por mala voluntad...¡Cómo siento lo que le pasa!...»

—¿De manera que no quiere V. salvarme? —preguntó Glow, que conocía el estado próspero de los negocios de su protegido, y sintiendo asco, asco profundo por él, pues nada hay que lo inspire tan grande como la ingratitud descarada.

—Créame, es...

El doctor echó una mirada al gran almacén, lleno de mercaderías, y estirando el brazo:

—Usted, á quien pertenece todo eso, ¿no tiene siquiera cien ó doscientos mil pesos?...

—Le aseguro...

—¿Y cuánto es lo que podría facilitarme?— dijo humillándose, como tienen ¡ay! que humillarse los que necesitan.

—¿Yo?...Me da vergüenza decirlo...¡Es tan poco!

—Diga, diga V.

—Diez mil...

Sin decir una sola palabra, Glow le volvió la espalda. ¡Si hubiera visto la sonrisa de mofa con que el otro lo vió salir! Muy alterado, con el pecho lleno de coraje y pesimismo, dijo á Zolé:

—Salgamos pronto de aquí. ¡Me asfixio! Ese canalla de catalán me acaba de negar su ayuda, él, que me debe lo que es.

El ingeniero agarró á Glow por la solapa.

—Se me ha ocurrido una cosa.

Glow contempló con asombro al ingeniero.

—¡A tí!

—Es una tabla peligrosa, pero no hay otra.

—¿Se puede saber?

—¿Conoces á Jacob Leony?

—De nombre.

—Pues ese judío...

—Sí, vamos á verlo.

En el camino, Zolé observó que su amigo parecía trabajado por una idea fija. Meditabundo y silencioso, tirado en el fondo del coche, se dejaba conducir como un autómata, y sospechando el ingeniero que la causa de aquella tristeza fuese el tremendo desengaño que acababa de recibir, le hizo una larga tirada filosófica sobre la maldad humana, tirada que solo contribuyó á aumentar la negra melanco-

lía del doctor. «No es eso lo que principalmente me preocupa»—dijo por último, saliendo de su mutismo.—«Vengo dando vueltas á una idea que nos salvaría, pero que me repugna poner en práctica.»

Zolé manifestó deseos de conocerla. «Te causaría náuseas. Es indecorosa para el que la realiza. Las ventajas que pueden sacarse de ella no dejan de ser tentadoras, sin embargo, porque deshonrándonos privadamente, á nuestros propios ojos, salvaría no obstante nuestra reputación y quizás nuestra fortuna».

—Pero veamos, habla...

—Juan Gray tiene un caballo que el domingo correrá en el hipódromo.

—Sí, el Centauro.

—Tú sabes los enjuagues que se hacen en las carreras...Poniéndonos de acuerdo con Gray, yo creo que no nos sería difícil ganar una buena suma...

—¿Y cómo?

—Recurriendo á cualquiera de esas trampas que...

—¡Eso si que no! ¡Yo no entro por ciertas cosas!

—Calcula que mejor es ser pillo de verdad en privado, que aparecer como tal públicamente. Y sobre todo, acuérdate de que debemos hacer cuanto sea humanamente posible por salvar el honor de Ernesto Lillo.

—Siempre que sea sin menoscabo del nuestro.

—¡Uf! la Bolsa!—dijo el doctor desistiendo de convencer á su amigo.—¡A qué abismos conduce! Si supieran, si supieran los que á ella entran, ¡qué momentos se les preparan!

Zolé dijo que la Bolsa era una institución necesaria, pero falseada por la ambición y el desenfreno. «Es benéfica para el comercio, que tiene con ella una brújula segura». Glow, por no discutir, convino con su amigo y comparó á la Bolsa con las instituciones políticas. «Ellas, como la Bolsa, aunque corrompidas, son necesarias y son corrompidas porque son humanas.»

Zolé se perdió en un mar de divagaciones sobre el fiasco de sus matemáticas aplicadas á los títulos, y su amigo dió prueba de una paciencia heróica, soportando las obscuras y metafísicas razones que el ingeniero le ensartó con crueldad inconsciente.

—Eliminando el tercer término...

V

JACOB LEONY EL JUDÍO, Y ALGUNOS OTROS TIPOS MÁS

Era judío francés, es decir, nacido en territorio de Francia, pero fiel á la religión de sus padres, emigrados de Oriente á mitad del pre-

sente siglo y establecidos en París con una casa de banca que al poco tiempo de abierta se hizo célebre en el mundo entero por su riqueza. Venido Jacob á Buenos Aires, nadie recordaba en qué fecha, pretendió y obtuvo, á fuerza de intrigas y bajezas de todo género, la mano de una rica heredera cuya familia ganó hace poco un ruidoso pleito á cierto personaje muy conocido en los círculos forenses y literarios. Leony, al casarse con la heredera en cuestión, no hizo sinó seguir la costumbre judía, que consiste en acaparar la riqueza por todos los medios, siendo el matrimonio uno de los principales y más explotados. Asegurábase que daba malos tratamientos á su mujer, y se contaban horrores de su manera de proceder con los que caían en sus garras satánicas. Cobraba intereses infames, y entre otras historias más ó menos parecidas, citábase la de una opulenta dama, muy generosa y dada á las prácticas devotas, á quien Leony iba arruinando lentamente con sus préstamos en pacto de retroventa.

Era de estatura mediana, que parecía menor por la costumbre de andar ligeramente encorvado, y aunque no contaba màs de treinta y cinco años, cualquiera le hubiese echado sesenta por lo menos. Grueso, sin llegar á la obesidad, pálido, de bigote ceniciento y ojos

animados por ese brillo particular que es en los avaros algo así como una manifestación externa de la fiebre que incesantemente los consume, tenía, como su correligionario el barón de Mackser, cierto sello innoble en el tipo, que no era parte á disimular el meticuloso cuidado que ponía en vestir siempre con esmero su desairada persona. Nunca abandonaba el sombrero alto, y donde principalmente se descubría su mal gusto era en los colores charros que decoraban sus corbatas y pantalones.

Al presentarse Glow y Zolé en el cuchitril que servía de Banco al judío, éste despedía á una señora no mal parecida, cuyos ojos preñados de lágrimas, brillaban á través del velo blanco, con motitas azules, que los cubría. Jacob, frío como el mármol, se encogía de hombros ante la dama que parecía hacerle una súplica inútil. Los dos amigos no alcanzaron á oir más que dos ó tres frases sueltas que les revelaron una historia íntima y espantosa.

—Es lo único que me queda—decía ella—esa casa... la miseria... ¿con qué viviré?... Le pagaré intereses más crecidos... por favor, renuéveme la letra...

El judío la empujaba suavemente hacia la puerta.

—Imposible, señora... plazo vencido...

necesito el dinero... V. es buena moza, y no le faltará quien...

Separándose bruscamente de Jacob, ella se fué, oyéndose, por breve espacio, el roce de su vestido de seda negra en el corredor.

—¿Qué deseaban Vds., señores?—dijo el judío á los dos amigos, que lo miraban con mal disimulado horror.

—Dinero—contestó Glow lacónicamente.

—¿En qué condiciones?—preguntó el judío clavando sus ojitos relumbrantes en el cielo-raso de lienzo, lleno de goteras.

—A tres meses de plazo.

—¿Qué cantidad?

—Dos millones de pesos.

Y el doctor miró á Zolé de un modo que quería decir: «para rebajar siempre hay tiempo». Jacob preguntó que cuál era la garantía que ofrecían.

—Nuestras firmas... ¿Le parece á usted poco?

Leony cambió instantáneamente de actitud. Creyendo, sin duda, al principio, que se las había con dos caballeros como cualesquiera otros, no había tenido ni siquiera la cortesía de invitarlos á tomar asiento; pero el aplomo de Glow le sugirió la idea de que podían ser dos presas de importancia, y el hombre interesado apareció entonces sin careta.

—Siéntense Vds., caballeros, así podremos hablar con más comodidad.

Casualmente había el número justo de sillas que necesitaban, sin contar un sofá de paja, con el asiento roto, que parecía pedir apoyo á la mugrienta pared sin empapelar en que se recostaba. Una vez instalados en las sillas, Jacob, con acento melífluo, dijo:

—¿Podría saber los nombres de Vds?

Decir Glow su apellido y desaparecer de la cara del judío la amabilidad que en ella se reflejara, fué todo uno. El secreto de este cambio estaba en que Leony acababa de llegar de la Bolsa, donde la ruina del doctor era voz corriente. No es posible pescar nunca desprevenido á un judío.

—Doctor, yo no puedo servirlo... Las cosas andan mal, y...

—Pues amigo—dijo Glow irónicamente—á mí me parece que no tanto... Esa señora que acaba de salir...

Se veía que estaba irritado con deseos de ofender al judío, de provocarlo brutalmente á una riña, á lo que fuese, porque había observado las metamórfosis operadas en el espíritu de Jacob, y comprendía que serían en vano cuantos esfuerzos hiciese para obtener dinero de él.

—...Esa señora que acaba de salir... Va-

ya, lo que me gustó fué el consejo... «V. que es buena moza, etc.»... Admirable, señor Jacob Leony, admirable. Es V. un filántropo, un gran hombre, un insigne propagandista de la prostitución clandestina...

Zolé, temiendo, sin razón, porque Leony no era hombre capaz de vengar una ofensa, que aquello acabase mal, tomó del brazo á su amigo, y se lo llevó. «¿Es posible que un hombre de tu posición descienda hasta provocar á ese miserable? Déjalo... el desprecio es lo que merece»...

En la vereda tropezaron con Ernesto Lillo, que parecía ser presa de un ataque de nervios. Sudoroso y agitado, con la voz temblorosa en que se manifestaba una emoción muy viva, agarró al doctor una mano, y con bruscos ademanes le dijo que Granulillo y Fouchez no aparecían. «Se los ha tragado la tierra, y mientras tanto los acreedores me hostigan de un modo terrible».

—Y V., doctor ¿no ha conseguido nada?

Glow, sin ahorrar detalles, le refirió sucintamente las peripecias de su excursión, prometiéndole no descansar hasta que reuniese la cantidad que les hacía falta.

Ernesto le propuso que firmase una letra á quince días, para calmar la impaciencia de los acreedores y tomarse más tiempo para arbi-

trar recursos, porque el plazo de la liquidación era muy perentorio. Glow aceptó, y los tres se encaminaron al Banco Nacional, donde el doctor compró varias fórmulas de distintas cantidades. Ernesto sacó su cartera, y mientras su comitente se preparaba á escribir en una de esas mesas que hay distribuídas en el salón del Banco, el corredor presentó el estado exacto de la situación.

—En la suposición de que mañana le den á V. millón y medio por los títulos de propiedad que ha dejado en el Banco de Cauciones...

—Me han de dar más...

—No mucho... Bueno, pongámosle dos millones. Esto, sumado al millón y medio que tiene V. reunidos en efectivo, da un total de tres millones y medio. De manera que falta todavía otro millón y medio para llegar á los cinco qne V. debe. ¿Á ver?... Sí, eso es, cuatrocientos mil de las Catalinas, ochocientos mil del Crédito Real y trescientos cuatro mil de las acciones del Banco Nacional... Haga varias letras cuyo total ascienda á esta suma, á millón y medio.

El doctor firmó las letras y se las entregó á Ernesto, el cual, volviéndose hacia Zolé, que no había despegado sus labios, le dijo:

—Si V. quiere firmarme otra letra por los ochenta mil pesos que ha quedado debiendo...

El ingeniero no opuso inconveniennte alguno, y poco después Lillo entregaba en la oficina de liquidación las letras, que le fueron aceptadas, previo compromiso de llevar al día siguiente la suma que Glow había podido reunir.

Cuando ambos amigos se encontraron en la puerta del Banco, libres de la presencia del corredor, Glow recordó que no había pagado al cochero, el cual quizás estaría esperándolos frente á la casa del judío Leony. Tomaron apresuradamente por la calle de Cangallo, y al llegar á una joyería que hay frente al café de París, Zolé detuvo á un hombre de estatura ridícula por lo menguada, que iba caminando á saltitos, con la cara muy risueña, como si acabara de sucederle alguna cosa extraordinariamente agradable. Era rubio, tirando á rojo, y vestía con decencia, hasta con un poco de pretensión si se quiere. En el modo de andar, en el modo de mirar, en el corte de su traje gris-perla, se veía en él á uno de esos individuos que quieren parecer más jóvenes de lo que son, y que generalmente están atacados de una hidrofobia amorosa siempre en relación inversa con la impresión que causan á las mujeres. Era de los que están condenados á pagar eternamente las caricias interesadas. Este tipo, muy común entre cierta clase de hom-

bres de negocios, y, al menos que nosotros sepamos, no clasificado por nadie todavía, podría ser bautizado con el nombre de re-usurero. Su principal ocupación consistía en prestar dinero á interés; pero lo particular del caso era que no se le conocía capital alguno propio, pues su habilidad consistía en proporcionar, à los que lo necesitaban, el dinero de los usureros, cobrando, no la comisión que se acostumbra, sino un interés mayor que el fijado por éstos, de manera que tenía asegurada una renta nada despreciable sobre el capital ajeno. Su misión era dar una vuelta más á la soga de los ahorcados.

El doctor se paró frente á la vidriera, fingiendo extasiarse en la contemplación de las joyas allí expuestas, mientras Zolé, cogiendo por la solapa al re-usurero, le daba un solo de los suyos para convencerlo de que podía prestarse dinero sin garantía á ciertas personas. Pero no era fácil embaucar al hombrecillo, y Zolé, desesperanzado, lo dejó libre, viéndolo alejarse á saltitos y desaparecer en la esquina como un personaje de Hoffman.

Habíase separado el doctor de la vidriera y juntádose á su amigo, cuando éste, lanzando una exclamación, atravesó la calle precipitadamente y entró al café de París, en cuya galería exterior se detuvo para saludar á un

elegante joven en quien Glow creyó reconocer á un amigo de León Riffi. Su belleza varonil, notable sobre toda ponderación, y determinada por unos ojos negros, orlados de largas pestañas rizosas, un poblado bigote castaño y unas facciones perfectas, enérgicamente acentuadas, era realzada por esa expresión de melancolía que los novelistas se complacen en poner en la cara de sus personajes más interesantes. Sobre su traje negro, visible sólo en la parte superior, resaltaba una corbata de piqué blanco, sin alfiler; y cuando levantaba el brazo, se veía relucir, en el dedo meñique de su mano pulida, un solitario enorme. Sentóse el ingeniero junto á él, y trabaron, según Glow pudo observar disimuladamente, animada conversación. ¡Si el doctor hubiese sabido de quién se trataba!

Aquel joven, como el re-usurero, creemos que tampoco está clasificado, aunque su clase es numerosa en las grandes ciudades. Aparentemente era uno de esos corredores sin escritorio, á quienes se encuentra en la Bolsa todos los días, de doce á cuatro. Gastaba coche, frecuentaba la mejor sociedad y estaba en vísperas de casarse con una niña perteneciente á una familia acaudalada. Este era el tipo exterior, el conocido. Veamos ahora el nombre real.

Las casas de juego que no cuentan con una clientela segura, especialmente las que recién se instalan, se valen del medio siguiente para aumentar el número de sus parroquianos. Buscan á un joven de buenas maneras que esté en posición desesperada, á cualquiera de esos calaveras arruinados que empiezan á mirar el suicidio como un último refugio salvador, y le ofrecen una fuerte renta mensual que le permitirá pagar sus deudas más enojosas y llevar una vida espléndida. En cambio no se le pide otra cosa sinó que se encargue de conducir al tapete tres ó cuatro jugadores ricos por semana. La tarea es de fácil desempeño. No cuesta mucho juntarse con jóvenes disipados, y así, como por humorada, invitarlos una noche á ir á tentar la suerte. En una sociedad como la nuestra, sin tradición ni preocupaciones, con un carácter aventurero impreso por la heterogeneidad de elementos que la componen, muchos de ellos de recóndita procedencia, á nadie se pregunta quién es ni de dónde viene, ni cuáles son sus antecedentes. Por eso el tipo que venimos analizando tiene fácil acceso á todas partes, y más de una vez lo hemos entrevisto en los salones más encopetados, rodeando con su brazo el talle de alguna orgullosa beldad.

Zolé que, como todos, ignoraba con quién se

las había, después de saludar á nuestro joven, le dijo, porque lo creía muy bien relacionado, si no conocía á alguien que quisiese prestar dinero á interés. El joven, que siempre alardeaba de tener á su disposición las cantidades que desease, se excusó, dando por pretexto la escasez de dinero que reinaba, aunque la verdad era que siempre hacía lo mismo, á causa de no necesitar ganarse la vida por otros medios que por los que el lector conoce, y siendo su profesión de comisionista una simple careta con que tapaba la faz real de su existencia. Glow los miraba hablar, parado en el cordón de la vereda, y al salir el ingeniero del café, leyó en su cara el mal resultado de la entrevista.

—Nada, nada, andamos de mala suerte...

Llegaron cabizbajos, silenciosos, marchando lentamente, á la calle de San Martír, donde entre la balumba de vehículos que inundaba la cuadra del Banco de la Provincia, encontraron el coche y lo despacharon. En seguida Glow invitó á su amigo á subir al estudio para descansar un poco. «Estamos á la vuelta». Zolé le dijo que podían hacer una última tentativa.

—A pocos pasos de aquí tiene su escritorio un corredor amigo mío, muchacho de recursos, creo...

Caminaron un cuarto de cuadra y entraron á un chiribitil vecino al de Ordóñez, y en cuya puerta había una tablilla con este nombre: *Luciano Boyst.* Estaba amueblado más ó menos como el de aquél, y tenía idéntico aspecto y dimensiones. Sentado á un mal escritorio había un jovencito de buena presencia, moreno, delgaducho, de fisonomía picaresca, vestido con un traje de seda cruda y chaleco amarillo flordelisado.

—Caballero Zolé...

—Amigo Boyst...Le presento al doctor Glow.

Boyst era un muchacho que entendía la Biblia. Inteligente y precavido, no se dejaba marear «á dos tirones», como él decía, y en la Bolsa era de los que tienen la suficiente energía para marcarse un plan y no apartarse de él nunca. Compraba títulos ú oro al contado, y si se producía una baja, no se apuraba mucho por eso. Esperaba pacientemente á que volviesen á subir, y cuando esto sucedía los liquidaba ventajosamente. Además de jugador, era comisionista, rematador, lo que se ofreciese, porque sabía hacer de todo un poco y era activo hasta la exageración. Estaba en camino de hacer fortuna, pues tenía la base de todo encumbramiento, el secreto de todo éxito: tenía la ciencia de la vida, una intuición,

un instinto maravilloso, nacido con él, de lo que es el mundo y de cómo hay que manejarse para medrar. Sin poseer un céntimo de capital, había sabido hacerse de mucho crédito, aparentando tener más de lo que tenía, empresa algo dificultosa para el que no tiene nada. En cuanto pudo disponer de algunos pesos, compró carruaje, habló de grandes negocios, con artística naturalidad, se mostró en los teatros, hizo con Parenthou un arreglo por el cual el sastre de la calle de Florida se comprometió á tenerlo siempre paquete mediante una módica retribución mensual, y buscó novia rica, que no le fué difícil encontrar, dado el furor casamentero que reinaba, como una peste, en aquellos tiempos.

—¿Y esa novia? ¿Qué dice esa novia?—le preguntó Zolé jovialmente.

—Ahí anda, la desgraciada, creo que buena. Y V. ¿qué me cuenta?

—Pues algo importante. Necesito, ó por mejor decir, necesitamos (y señaló á Glow), unos quinientos mil pesos por lo menos, y como sé que Vd...

El ingeniero se detuvo al ver que Boyst movía la cabeza sonriéndose.

—Mire, señor Zolé, V. sabe que pocos mejor que yo podían servirlo en esta ocasión. ¡Pero si Vd. supiese cómo escasea el dinero!

Los Bancos no descuentan á nadie, sea quien fuere, y los usureros son gente con la cual nunca he querido tener tratos, aunque me parece que sería inútil recurrir á ellos, no sólo porque están cobrando intereses infames, sinó porque exijen unas garantías formidables, y según me han dicho, Vd. ha tenido grandes quebrantos este mes, como todo el mundo, lo que despertará la desconfianza de los usureros, que andan siempre averiguando el estado de los intereses de todo el mundo.

Zolé negó, con voz insegura, porque no estaba acostumbrado á mentir, aunque reconocía que ahora era necesario hacerlo, negó que sus pérdidas fueran grandes. Dijo que sí, que había perdido, pero que conservaba mucho todavía, lo suficiente para afrontar una deuda considerable. Añadió que en último caso ofrecía la garantía de su amigo el doctor Glow, el cual aseguró que estaba dispuesto á dársela.

—Sí, yo le doy mi firma á Zolé.

Boyst sonrió acomodándose el puño de la camisa, detalle que hizo sonrojar á los dos caballeros, porque leyeron, al pie de la letra, esto en aquella sonrisa:

—Si Glow está más fundido que tú...

Los pobres ignoraban que Boyst era amigo de Ernesto Lillo, y que el corredor le había contado los trastornos ocurridos á sus comitentes.

Salieron de allí más mustios de lo que habían entrado.

--Me voy á casa—dijo Zolé.—De todos modos, lo que quedo debiendo en la Bolsa es poco, y no serán muchos los que paguen tanto como he pagado yo. La semana que viene pienso irme á Montevideo á refrescarme los sesos. En cuanto á tí, ten paciencia...

—¿Mañana irás por el estudio?

—Tal vez.

Se despidieron friamente, con tristeza, sin mirarse casi. Glow dobló por la esquina de Cangallo, y en el momento de poner el pie en el umbral de la casa en que tenía su estudio, se detuvo. Una idea, una idea tenaz, que lo venía trabajando sordamente, acababa de tomar consistencia en su cerebro. Estuvo un minuto como clavado en aquella puerta, y luego, dando con el dorso de una mano en la palma de la otra:

—¡Ni hay que hablar!

VI

EN VARIEDADES

Cuando Glow se presentó en el teatro, el público saludaba, con estruendosa salva de aplausos, la gracia hechicera de una bailarina

que, vestida de azul y plata, danzaba envuelta en ráfagas de luz eléctrica. Erguido el magnífico busto, lleno de curvas perturbadoras, los brazos en alto, formando una guirnalda de marfil á la cabeza de diosa, cubierta de rizos de oro, en que las perlas y los brillantes parecían haber brotado espontáneamente; los ojos estáticos, fijos allá arriba, como si se deleitasen en la contemplación de alguna visión soñada,—la linda artista, girando sobre un pie calzado en zapato blanco, parecía una sílfide bailando sobre el tapiz impalpable que tiende por los aires la luna en sus viajes fantásticos. A ambos lados de la escena y describiendo círculos excéntricos, una veintena de arlequines se dislocaban en una especie de danza macabra, y en el fondo, entre cambiantes tornasoles que matizaban el conjunto, ya con resplandores de aurora, ya con fajas de irisada luz misteriosa, como poseídas de un vértigo, se agitaban, ligeras y vaporosas, cuatro bailarinas con tocas escocesas y grandes alas trasparentes y multicolores. La orquesta tocaba *pianíssimo* una música vaga, extraña, mefistofélica, que parecía venir de muy lejos, como el eco perdido de un *sabbat* celebrado entre los pliegues que el manto de Santa Walpurgis desarrolla en la noche clásica. Y de los palcos, llenos de libertinos elegantes y mucha-

chas alegres; de las butacas, pobladas de empleadillos que aprovechaban aquella víspera de domingo para trasnochar y divertirse á su gusto; de las galerías, del paraíso, brotaba á cada momento, á propósito de un paso difícil ó de una pirueta escandalosa, un aplauso unánime, estruendoso, acompañado de gritos, bastonazos y expresiones un poco libres.

—¡Bien, bravo! ¡Más arriba esa pierna!...

El doctor, colocándose bajo la línea de palcos que separaba el teatro de la confitería (amplia, pavimentada de mármol, llena de mesas que ocupaban los que no querían gastar en localidades), echó por la sala una de esas miradas rápidas que lo escudriñan todo en un segundo. Su aparición hizo cierta sensación en algunos palcos, á los que se asomaron, con aire provocativo, grupos deliciosos de cabecitas femeninas. Pero el doctor, cuyo traje de franela amarilla le daba un aspecto juvenil realzado por su hermoso tipo de hombre del Norte, no pareció hacerles mucho caso. Al contrario, hubiérase dicho que se encontraba allí muy á pesar suyo. Aquel centro de la juventud bulliciosa y paseandera, de las mujeres perdidas y de los viejos calaverones, no era para él, persona formal y juiciosa. De improviso vió agitarse una mano que salía del primer palco *grillé* de la derecha, y con la mano una

cabeza, quizás la que buscaba, la de Juan Gray.

— Allá voy...

Internándose en un pasillo lateral, el doctor llegó á la puerta del palco.

—Adelante—le dijo Gray saliendo á recibirle.

—No, no puedo demorarme. Vengo á decirle dos palabras y me voy.

—*¿Pour quoi si vite, joli monsieur?*

Chiquita, afiligranada, nerviosa, de ojitos traviesos, risueños, acariciadores, elegante como una parisiense y graciosa como una porteña, ataviada con un vestido de seda color violeta, ajustado y liso, y respirando alegría desde el zapato microscópico que empaquetaba su pie de muñeca, hasta la bien modelada cabeza que adornaba un enorme sombrero de paja calada, en cuya cumbre un picaflor abría sus alas caprichosas, Victoria Geihl, la célebre aventurera, la condesa apócrifa que mece el sueño de sus amantes cantándoles los dulces aires de su país, la Provenza, contemplaba al doctor con la mano en la cadera y la cabeza inclinada, entre burlona y sentimental.

—¿No conoce á Victoria, doctor?

—No, ni tengo tiempo de conocerla.

—¿Y á mí?

Detrás de Victoria, sonriente, amable, pica-

resca, grande como una matrona romana, empolvada y pintarrajeada de un modo que hacía venir á la memoria el célebre soneto de Argensola; con una profusión de joyas que daba empacho, ajada, bella todavía, pero con esa hermosura malsana que da fiebre y produce crispamientos revulsivos, Lucrecia, la bailarina retirada, la querida de Juan Gray, repitió desde la puerta del palco, con acento italiano:

—*¿Y á me?*

El doctor se hizo el sordo. León Riffi, sacando su cabeza de niño precoz y corrompido por sobre el hombro de Lucrecia, invitó á Glow á entrar.

—No, gracias, tengo que hablar con éste...

Se llevó á Gray hasta un rincón del pasillo, lejos de los mecheros de gas, adonde más escasa era la luz.

—¿Pero es posible que tenga V. humor para estas fiestas? Lillo me ha dicho que su ruina es completa.

—Y no le ha mentido, doctor. Hasta mi familia ha pagado el pato, y si me ve aquí, en compañía de esas mujeres, es porque necesito distraerme, olvidar...

—Pues yo... yo... venía á proponerle una cosa muy... muy... reservada... y útil para los dos...

¡Pobre doctor! ¡Cuánto se conocía que le costaba hablar! Se le escapaban las palabras, y hasta su articulación se resentía de aquel embarazo con que iba desenvolviendo su idea con penosa lentitud. A la verdad que era duro el trance de ir á buscar cómplice de una mala acción en quien siempre había sido tratado por él con cierto desprecio que alejaba la intimidad que ahora se veía obligado á solicitar por un motivo vergonzoso.

—Su caballo, el Centauro, ¿corre el domingo en el hipódromo?

—Sí, doctor.

—¿Y V. no sabría cómo arreglarse para que no diese fiasco, es decir, para que ganase con toda seguridad?

Juan decía que eso era dudoso, aunque creía que el triunfo se lo llevaría su caballo. El doctor, usando de muchos circunloquios, acabó por manifestar claramente su pensamiento. Consistía en que Juan Gray echase mano de cualquier medio ilícito para asegurar el éxito de la carrera. «V. debe de estar al corriente... no ha de ser la primera vez...» Juan por poco no se restregaba los ojos para asegurarse de que no era víctima de una alucinación. Se hacía repetir dos, tres veces, los mismos conceptos, como si no hubiera entendido bien. Conocíase que temía engañarse, in-

terpretar equivocadamente lo que oía. ¡Le costaba tanto creer que aquel Glow que lo invitaba á proceder así, era el mismo, en carne y hueso, que en más de una ocasión había condenado el juego en términos precisos y categóricos! El doctor, adivinando lo que en la mente de Juan pasaba, dijo:

—Mi fracaso en la Bolsa me obliga á proceder de esta manera. Debo mucho, no tengo de dónde sacar más recursos y es preciso que V. me ayude á salir del atolladero.

Convencido el *sportsman* de que había comprendido las palabras de Glow en su verdadera acepción, se desató á hablar á su vez.

—Casualmente, vea V. qué coincidencia, el *tongo* está preparado... Yo no quería decirle nada á V. porque tenía unas ideas...! Yo también estoy fundido, y de mi familia no digo nada, así es que considero un deber tentar todos los medios para que nos salvemos todos...

—¿Y cómo piensa hacer la cosa?

—De un modo muy sencillo. León Riffi va á ser *starter*...

—*¿Starter?*—preguntó Glow con extrañeza, pues no conocía el argot hípico.

—Así se llaman los que dan la señal de la partida, los que bajan la bandera. Casi siempre son dos. Uno, el de menos importancia, se coloca en la misma línea que los caballos an-

tes de partir. A treinta ó cuarenta metros más adelante se sitúa el otro. Cuando llega el momento de largar, los caballos se lanzan, y si al pasar por junto al segundo *starter* van bien, éste baja á su vez la bandera, que es la señal definitiva de la largada.

—Comprendo—dijo Glow—León será este segundo *starter*.

—Por supuesto y de acuerdo con mi corredor, que tratará de partir primero, sólo dará la señal cuando el Centauro salga adelante. Mi caballo es una luz. Creo, sin vanidad, que se llevaría el premio corriendo legalmente. Pero mejor es asegurarlo. He hecho lo mismo varias veces, y siempre ha tenido éxito el *tongo*.

—¿El *tongo* es la trampa, no?

—Eso es. Un día hubo de fallarme, porque el público comprendió la jugada, y por poco me mata, doctor. Yo mismo era el *starter*; y si no me escapo á tiempo, no sé qué hubiera sido de mi pellejo.

—¿Y se dió por ganada la carrera?

—¿Y entonces?... Tan se dió por ganada que aquel día me embolsé cincuenta mil pesos. ¿Quiere que llame á León para que le explique?...

—Déjelo, no hay necesidad—dijo Glow, que no veía el momento de salir de aquella situa-

ción humillante.—Y añadió, tomándole la mano y apretándosela con el aire del que exije un juramento formal:—¿De manera que V. me jura que el Centauro ganará la carrera?

Gray titubeó un segundo.

—Sí—dijo después.

—¿Puedo arriesgar en ella cuanto poseo?

—Sí.

—¿No fallará el tongo?

—No.

Después de este interrogatorio, hecho con voz apenas perceptible, con tono de conspirador, en el pasillo desierto, hasta el cual llegaba el estruendo de la sala bullanguera, el doctor se despidió de Juan Gray, dándole cita para el domingo en el hipódromo, donde ambos se preparaban á reconquistar su perdida fortuna. En la puerta del teatro, Glow se detuvo, y á la luz del arco que iluminaba la calle, repitió la misma expresión que había dicho horas antes á la puerta de su estudio: «¡Ni hay que hablar!»

VII

¡Á PARIS!

Mientras el doctor andaba en todas estas peripecias ¿qué era de la vida de Fouchez? ¿Adónde se había metido? Es necesario que retrocedamos un poco para acabar de conocer á esta interesante personalidad cuyos numerosos homónimos represontan un elemento de trascendental importancia en nuestra rudimentaria vida social. El día en que Fouchez tuvo la evidencia de que el krack producido en la Bolsa no tenía desquite; el día en que comprendió, con su instinto sagaz de especulador avisado, que su ruina era segura y por el momento irreparable, se encerró á meditar en la salita del lujoso departamento que ocupaba en el primer piso del hotel Frascati. Tendido sobre un blando sofá de lampás azul, mientras aspiraba de rato en rato el humo de un *narghilé* turco, á través del tubo cuyo extremo opuesto estaba adherido á un depósito de porcelana colocado sobre una mesita de ébano con incrustaciones de bronce, Fouchez, que había tenido la precaución de cerrar antes la puerta con llave y de dejar en el corredor á un sirviente con orden de decir, á cualquiera

que fuese á buscarlo, que no estaba, se entregó á un soliloquio en alta voz, porque al francés le gustaba mucho reflexionar de este modo cuando se encontraba solo. Hablaba en su idioma, pero daremos aquí traducidas las expresiones que se escaparon en aquella ocasión de boca del aventurero más ladino que ha pisado en los salones de nuestra Bolsa de Comercio.

«Mi deber, no lo niego, me manda pagar á mis acreedores; pero yo no he venido á América para cumplir con mi deber, sinó para hacer fortuna. ¿Quién me conoce aquí? ¿Quién sabe que soy el marqués de la Charompfeux? Estoy, es cierto, atado á esta tierra por los lazos del agradecimiento, pues en ella encontré trabajo y fortuna... ¿Agradecimiento he dicho? ¡Qué tonto soy! ¿He de estar agradecido à un país que después de enriquecerme, quiere dejarme hoy más pobre de lo que vine? ¡Vaya un modo de enriquecer! Además, si él me ha dado el dinero, yo le he dado el trabajo, he propendido á su engrandecimiento... No, es cosa resuelta: me escapo á París sin pagar á nadie... He trabajado mucho y revuéltome los sesos para que tenga el coraje de volver á empezar... Ya no me quedan ganas de manejar títeres... no, no, ni de arrastrar carritos de helados, profesiones humillantes á que re-

currí en desdoro de mi posición social y... ¡Si mis antepasados resucitasen! Ellos, que ostentaban la divisa: *Dieu, le Roi et Nous*; ellos, de quienes Luis XIV dijo un día á Mme. de Maintenon: «Son la flor de mi reino», ellos, que fueron cantados por Delille y Scarron!... Felizmente, todos han muerto ya y no han podido ser testigos de la degradación de su descendiente. Es necesario que recupere mi rango... Sin dinero no es posible sostenerlo... Mis abuelos, desde el fondo de su tumba, aprobarán mi conducta. ¿Qué me importa abandonar esta obscura republiqueta americana, si con lo que poseo puedo brillar en París como el más atildado elegante del faubourg Saint-Germain?... Los títulos nobiliarios no valen ya nada en Francia; pero la fortuna sí. Yo la tengo, y un nacimiento ilustre, digan lo que se les antoje los demagogos, es siempre un mérito que todos desearían tener... La Argentina no es mi centro... Tengo la nostalgia de París, única ciudad del mundo en que la vida es soportable, y allá me vuelvo... Mi fuga será objeto de las críticas y vituperios de esta sociedad que desprecio... Pero ¿en qué podrán perjudicarme? ¡Á París no llega el murmullo insignificante de este rincón del mundo!...»

Aquí estaba Fouchez de su monólogo, cuando el ruido del picaporte le hizo soltar el *narg-*

hilé y prestar oído atento á una discusión que acababa de suscitarse en el corredor.

—Está, yo sé que está—decía una voz que Fouchez reconoció al momento por la de Ernesto Lillo.

—Le aseguro á V. que ha salido—respondió, en mal español, el sirviente que estaba de guardia—y se ha llevado la llave, como acostumbra.

La mano seguía forcejeando con el picaporte; pero la puerta no cedió.

—¿Y á qué hora volverá?—preguntaba con ira Ernesto.

—No sé, caballero, no ha dejado dicho nada.

—¡Mientes!...

Siguió un violento cambio de palabras, luego se oyeron pasos que se alejaban, y por último todo volvió á quedar en el más profundo silencio. Fouchez se levantó y entró en el dormitorio, que comunicaba con la salita por una gran portada cubierta con colgaduras de raso granate.

—Ese pobre Ernesto Lillo—decía—me inspira lástima; pero ya encontrará modo de arreglarse con mis acreedores... Y si no lo encuentra, que tenga paciencia... Será un imbécil más que sacrificaré en aras de mi fortuna asegurada... Es preciso proceder pronto y bien... Me embarcaré hoy mismo, si es posi-

ble, para Montevideo, y allí tomaré un paquete trasatlántico.

Había abierto el ropero y sacado de él un cajón secreto, que puso sobre la cama, una cama ancha, de matrimonio, con dosel y cortinas obscuras que le daban la solemne apariencia de un túmulo funerario. Hecho esto, sacó del cajón un envoltorio de papel verde, y rasgándolo, quedaron en evidencia varias piezas de ropa que colocó en el respaldo de una silla. Era el traje que usaba cuando trabajaba en el teatro de títeres, de imperecedera memoria, y que conservaba como un recuerdo de sus tiempos de miseria. Se lo probó y quedó satisfecho. Aquel traje lo desfiguraba completamente, dándole el aspecto de un humilde obrero. Se componía de una blusa de brin azul, con las mangas gastadas en los codos; de un chaleco de la misma tela y de un pantalón amarillo, también de brin, en forma de bombacha.

Transformado así, se acercó á una repisa de nogal labrado que en un ángulo de la pieza había, y abrió una caja de cartón, de la cual sacó tres estuches y unas barbas postizas. Poco después, nadie, ni el sabueso policial de mejor olfato, hubiera podido sospechar quién se ocultaba detrás de aquel obrero rubio, con anteojos azules y aire campechano, que se pa-

seaba, ensayando posturas y ademanes, de un extremo á otro del lujoso dormitorio.

—Estoy bien así... Ahora sólo falta el pasaje y la conversión de los valores... ¡Á París! *¡Vive la France!*

....

El antiguo muelle de pasajeros era un jubileo aquella hermosa tarde de octubre en que el río se mantenía quieto y como perplejo ante el sublime espectáculo que presentaba el horizonte, donde el sol se hundía como un buque náufrago incendiado en medio de un mar sangriento y sin orillas. Abajo, extendía perezosamente sus olas la inmensa sábana movediza, azogada, verdosa, cruzada por anchas franjas de plata, erizada de mástiles en la línea circular del horizonte, mecida por una fresca brisa que hinchaba las velas de las pequeñas embarcaciones que iban y venían, cargadas como las hormigas en los senderos de un jardín, desde el muelle hasta los dos grandes vapores empavesados y pintados de rojo que á media milla de la costa arrojaban espesas columnas de humo por las negras chimeneas, como monstruos marinos que estuviesen haciendo la digestión con ayuda de esa querida incomparable que se llama la pipa.

A la entrada del muelle, entre la reja del ferrocarril y las casillas del resguardo, arre-

molinando en torno de la balumba de equipajes diseminados por el suelo, y estrechándose alrededor de los puestos ambulantes cuyos blancos toldos, sacudidos por el viento de la tarde, crujían alegremente dando sombra á las pirámides de naranjas simétricamente colocadas, los grupos de viajeros que llegaban se veían asediados por los vendedores infantiles —fosforeros, cigarreros, lustradores—y la ruda voz de los boteros, que ofrecían sus lanchas con impertinencia de mendigos desvergonzados. Muchos, para huir del asalto, se refugiaban en las alamedas del Paseo de Julio, por cuyas sombrías callejas vagaban esos espectros á quienes el alcohol y los vicios más infames y monstruosos han segregado de la sociedad, hundiéndolos, gracias á un destino compasivo, en esa especie de sonambulismo que les hace soportar su vida miserable con la inconsciencia del bruto y la resignación del idiota. Y en toda la extensión del largo muelle, un ruido, un movimiento, una animación, una variedad que dejaban maravillado. Bandadas de muchachas, vestidas con sus túnicas de viaje, claras, sueltas, elegantes, y sus sombreros vistosos. que resaltaban entre el gentío como ramos de flores recién cortadas; jóvenes bulliciosos, paquetísimos todos, la mayor parte de chaleco blanco y zapato charola-

do, esparcidos en corrillos pintorescos, fumando, riendo, bromeando, haciendo comentarios prematuros sobre la corrida que se preparaban á presenciar al día siguiente en la plaza de Montevideo, comentarios alternados con relatos de pasadas aventuras, y galanteos, y calaveradas: gruesas señoras, un poco asustadas en presencia del río, con ese temor instintivo que siente la mujer por el elemento que más le parece; estirados personajes de la política y los negocios, que iban á refrescar sus ideas viendo correr la sangre hirviente de los cornúpetos y pasear por la arena las tripas de los caballos; una compañía de opereta italiana, muy numerosa, cuyo personal femenino, no tan bello ahora como ante las candilejas del proscenio, se alineaba en la punta del muelle, chacoteando con seis ó siete calaveras de tono, que acompañaban hasta allí á las artistas para darles el último adiós. Y flotando sobre el muelle desbordante, un rumor que corría de boca en boca, que daba origen á exclamaciones rabiosas, á crispamiento subitáneos, que á lo mejor cortaba las conversaciones como síntoma alarmante de la preocupación general, que andaba de acá para allá, de un extremo al otro, pasando por todos los labios como una copa amarga que ninguno estuviese exento de saborear: el krack bursátil.

Las escaleras de los embarcaderos eran una no interrumpida comedia que servía de solaz á los muchos curiosos recostados en las barandas, como pudieran estarlo en el antepecho de un palco. Tiernas despedidas, grotescas escenas ocasionadas por la dificultad que encontraban algunas obesas humanidades para saltar de los peldaños á los botes; algazaras promovidas por pandillas de troneras despreocupados: esos mil cuadros que ofrecía nuestro puerto á la salida de los vapores de recreo, se presentaban allí en toda su infinita variedad.

Se recordará que en la parte media del muelle, á uno y otro lado, habíanse construído últimamente dos kioskos aéreos, de los cuales el de la izquierda estaba destinado á la expendición de refrescos y bebidas espirituosas. El que desde su interior miraba en dirección al río, experimentaba la ilusión de estar á bordo, en el comedor de un paquete de segunda clase. Las numerosas ventanillas, abiertas sobre el Plata, permitían dominar el panorama que presentaban las dos inmensidades besándose á lo lejos como en señal de reconciliación entre la tierra y el cielo.

Aquella tarde el kiosko de la derecha se vió honrado con la presencia de una pareja que, desde su entrada al muelle, había sido saludada por un continuo murmullo de admiración,

provocado por la extraordinaria belleza de la dama y el aspecto estrafalario de su acompañante. Su paso había sido hecho á través de un tiroteo de piropos y frases picantes que les lanzaban de los corrillos con esa audacia y familiaridad que no es sinó una de las tantas manifestaciones de nuestro carácter franco y expansivo. Habíase visto, sin embargo, contenida la galantería de los entusiastas en límites desusados, por la arrogante apostura de la dama y su traje de riguroto luto, cosa que siempre impone respeto. Llevaba una gorra negra de la cual caía un largo crespón que no por cubrirle la cara alcanzaba á ocultar el brillo de unos magníficos ojos azules, ni las líneas admirables de una fisonomía excepcional. Y si la gorra era discreta por delante, por detrás pecaba en sentido contrario, dejando descubierta una nuca deliciosa, robusta, nerviosa, de tonos ambarados, llena de rizos juguetones escapados á la abundante cabellera rubia que se retorcía graciosamente, peinada en alto, como se usaba entonces. Un vestido liso, de merino, con guardas de crespón, se ajustaba al cuerpo más gallardo que es posible imaginar, formado por el busto de una mujer, la cintura de una niña y la cadera de una diosa pagana.

Su acompañante, su esposo quizás, era de

reducida estatura, y también iba enlutado. Pero ¡qué poca distinción había en su saco cruzado, de mal corte, y en su pantalón campana, que entonces no había vuelto á entrar en moda, como hoy. Aquel traje olía á factura de ropa hecha. Y no era esto lo peor, sino el sombrero de paja, como los que usan en la India los exploradores ingleses, que adornado, sin consideración al luto, de su correspondiente velo verde, sombreaba una cara en la que dos patillas azafranadas parecían, así como el pelo del mismo color, postizas y mal pegadas. Seguía á la pareja un changador cargado con dos baules sujetos por una correa. Todo el mundo se preguntaba quiénes eran aquellos dos viajeros; pero nadie los conocía. No faltó, por supuesto, algún mala lengua que creyese ver en la dama á cierta gran *cocotte* que hiciera en otro tiempo furor á su llegada de París; y esto fué cuanto se adelantó.

Luego que los dos desconocidos saciaron la sed en el kiosko, se dirigieron al embarcadero más próximo, y tomaron un bote que tenía pintadas estas tres palabras en la parte interior de la popa: «La joven Anita». El changador que los acompañaba, después de recibir una buena propina y dejar los baules, se volvió, y la pareja, saltando por sobre un montón de balijas, jaulas, cajones y atados, se aco-

modó entre una corpulenta señora que daba grandes alaridos cada vez que un nuevo viajero saltaba á la embarcación, y un inglés muy tieso, *gentleman* de los pies á la cabeza, cuya gravedad no impedía que á cada instante alzase los ojos para pispar las pantorrillas de las mujeres que bajaban por la escalera Junto al inglés, dos damiselas de vida airada conversaban en alemán y parecían burlarse de un mequetrefe que les hacía señas agarrado al mástil de un bote vecino. Una linda muchacha envuelta en amplio guardapolvo de seda cruda, miraba, con los ojos húmedos, á un elegante que la saludaba desde lo alto del muelle. Pegados á la muchacha, dos empingorotados caballeros, hombres de mundo, sin duda, observaban la escena sonriendo irónicamente...

Entre la batahola que armaban los juramentos de los boteros, las despedidas de los que se iban á los que se quedaban, y vice-versa, y la confusión consiguiente á todo embarque, la "Joven Anita" salió por fin en dirección á los vapores cuyo ronco y profundo silbato llenaba á intervalos los aires con ruido semejante al de la voz cavernosa de una nodriza que en la obscuridad asusta á los niños con el cuco. Unos cuantos vigorosos golpes de remo, dados por tres robustos marineros, bastaron para

poner al bote en condiciones de marchar solo á vela, y empezó á deslizarse suavemente por las aguas tranquilas. A la izquierda, y paralelo al muelle de pasajeros, que iba achicándose y confundiendo con la ribera á medida que la embarcación se alejaba, el de Catalinas proyectaba su larga sucesión de postes verticales, sobre los cuales se veían los altos guinches que servían para la carga y descarga. Atrás quedaba Buenos Aires, con sus vetustas recobas y sus casas de tres y cuatro pisos que le dan en el puerto la apariencia de una gran ciudad europea, ilusión que se desvanece cuando el viajero sube las pendientes y se interna en la chata población porteña. Sobre la línea verde del Paseo de Julio, la estatua de Mazzini, blanca y erguida, recortaba bruscamente su perfil marmóreo sobre el cielo enrojecido, y su brazo levantado parecía agitarse á lo lejos como despidiendo á los navegantes que se ausentaban ó echándoles su bendición. Al sur, la Boca se internaba en el río, semejando una península salvaje que limitaba el horizonte por aquel lado. Y en torno del bote que conducía á nuestros dos viajeros, no se veía otra cosa que velas desplegadas y teñidas de rosa por los últimos rayos del sol poniente. Vistas de lejos, debían producir el efecto de alas de ángeles calaveras bajados al mar para hacer la

corte á las sirenas en sus grutas de zafiro, pues no faltaba ni el cántico de las bellas hijas de las olas. De una lancha embanderada salía la voz armoniosa de una andaluza que cantaba peteneras acompañándose con la guitarra. Aquella voz, penetrante y melancólica, llena de emoción y de ternura, tenía sonoridades extrañas que los viajeros de todos los botes escuchaban en religioso silencio. La hora, el sitio, el soplo inmenso de amor y de ventura que doraba y embellecía el espléndido escenario, daban misteriosa solemnidad á aquel canto que ora se levantaba sollozante y apasionado, ora languidecía gradualmente en una prolongada nota temblorosa que parecía la voz del crepúsculo moribundo...

El inglés del velo verde se inclinó al oído de la dama, su acompañante.

—Esa debe ser una artista...

—Sí, y de las mejores...

No hablaron más. Sólo cuando el timonel (un hombre de tez cobriza, con la cabeza cubierta por un gorro de piel de mono) les preguntó á cual de los dos vapores se dirigían, la dama dijo que al Olimpo. Costó mucho atracar, tal era la aglomeración de embarcaciones apiñadas en los costados del vapor, cuya cubierta estaba repleta de viajeros. Poco después la pareja enlutada se paseaba bajo la toldilla de po-

pa. Llevados sin duda por la curiosidad, de un lado á otro, bajaron al salón, visitaron la máquina, entraron, para salir enseguida, al camarote en que acababan de dejar su equipaje, y, por último, se encaminaron á la proa donde paseaban muchos pasajeros de segunda. De improviso el hombre del velo verde hizo un movimiento que no escapó al que lo había motivado, un tipo de anteojos obscuros, antipático, grosero, vestido con un traje azul, como el que usan los mecánicos y maquinistas.

—¿Has visto à ese hombre?—preguntó sigilosamente el del velo á su compañera.

—Sí ¿qué tiene?

—¿No le reconoces?

—No.

—Pues yo apostaría la cabeza á que es Fouchez. Alejémonos porque no es prudente que nos vea...

Durante este diálogo, el del traje azul murmuraba por lo bajo, examinando con temor á la pareja:

—Ó mucho me equivoco, ó esos dos pájaros son Granulillo y Norma... ¡Qué arte tiene ese diablo para disfrazarse!... Y me parece que me ha reconocido...

Un fuerte silbato le interrumpió. Levadas ya las anclas, el "Olimpo" se preparaba á zarpar. Oíase el ruido de las hélices que em-

pezaban á batir su monótona marcha. El vapor giró lentamente y puso proa al nordeste. De pie en la cubierta la pareja enlutada, y á pocos pasos de ella, el hombre vestido de azul, miraban las cúpulas y torres de Buenos Aires desaparecer lentamente en el horizonte como fundiéndose en la hoguera de aquella magnífica puesta de sol. Y en los labios de los tres brilló la misma sonrisa, que hubiera podido traducirse por:

—¡Adiós, tonta!...

VIII

EL TODO POR EL TODO

Iba á correrse la segunda carrera. Acababa de sonar el primer toque de campana que anuncia á los jockeys la aproximación del momento de salir á la pista. Las tribunas eran pequeñas para contener la inmensa cantidad de *sportsmen* que las llenaban, apostando en alta voz los unos, lanzando los otros opiniones más ó menos apasionadas sobre cada caballo, exaltándose éstos, protestando aquellos, agitándose todos en medio de un contínuo infernal vocerío ensordecedor. Confundíanse los trajes obscuros de los jugadores modestos ó despreocupados, con las levitas grises y las

galeras color té con leche de los más elegantes, á quienes no faltaba tampoco el clásico anteojo, colgado de su correspondiente correa negra cruzada al pecho como una banda. Los cartones de las entradas, repartidos en mil pedazos multicolores, salpicaban los ojales de las pecheras y las cintas de los sombreros de todas formas y calidades, desde el sencillo pajizo sin pretensiones, hasta la cilíndrica chistera empañada por el polvo que doraba la atmósfera caldeada por un sol rajante que producía molesta reverberación en la pista amarillenta y vacía. En la larga fila de palcos, recostadas en el antepecho ó conversando animadamente entre el mariposeo de los abanicos y el tumulto que las rodeaba, las damas ocupaban el puesto merecido, el primero, formando una extensa trinchera de miradas y sonrisas capaces de rendir al ejército masculino más avezado á esta clase de lides. Allí podía observarse la variedad de tipos en que el cosmopolitismo avasallador ha descompuesto á la mujer argentina, quitándole aquel sello andaluz y picante que conservaba como preciosa herencia de la sangre española. Las rubias abundaban tanto como las morenas, y de éstas eran pocas las que ostentaban aquel donaire que hechizó á Byron en una gaditana, y aquella esplendidez de formas que daba majestuoso realce á esa

belleza que ya va siendo casi puramente legendaria. Era raro ver un par de ojos negros que no estuviesen artificialmente agrandados por el pincel, ni mejillas que no desapareciesen bajo una capa de polvos ó albayalde. Y, después, un afrancesamiento en los trajes y modales, un falso exquisitismo parisién, un estiramiento forzado que hacían ridículo contraste con los resabios de las maneras abiertas y chacotonas de los buenos tiempos de antaño. No podía dudarse de que se estaba en presencia de una sociedad en evolución, cuyo cráter definitivo no ha empezado á marcarse todavía. Los atavíos eran tan diversos como los tipos: una rubia digna de ser cantada por un poeta alemán, vestía graciosísimo traje de jockey, de seda, listado de negro y blanco; en un palco inmediato llamaba la atención una *demi-mondaine* que ostentaba un sombrero colosal, de alas trasparentes y vaporosas. Cerca de ella había una morena de ojos azules, cuya gorra podía servir de molde á un ramillete de confitería. Una familia de la vieja aristocracia, de apellido histórico, compuesta de tres señoritas y sus padres, ocupaba un palco al lado de otro en el cual estaban Fracucheli y Carcaneli cruzando apuestas con dos niñas, hermanas de Miguelín, que llenaban la tribuna con el gorjeo de sus risas. Y como éstas, otras,

y otras, en todo el primer término de los palcos, en medio de los cuales se destacaba, coronado por una gran bandera argentina, el destinado á la comisión del hipódromo.

A un lado de las tribunas estaba la casilla del *sport*, en la que se libraba una verdadera batalla. Gritos, empujones, bastonazos, insultos, no había medio que no se emplease para poder llegar hasta las ventanillas y comprar los codiciados boletos. Y frente á la casilla, la pizarra donde se iba anotando con tiza, junto al nombre del caballo correspondiente, la cantidad de boletos que se vendían. Hasta entonces, la que se llevaba la palma era una yegua, la Frinea, que tenía anotados veinte mil boletos. Después seguía el Centauro, con once mil y pico; luego el Atleta con nueve mil quinientos, y, por último, el Nerón con ocho mil. Desde allí, y en toda la explanada que se extiende delante de las tribunas, gentes apresuradas, febricientes, ansiosas, que corrían de acá para allá en una agitación incesante.

Al otro lado, el recinto del *paddock*, donde se encuentran las caballerizas provisionales y el pabellón en que se pesan los corredores. En aquel punto había también grande afluencia de gente. A la sombra, dentro del semicírculo que describen los numerosos pesebres, estaban los cuatro caballos que debían tomar parte en

la carrera, ensillados, limpios, rozagantes, cada uno con su respectivo corrillo de admiradores curiosos ó inteligentes. La Frinea, ganadora de muchos premios y, como se ha visto, favorita del público, reunía en torno de sí el mayor número de aficionados. Su pelo era obscuro tapado, sin una sola mancha blanca. Alta y nerviosa, tenía los músculos de acero y las patas finas y largas. Su velocidad debía ser prodigiosa. Un jockey, de pantalón blanco y gorra y chaquetilla azules, con mangas encarnadas esta última, tenía á la yegua de la rienda, mientras fumaba un puro conversando con un señor que parecía ser el dueño de la Frinea. Algo más apartado estaba el Centauro, vigilado por su *entraineur* (*) y rodeado de una corte menos numerosa pero más selecta que la de Frinea. Todos hablaban en voz baja, como si estuviesen en la iglesia. El doctor Glow, apoyado en el brazo de Juan Gray, examinaba el caballo, tanteándole los jarretes poderosos y pasándole la mano por el lomo. Era un hermosísimo animal; doradillo, de cabeza pequeña y ojo avizor. Había sido adquirido en Inglaterra por un criador que había pagado por él la suma de cinco mil libras y

---

(*) El prurito de usar palabras extranjeras hace que en la jerga hípica se llame así á los cuidadores de caballos.

que después lo vendió á Gray en seis mil. Su padre, cuyo nombre es ocioso dar aquí, gozaba fama de ser el primer padrillo del mundo.

El Nerón y Atleta, zainos colorados los dos, esperaban, con sus *entraineurs* al lado, tranquilos y como resignados con la seguridad ó el presentimiento de su próxima derrota, el momento de salir á la pista.

—Esa yegua me inspira desconfianza—decía el doctor mirando con recelo á Frinea.

—No tenga miedo. Ya sabe cómo están arregladas las cosas. ¿Cuánto ha jugado hasta ahora?

—Un millón redondo. Sólo con el general Matto tengo hecha una apuesta de trescientos mil pesos.

—Yo no me he atrevido á jugar tanto. Es verdad que el premio será mío, y, ya sabe, son diez mil pesos contantes y sonantes.

—¿Y si por casualidad?...

Ni el doctor se atrevió á terminar la frase, ni Gray quiso comprenderla. Se conocía que ambos, á pesar de las muchas seguridades que tenían respecto al éxito de la carrera, estaban poseídos de idéntico temor.

—William, ven...

Acercóse un corredor que á poca distancia de los dos amigos se ocupaba en examinar

una fusta nueva. Este corredor, llamado, como el célebre ministro de los dos Jorges, William Pitt, era un inglés de talla tan exigua y de tan menguada contextura, que parecía un niño que no ha entrado todavía en el período de la adolescencia, contribuyendo á darle esta apariencia infantil la circunstancia de no tener pelo de barba, ya porque se mezclase en ello la acción de la navaja, ya porque en realidad fuese completamente lampiño. Tenía los ojos chiquitos y vivarachos, guiñadores, azules, y su cara una expresión de agudeza que á veces degeneraba en grotescos mohines dignos de un clown de feria. Su destreza como jockey era proverbial, casi tanto como su afición á usar de los recursos más vedados en punto á su oficio, lo que le había valido muchas suspensiones y castigos. En cierta carrera de importancia, y con motivo de haber interceptado el paso descaradamente y por los medios más reprobados, á un caballo que corría con el suyo, el público, enfurecido, quiso matarlo, y la comisión del hipódromo lo suspendió por dos años, negándole el triunfo de tan mala manera conseguido. Pasado este tiempo, Juan Gray lo tomó á su servicio, remunerándolo espléndidamente y prodigándole las mayores atenciones, en la seguridad de que si alguna vez le era necesario explotar sus malas

artes, William se prestaría gustoso á usarlas en su provecho. La ocasión presentida había llegado. Gray, cuyo honor y fortuna (junto con la fortuna de su familia) estaban próximas á hundirse en el mar de las especulaciones bursátiles, se agarraba de aquella tabla de salvación, única que para salir á flote se le presentaba, y con él el doctor, cuya integridad moral quedaba de este modo completamente rota, peligro á que se exponen todos los que se lanzan á las aguas impuras de los negocios de Bolsa.

William ostentaba en su traje los colores del Stud Amazonas, que eran: gorra y pantalón blancos y chaquetilla roja con mangas amarillas.

—¿Señor?

—Óyeme una palabra.

Separáronse los tres del corrillo en que estaban, y cuando se encontraron á suficiente distancia para poder hablar sin ser oídos de ningún extraño, Gray dió una palmada en el hombre del jockey.

—¡A ver cómo te portas!

William hizo una mueca que se parecía mucho á una sonrisa.

—Ya verá, señor.

—Tú no debes atender más que á salir adelante. León bajará la bandera, y todo tu tra-

bajo consistirá en mantener hasta la raya la distancia ganada al partir.

El jockey se castigó la bota charolada con el extremo de la fusta.

—¿Y si me sucede como la otra vez, que me echaron por una cosa parecida?

—No estás diciendo la verdad, no te echaron por eso. Sabes demasiado que si el público descubre el *tongo*, su indignación recaerá sobre León, sobre el *starter*.

—¿Y V. cree que no hay ninguna probabilidad de perder saliendo el Centauro adelante? —preguntó el doctor al jockey.

—¡Oh! no, señor. Lleva diez kilos menos de peso que Frinea, y con peso igual yo creo que la carrera sería puesta. (*)

Un cupé de alquiler, dentro del cual iban León Riffi y otro joven más, cruzó á pocas varas del grupo. León sacó la cabeza por la ventanilla é hizo á Gray una señal de inteligencia, que fué contestada con una leve inclinación de cabeza. En este momento se oyó el segundo toque de campana. William se acercó al Centauro y ayudado por el *entraineur*, lo montó. Igual cosa hicieron con sus respectivos caballos los demás jockeys, y uno en pos de otro, salieron al paso por entre una doble

---

(*) *Puesta*, es decir, igual, sin ventaja de una ni de otra parte.

fila de curiosos. Cuando aparecieron en la pista, los saludó un murmullo de expectación satisfecha á medias. El doctor Glow y su amigo se dirigieron al palco del Jockey-Club, situado en la parte central de las tribunas y que tenían derecho á ocupar en su calidad de socios del gran centro hípico, aunque el doctor, refractario á toda clase de juegos y enemigo especialmente de las carreras, nunca había estado en él. Una vez llegados arriba, se colocaron en una meseta desde la cual dominaban completamente el circo.

Dentro del óvalo encerrado en el aro de la pista, en ese espacio cubierto de musgo, cruzado por un ancho camino bordeado de árboles y exornado con el precioso kiosko de madera en el cual se expenden las entradas á los concurrentes que van por los trenes especiales, veíase una larga fila de carruajes que se desarrollaba frente á las tribunas, á lo largo de la empalizada. Los pescantes estaban llenos de aficionados á quienes el sol no parecía molestar mucho: damas entusiastas, atajándose con las sombrillas; estirados *sportsmen,* que habían elegido aquel punto estratégico para poder observar á sus anchas todas las peripecias de la carrera, y cocheros que apostaban al igual de sus amos.

Á la izquierda se extendía la verde llanura,

con una que otra casita aislada que rompía la monotonía del paisaje, y á la derecha las espesas arboledas de Palermo, de entre las cuales surgía de rato en rato un tren que, describiendo larga y majestuosa curva, iba á perderse entre las lejanas florestas de Belgrano. Y en el fondo la cinta azul del río.

Como si quisieran poner á prueba la paciencia de los jugadores, los parejeros marchaban paso á paso en dirección al punto de partida, situado en la parte opuesta á la meta. El trayecto á recorrer era de tres mil metros, ó, como vulgarmente dicen los carreristas, de vuelta y media. ¡Horribles diez minutos para Glow y su amigo aquellos que los parejeros tardaron en llegar al sitio convenido! Agarrados de la mano, empapados en un sudor frío, mudos, temblorosos, con la garganta oprimida por la emoción, seguían con los ojos al grupo de caballos cuya piel brillaba al sol como el raso de las chaquetillas de los jockeys.

Suena, por fin, el último toque de campana. Las ventanillas del *sport* se cierran. Suben los jueces al pabellón chinesco situado en la meta. La carrera va á empezar. Ansiedad general. De repente se oyen varias voces que gritan: ¡ya salieron! Pero no, no han salido aún. El doctor sólo ve un confuso agrupamiento de caballos y chaquetillas, y no lo

preocupa otra cosa que un punto blanco del que no aparta la vista. Es la gorra del corredor del Centauro. Mas el punto blanco desaparece al alinearse los caballos, junto á los cuales se ve á un *starter* con su bandera roja preparada, y á cuarenta ó cincuenta metros el otro *starter*, León Riffi, que debe dar la señal definitiva de la partida. Bájase de improviso la primera bandera, y los caballos se lanzan atropelladamente. Van bien, en perfecto orden, es una partida feliz. Sin embargo de esto, el segundo *starter* permanece impasible, y los parejeros, después de correr largo trecho llevados por el impulso, vuelven otra vez al punto de arranque. ¿Por qué? En las tribunas se produce un movimiento de estupor, que estallando luego en vociferaciones y silbidos, sólo se aplaca cuando va á hacerse la segunda partida.—«¡Ahora sí que se vienen!»—gritan muchas voces. De pronto los caballos se dispersan, volviendo todos nuevamente á su sitio. La ansiedad aumenta, el entusiasmo crece. Se da la fila (*) con Frinea.

Fué un clamor espantoso el que se levantó cuando los caballos se lanzaron definitivamente. El circo entero había visto salir al Centauro adelante, y como Frinea era la fa-

(*) *Dar la fila:* Apostar á un solo caballo contra todos los demás.

vorita, fácilmente se comprenderá con qué indignación protestarían sus partidarios contra la supercherría. Precisamente al lado de Glow estaba un joven que empezó á dar grandes gritos diciendo que aquello era una estafa escandalosa. De pronto se hizo un gran silencio. Los caballos se aproximaban al último recodo.

El Centauro apareció el primero, tendido, firme, solo adelante, rozando la empalizada. y llevando una ventaja de quince metros por lo menos á los demás caballos, entre los cuales venía confundida la Frinea, que no parecía hacer grandes esfuerzos por salir del grupo. Así pasó rápido el tren de la carrera por delante de las tribunas. Al enfrentar á ellas, el corredor del Centauro se sacó la gorra blanca y saludó al público, que contestó con una tempestad de silbidos. Glow temblaba todo, pensando en que aquellas demostraciones eran muy justas. Pero luego mermaba aquel miedo, un miedo cerval, al presentarse á su mente la idea de su ruina, de las afrentas á que se habría visto expuesto si no se le hubiera ofrecido este medio de salvación. Pensaba en la miseria, de la que iba á salvarlo ese caballo cuyos cascos ligeros hollaban victoriosos (así se lo imaginaba él por momentos) el polvo de la pista. Pensaba en Margarita, en sus hijos, en Ernesto Lillo, en la Bolsa, en sus

preocupa otra cosa que un punto blanco del que no aparta la vista. Es la gorra del corredor del Centauro. Mas el punto blanco desaparece al alinearse los caballos, junto á los cuales se ve á un *starter* con su bandera roja preparada, y á cuarenta ó cincuenta metros el otro *starter*, León Riffi, que debe dar la señal definitiva de la partida. Bájase de improviso la primera bandera, y los caballos se lanzan atropelladamente. Van bien, en perfecto orden, es una partida feliz. Sin embargo de esto, el segundo *starter* permanece impasible, y los parejeros, después de correr largo trecho llevados por el impulso, vuelven otra vez al punto de arranque. ¿Por qué? En las tribunas se produce un movimiento de estupor, que estallando luego en vociferaciones y silbidos, sólo se aplaca cuando va á hacerse la segunda partida·—«¡Ahora sí que se vienen!»—gritan muchas voces. De pronto los caballos se dispersan, volviendo todos nuevamente á su sitio. La ansiedad aumenta, el entusiasmo crece. Se da la fila (*) con Frinea.

Fué un clamor espantoso el que se levantó cuando los caballos se lanzaron definitivamente. El circo entero había visto salir al Centauro adelante, y como Frinea era la fa-

(*) *Dar la fila:* Apostar á un solo caballo contra todos los demás.

vorita, fácilmente se comprenderá con qué indignación protestarían sus partidarios contra la superchería. Precisamente al lado de Glow estaba un joven que empezó á dar grandes gritos diciendo que aquello era una estafa escandalosa. De pronto se hizo un gran silencio. Los caballos se aproximaban al último recodo.

El Centauro apareció el primero, tendido, firme, solo adelante, rozando la empalizada. y llevando una ventaja de quince metros por lo menos á los demás caballos, entre los cuales venía confundida la Frinea, que no parecía hacer grandes esfuerzos por salir del grupo. Así pasó rápido el tren de la carrera por delante de las tribunas. Al enfrentar á ellas, el corredor del Centauro se sacó la gorra blanca y saludó al público, que contestó con una tempestad de silbidos. Glow temblaba todo, pensando en que aquellas demostraciones eran muy justas. Pero luego mermaba aquel miedo, un miedo cerval, al presentarse á su mente la idea de su ruina, de las afrentas á que se habría visto expuesto si no se le hubiera ofrecido este medio de salvación. Pensaba en la miseria, de la que iba á salvarlo ese caballo cuyos cascos ligeros hollaban victoriosos (así se lo imaginaba él por momentos) el polvo de la pista. Pensaba en Margarita, en sus hijos, en Ernesto Lillo, en la Bolsa, en sus

compromisos cumplidos, en el honor de su nombre, salvado por el Centauro, y en una brusca transición experimentaba en seguida, sin saber por qué, un vago terror, un anonadamiento espantoso de todo su ser, que le producía en los músculos una flojedad desconsoladora que lo hacía apoyarse en el brazo de su cómplice, oprimirse contra él con el corazón saltándosele del pecho, mientras miraba alejarse el pelotón de animales en que iba envuelto su destino junto con la polvareda luminosa que en ocasiones les daba la apariencia de una dorada visión. Y su calma renacía al ver que el Centauro no perdía un ápice de la ventaja obtenida. De vez en cuando el corredor volvía la cabeza, para observar á sus competidores, de entre los cuales salió de golpe la Frinea y ganó una distancia de varios metros, distancia que tornó á perder en seguida, como si no hubiera tratado más que de hacer un tanteo de sus fuerzas. Aquella evolución produjo en las tribunas un delirio, un desenfreno, una agitación indecibles. Levantábanse los brazos, las vóces enronquecían, se paraban los que estaban santados, redoblaban las apuestas, se gritaba á Frinea, como si hubiera podido oirlas, mil frases encaminadas á sostener sus bríos hasta el último momento. Un alto empleado de la policía se-

creta, muy conocido por su afán de perseguir á los garitos y á los jugadores clandestinos, daba mil á quinientos á Frinea, con la faz tan descompuesta por la emoción, que parecía un loco rabioso. Otro, un periodista, autor de una serie de magníficos artículos contra el juego, en que se invocaban la religión, la moral, las tradiciones gloriosas, las costumbres veneran-das de nuestros antepasados, y se lanzaban sobre los jugadores rayos flamígeros de indignación encendida al calor de la redacción trasnochante, ofrecía dos mil á mil quinientos á un senador nacional que no aceptaba la apuesta porque la noche anterior le habían limpiado los bolsillos en el *lansquenet* del club...

Glow, pálido como un difunto, sentía temblar bajo su mano crispada, el brazo de Juan Gray que permanecía insensible á la tenaza que lo estrujaba. Los parejeros dieron vuelta á casi todo el circo. El momento solemne se aproximaba. Los jugadores más nerviosos, sin podor reprimirse, dejaban escapar su emoción en forma de gritos aislados, de exclamaciones incoherentes, que sonaban como tiros en la concavidad brumosa de las tribunas. ¡Qué inmenso tumulto, qué barahunda espantosa la que se armó cuando al volver á salvar el último recodo, el corredor de Frinea levantó el

látigo, y dejándolo caer una vez, una vez sóla, se inclinó sobre el pescuezo de la yegua que se puso de golpe á la par del Centauro! El jockey de éste castigó también, y entonces empezó una lucha reñidísima, que hizo subir la excitación del público á su grado máximo. Pasaron como dos exhalaciones por frente á las tribunas, y llegaron á la raya castigando furiosamente.

Hubo un instante de perplejidad y azoramiento. ¿Quién había ganado? Unos decían que la Frinea, otros que el Centauro. Glow se apoyó en el antepecho de la meseta, cerró los ojos y sintió que su cabeza se desvanecía. Juan Gray, más intrépido, más fuerte que él en aquel momento supremo, se encaramó á una grada y trató de averiguar la verdad. Pero lo que éstos afirmaban, era contradicho por aquéllos. Reinaba una confusión angustiosa. Una turba desenfrenada se precipitó hacia el pabellón del jury, en la meta, al borde de la pista. De improviso aquella multitud rompió en una exclamación unánime, atronadora, que se propagó por todo el circo, y durante un minuto no se vió más que sombreros agitándose en el aire sacudido por la ruidosa vibración de las aclamaciones: ¡Frinea, Frinea, Frinea! ¡Viva Frinea! ¡Frinea ha ganado! ¡Abajo el Centauro! ¡Abajo el tramposo!

La yegua regresaba al *paddock*, donde se le preparaba una ovación triunfal. El Centauro y los otros dos caballos pasaron, mohinos y desairados, bajo una lluvia de injurias y silbidos. El primero, sobre todo, era blanco de la indignación general.—«¡Bien hecho!»—le gritaban, corriendo tras él, de este lado de las barreras.—«¡Así aprenderás á no ser ladrón!» —El corredor se encogía de hombros. La turba se desató en vociferaciones contra el *starter*... Hubo golpes de boca con la palma de la mano y vivas al jury. Pero pronto se olvidó de esto, y corrió á recibir á la Frinea, en un delirio de extravagante alegría.

Al comprender Juan Gray que su caballo había perdido, se deslizó por una escalerilla, sin despedirse del doctor, y después de atravesar la confitería situada debajo de la tribuna central, echó á correr por la calle de árboles que hay á la entrada del hipódromo. A una cuadra de distancia estaba un hombre del pueblo, teniendo de la brida una hermosa yegua zaina, pronta para ser montada. Gray arrebató al hombre las riendas, subió de un salto, sin tocar el estribo, y alargando al otro un papel de cincuenta pesos, le dijo rápidamente:

—Perdí, Angel, tome...

—No, niño, no quiero nada.

—Pues entonces, adiós...

Y taloneando á su cabalgadura, se alejó á todo galope bajo la mirada triste del hombre fiel que acababa de ser testigo del desastre final de aquella familia á la que había servido muchos años, en sus tiempos de esplendor y opulencia.

Mientras tanto, el doctor, aturdido en medio del tumulto, sin darse cuenta de nada, seguía como incrustado en el antepecho de la meseta. Poco á poco fué dándose cuenta de su situación. Vió pasar á sus pies la muchedumbre enloquecida. Oyó sus gritos, al principio sin comprenderlos, penetrando después su horrible significado. Aquel estruendo sonaba en sus oídos como el redoble fúnebre de un tambor maldito Una ola de sangre golpeó las paredes de su cráneo, haciéndole perder la percepción de las cosas, y de golpe, como aplastado por una masa, cayó redondo. Corrieron hacia él varios caballeros que estaban cerca y entre los que se destacaba la imponente humanidad del general Matto, al lado de la correcta figura de Miguelín. Cargándolo como un fardo, lo condujeron hasta su coche, que no les costó mucho encontrar, porque la yunta de rusos tordillos que lo arrastraba era muy conocida y llamaba la atención desde lejos. El público, azorado, vió pasar en silencio la triste comitiva, un poco molesto de que se viniera

á turbar su regocijo con aquel espectáculo. Y un cuarto de hora después, Margarita oía resonar en el vestíbulo de su palacio los tacos de los hombres que le llevaban á su esposo moribundo.

IX

LOCO PARA SIEMPRE

Estuvo muchos días entre la vida y la muerte. Pirovano sostuvo contra el mal una de esas luchas heróicas, terribles, en que la ciencia médica, modesta y bienhechora, no ve coronadas sus hazañas con los arcos triunfales ni las pompas guerreras que el mundo sólo reserva á los matadores de hombres. Fué, por decirlo así, un combate de resistencia feroz, cuerpo á cuerpo con lo inorgánico, que avanzaba amenazador sobre un organismo pronto á rendirse. La victoria se pronunció por fin violentamente en favor de la ciencia. Cedió la fiebre, que había llegado á los 41 grados, y la razón despuntó como una aurora en el cerebro del doctor, sumergido durante una semana en obscura noche cruzada por las pavorosas visiones del delirio.

¡Qué días aquellos para la pobre Margarita! Se sentía tan sola en aquel inmenso palacio,

que ya no le pertenecía, y al cual gracias si iba á visitarla, con mucha premura y como de paso, una que otra amiga, que resolvió llamar á su tía para que la acompañase. De las muchas relaciones que Margarita tenía, muy pocas fueron las que prestaron importancia á la enfermedad del doctor, aunque, eso sí, mandaron casi todas sus tarjetas, esas tarjetas frías, de mero cumplimiento, que no se pueden contestar, como hizo Margarita irritada por aquella dispersión general cuyo secreto estaba en que no era ya para nadie un misterio la ruina de su marido. Algunas veces se presentaba un caballero en el recibidor, preguntaba por el estado del enfermo y, dejando su nombre, se retiraba presuroso como si quisiera verse de una vez lejos de allí!

Pero esto no era nada Lo grave fué cuando un lunes por la mañana se presentó Ernesto Lillo, el corredor, queriendo hablar á todo trance con el doliente. Como el portero le contestase que no se le podía ver, hizo pasar recado á la señora, alegando urgentísima necesidad de comunicarle un asunto de importancia. Y tales y tan graves razones adujo para que se le recibiera, que Margarita, á pesar del trastorno en que se encontraba, no tuvo más remedio que hacerlo pasar adelante. Cuando ella lo vió aparecer en la puerta de la salita

azul, se asustó, creyendo que se trataba de un demente. Su traje, en efecto, acusaba el desorden de un loco ó un borracho. Parecía furioso y se expresó en términos ofensivos para la dama, sin consideración al estado de su ánimo. Dijo que eso de la enfermedad era una patraña, quo Glow estaba sano y bueno, que se hacía negar, con un fútil pretexto, para no arreglar ciertos asuntos que con él, su corredor, tenía pendientes, y se despidió murmurando palabras sin cohesión, amenazas mezcladas con disculpas y galanterías que demostraban una completa desorganización mental. Margarita no sabía cómo explicarse aquel cambio en quien fué siempre tan cariñoso con el doctor. Ella ignoraba que Ernesto estaba tremendamente acosado por los acreedores de sus comitentes, y el pobre muchacho había perdido la cabeza. Quería que Glow retirase inmediatamente los pagarés que había entregado en la oficina de liquidación, aunque ya no faltaban más que unos pocos días para su vencimiento. Esto no tenía pies ni cabeza, pero el corredor creía que así debía ser.

A esta visita sucedió otra, más enojosa, si cabe, que la de Ernesto. Era un señor que se había hecho anunciar directamente á Margarita, un archimillonario á quien ésta no conocía sino por su fama de ser dueño de una de

las fortunas más grandes de la República. Grueso, moreno, inculto, con la faz enrojecida por el abuso de la bebida, masculló, en la sala á media luz, un corto preámbulo de amistosas protestas y escrupulosas salvedades, concluyendo por exponer el objeto de su visita en un lenguaje tosco, en que se confundían las palabras cultas con los terminachos groseros de la gente de campo. Él iba á cobrar una apuesta hecha con el doctor en las últimas carreras; y le cobraba, no porque dudase de que era *plata segura*, sinó debido á que tenía que cumplir compromisos muy apremiantes en la Bolsa, porque también él había sido aplastado por el derrumbe de fin de mes. Rogaba, en consecuencia, á la señora, que le disimulase *la incomodidad*, y tuviese á bien decir á su esposo el motivo de...

—Sí, se lo diré en cuanto se mejore...

—No, señora, es que estoy apurado. Ahora mismo hay que avisarle.

—¡Pero si está casi sin conocimiento, con una fiebre!...

El millonario insistía, y comprendiendo, con su astucia de antiguo peón de estancia, que sería inútil cuanto dijese, la insultó. Habló de trampas de «gente que vive en grandes casas y no tiene con que pagar á los sirvientes.» Ella entonces lo echó, y como descaradamente

se resistiese á salir el estanciero, lo amenazó con hacerlo arrojar á la calle por el portero. Por fin salió refunfuñando, bajo la mirada desdeñosa de Margarita, que se había puesto de pie y lo dominaba con su aire soberbio de mujer superior.

La tía de Margarita, cuando ésta le contó el extraño proceder de los visitantes, se ofreció á salir á recibirlos. El primero que se presentó fué el general Matto, que se manifestó muy contrariado por la gravedad que asumía el mal del doctor. Tuvo la delicadeza de no hablar una palabra respecto al verdadero motivo que lo llevaba, y que no era otro que cobrar los trescientos mil pesos jugados en contra del Centauro. En pos de éste vinieron muchos más. Instalada en el sofá del saloncito azul, rígida y severa, la señora Dolores hacía continuos esfuerzos para aparentar la energía que le faltaba.

Fué un desfile de neurópatas, de hombres excitados que paseaban sus ojos furiosos por el artístico mueblaje del saloncito y las paredes forradas en lampás azul. Era un mundo nuevo para la señora Dolores. Escuchaba, atónita, asustada, las cosas horribles que le decían aquellos señores, tan elegantemente vestidos, que se deslizaban sobre la alfombra, pronunciando palabras extrañas, con los dien-

tes apretados y la voz silbante. Todos estaban arruinados, todos se lamentaban de los quebrantos experimentados en la Bolsa. Necesitaban dinero, ya, ahora mismo, para la liquidación arrasadora de fin de mes, que habiendo sido prorrogada algunos días, estaba próxima á cerrarse, como una tumba, sobre un montón de cadáveres mutilados Por eso venían á cobrar, nada más que por eso, acosados por una necesidad absoluta, pues tenían que hacer numerosos pagos para salvar su honor en peligro.

—¿Y Glow les debe? ¿De qué les debe?—preguntaba la señora Dolores aturdida.

Ah! ¿ella no lo sabía? ¡Pobre señora! Glow había apostado grandes sumas en las carreras y había perdido. A uno le debía cien mil, á otro doscientos, á otro trescientos mil pesos. Hiciéronse las apuestas en el local del Sport-Club, la víspera de las carreras...

—Qué es eso de Sport-Club?—decía la señora ingenuamente.

Sonriendo le contestaban que era una sociedad de carreras de caballos. Ella movía la cabeza, sin comprender bien, pero horrorizada por el mismo misterio que escondía aquella cosa tan terrible, que se le figuraba algo así como un agujero sin fondo al cual irían á parar los inmensos caudales de su sobrino. Y la infeliz anciana, trasportada de golpe, desde su

tranquila casita, á aquel mundo de agitaciones y de lucha, permanecía firme en la brecha, sufriendo espantosas torturas morales. Otra cosa que le inspiraba un pavor indecible era la Bolsa, palabra que todos le repetían con acento febril, refiriéndole el desastre, el hundimiento ocurrido aquel mes, la ruina de mil familias hasta ayer opulentas... La señora llegó á imaginarse que la Bolsa sería una especie de Minotauro devorador de carne humana, horripilante, feroz. Y después de oir aquellos espeluznantes relatos, veía salir á los acreedores desarmados por su dulzura candorosa, rezongando bajo la dorada techumbre del vestíbulo, pero compadecidos en el fondo. La diplomacia más hábil no hubiera inventado un medio mejor de calmar la impaciencia de aquellos hombres, que el puesto en juego por la casualidad y las circunstancias.

La servidumbre toda, desde el portero hasta el aya de los niños, que habían sido enviados, para que no molestasen, á una casa vecina, murmuraban en los pasillos silenciosos, hacían comentarios, se comunicaban sus impresiones, prontos á sacar algún partido del desastre que amenazaba á aquel palacio fastuoso. Escuchando á las puertas, con el oído fino del hombre de servicio, uno de los criados había pescado un trozo de la conversación sos-

tenida entre Margarita y Ernesto Lillo. Una sirvienta francesa, Lilí, rubia como el oro y corrompida hasta la médula, aconsejaba á sus compañeros de servicio que estuviesen prontos para alzarse con lo que pudieran en el momento del desbande. El jardinero protestaba, pero para ponerse en seguida de acuerdo con ellos. Dejó de cuidar el parque, y se lo pasaba fumando, con el cochero y el caballerizo, delante de los carruajes enfundados y de las guarniciones cubiertas de polvo. Los caballos, faltos de ejercicio, se revolvían, pateando, en sus establos. Abajo, en las cocinas, se observaba el mismo abandono. El cocinero y los pinches no se cuidaban ya de alinear, en las paredes enlosadas, las cacerolas relucientes, que andaban esparcidas por el suelo y por las mesas mugrientas. Era un ejército pronto á ejecutar una retirada en regla, llevándose cuanto encontrase en su camino.

La señora Dolores no estaba acostumbrada al aparato de las casas montadas en un tren lujoso, y se sentía acoquinada en medio de aquellos esplendores, sin fuerzas ni competencia bastantes para reprimir el desorden. Margarita, velando día y noche al lado del enfermo, no podía notar la falta de una porción de objetos y alhajas que diariamente desaparecían de las salas y del tocador.

Glow seguía mejorando, pero su estado de abatimiento taciturno inspiraba muchos recelos á Pirovano. El enfermo no hablaba sinó en los casos de absoluta necesidad, y esto por monosílabos y señas. Un día, por fin, recibió la consigna de levantarse á la hora en que el sol calienta, á las doce. El día era hermosísimo, todo luz y alegría. Envuelto en un *robe de chambre* color café, con alamares de seda, Glow, apoyado en el brazo de Margarita, pasó á la biblioteca y allí se sentó delante de su escritorio, con la mirada triste, fija en las vecinas alamedas de la Recoleta, que se dibujaban á través de los cristales del balcón. ¡Cómo había cambiado la fisonomía del buen doctor! Con las mejillas hundidas y la barba descuidada, conocíase que un gran dolor pesaba sobre su frente melancólica y contraída por un fruncimiento de cejas en que se leía una sombría desesperación. Margarita se sentó cerca de él, en el sofá de marroquín, sirviéndole con gracioso mimo. Se había puesto un batón de surah con blondas de seda, muy suelto y elegante, y estaba peinada con coquetería, resaltando sus orejas sonrosadas bajo el pelo negro y brillante.

—¿Cómo te sientes?

—Bien. Voy á ver si tengo fuerzas...

Hizo un esfuerzo para incorporarse, pero

no pudo hacerlo. Al levantar la cabeza se fijó en un sobre que había sobre un estante.

—¿Me han traído una carta?

—Sí, la trajeron ayer por el correo... pero no leas—dijo Margarita, que ocultaba la correspondencia á su marido, reprochándose interiormente el descuido de haber dejado aquella carta á la vista.—No leas por que te puede hacer mal.

—¡Qué ha de hacerme!...

El sobre, roto, cayó sobre la estera de junco. Margarita observó con espanto que á medida que el doctor avanzaba en la lectura, su fisonomía cambiaba de colores y bañaba el sudor su frente pálida. La carta decía:

«Mi querido doctor:

«Mañana parto para el Brasil. Acosado por los acreedores y sintiéndome sin valor para arrostrar sus continuas amonestaciones, que han llegado á veces hasta la injuria, me voy á aquella tierra en la que dicen que el trabajo es fácil y espléndida la recompensa. He preferido escribirle á comunicarle de viva voz las cosas que V. leerá en esta carta, porque sé que su salud está muy delicada y temo que una conversación entre nosotros tome un giro desagradable.

«Empiezo, doctor, por recomendarle á mi madre, á mi pobre madre, que queda en la

más absoluta miseria, pues los pocos fondos que conseguí salvar de mi ruina, apenas si me bastan para emprender el viaje al Brasil. Creo que mi madre no será para V. una carga muy pesada. Nadie conoce mejor que yo la situación en que V. se encuentra, pero nadie tampoco tiene más fe que yo en su inteligencia y en su habilidad para adquirir recursos.

«No vaya á imaginarse que es valiéndome de los compromisos que tiene V. contraídos conmigo que le pido este servicio. Es que viéndome en la necesidad de ausentarme, no conozco á nadie en el mundo que me merezca más confianza que V. para dejarle el cuidado de velar por mi adorada viejecita. Le aseguro que es muy buena, muy cariñosa, y que en vez de carga será para ustedes una compañera irreemplazable. Si manifiesta inquietud por mi ausencia, ó tardo demasiado en volver, consuélela, trate de que no sufra mucho, y dígale á su señora que la tranquilice con esos argumentos en encontrar los cuales tan hábiles son las mujeres bondadosas como la suya.»

Margarita, asustada por la palidez mortal que apareció en el semblante de su esposo al llegar á esta parte de la carta, quiso arrebatársela de las manos; pero Glow la miró de un modo tal, que ella, conteniendo á duras penas

las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, tuvo que desistir de su empeño. El doctor dijo á media voz:

—Se va á matar, se va á matar. Estas son excusas...

—¿Qué estás diciendo?—interrogó Margarita.

—Nada, nada... Déjame leer. Y siguió:

«Granulillo y Fouchez no han aparecido. Diríase que se los ha tragado la tierra. ¡Ah! doctor; si quiere recuperar su fortuna, no vuelva á pisar en la Bolsa, porque dará en ella con muchos Fouchez y Granulillos! En fin, quiero olvidar el mal que me han hecho esos desgraciados á quienes perdono... Pasemos á otro asunto.

«No sé á punto fijo cuándo estaré de regreso. Lo que le aseguro es que no volveré á mi país sinó en condiciones de poder llenar todos mis compromisos. ¡Qué tremenda lección hemos recibido! En los primeros momentos fué tal la impresión que experimenté, que la idea del suicidio atravesó por mi mente como el único medio de salvar la situación con honor. Pero pronto la rechacé enérgicamente. ¡No! *El suicidio es el recurso á que apelan los culpables, jueces de su propio delito, para ajusticiarse á sí mismos.* Hay, es cierto, quienes se matan creyendo que no les queda

otro recurso que éste para sacar ilesa su dignidad calumniada; pero generalmente son los menos, porque es raro que aparezca como culpable el que no lo es. No hay más que fijarse en la estadística de los suicidas. Casi todos son gentes de mal vivir: jugadores, calaveras, truhanes de toda especie, que no tienen el coraje de borrar su pasado con nobles acciones reparadoras.

«Matarse siendo inocente, es declararse culpable, es huir—porque el suicidio es una fuga—en vez de afrontar las acusaciones con la serenidad de la inocencia. No hablo aquí de los que se suicidan en un acceso de locura, ó de amor... que es lo mismo. Romeo y Julieta son, á mis ojos de hombre práctico, dos locos,—sublimes, es cierto, pero locos. É insisto tanto sobre este punto, porque quiero probar que nadie, nadie, aunque se haya metido alguna vez una bala en el cráneo, ha procedido mejor que yo, que no me pego un tiro.

«La teoría vieja es la sana, la teoría vulgar, menospreciada en los tiempos de decadencia por que pasamos, pero verdadera y llena de una profundísima filosofía. Me refiero á la antigua aserción que dice que el suicidio es una cobardía. Se ha visto, en efecto, á hombres débiles, absolutamente desprovistos de energía, poner fin á sus días con un heroísmo

análogo á aquél de que hacía alarde el soldado que habiéndose comportado mal durante la batalla, buscó la muerte al verse objeto de las burlas de sus compañeros. ¡Era que su conciencia lo acusaba! ¡Era que se reconocía culpable!

«Nada más hermoso que la reivindicación del hombre justo. Nada más conmovedor que el arrepentimiento del culpable. El orgullo, la vanidad, el amor propio, que son casi la misma cosa, han hecho más suicidas de lo que se piensa. ¡Desgraciados! ¿No veían que después, más tarde, cuando la ola rumorosa de la murmuración hubiese pasado, si ellos cambiaban de rumbo en caso de ser culpables, y si seguían por el mismo en caso de no serlo, experimentarían goces mucho mayores que el dolor producido por las picaduras superficiales hechas en ese dichoso amor propio que á tantos disparates ha arrastrado al hombre? ¿Habéis procedido mal? Pues esperad tranquilos, que el momento de la reparación llegará y entonces sabréis lo que son los goces más puros del alma humana! ¿Habéis procedido bien? ¿Sois víctimas de la calumnia? ¿Y entonces?...

«¡Ah! los poetas, los novelistas han visto un admirable material artístico en el suicidio y lo han aprovechado para dar salida al sentimiento ó á la originalidad que rebosaba en

ellos. Pero, ¡cómo han contribuído á torcer el sentido moral! Han admirado, han loado, han puesto por las nubes al suicida, sin ver que á un espíritu bien equilibrado no puede inspirar sinó compasión el espectáculo de un hombre muerto por su propia mano; y no sé qué puede haber de grande y digno de alabanza en un hecho que inspira compasión...

«Disculpe esta larga tirada filosófica, que le admirará más cuando sepa que la escribo después de haber recibido una carta de mi novia, de mi adorable Elenita, en contestación á otra que le envié dándole cuenta de mi situación. En esa carta ella me dice, en muy buenas palabras, que me vaya á paseo. Y yo, que la quería sinceramente, doctor, aunque sin *falso sentimentalismo*, cumplo sus órdenes y me voy á dar una vueltecita por el Brasil. Me ha causado cierta tristeza la conducta de esa niña; pero le he agradecido que me haya mostrado lo que es antes de casarse conmigo, y no después, es decir, cuando ya no tendría remedio. Esta reflexión ha disipado por completo la amargura que sentí al principio...

«¡Qué hombre práctico! —dirá V.—No, doctor, lo que soy es razonable, equilibrado, antiromántico, fuerte; en una palabra: cuerdo. Me hallo exento de todas esas sublimidades (yo las llamo tonterías de cabezas huecas), que el

mundo admira, que han cantado los poetas y hecho soñar á los extraviados, y seducido á los débiles. ¡Qué quiere V.! Me siento con fuerzas para luchar siempre, siempre, hasta el fin, contra todo y contra todos, sin rendirme nunca, aunque me hieran. ¡¡Y yo triunfaré, se lo juro!! Esto también tiene, siendo práctico, su sublimidad...

«Estoy seguro de que V. piensa como yo. Lo conozco, y esta es otra de las razones por que he desarrollado tan ampliamente un tema que, á pesar de ser muy viejo, es prudente traer á colación de vez en cuando, siempre que sea con un propósito sano, como ahora.

«Y pasemos á ocuparnos de otra cosa más interesante, aunque menos agradable. El término de la caución de sus títulos se aproxima, lo mismo que el vencimiento de las letras que están en la oficina de liquidación de la Bolsa. Prepárese. Trate de pagar por cualquier medio; busque, invente dinero, porque los acreedores son implacables y no tendrán el menor escrúpulo en ponerle los muebles en la calle si no les paga. Lo ejecutarán, le darán mil disgustos, se arrojarán sobre V. como perros voraces y no lo dejarán un momento en paz. Sus propiedades valen mucho más que el precio que le han dado sobre ellas, y si no devuelve el dinero, ni le renuevan, como es pro-

bable, las cauciones, las perderá sin remedio.

«Ahora, hasta la vuelta. Vuelvo á recomendarle á mi madre, á la que dejo bajo su amparo y la de su señora, rogando á Dios por todos ustedes.

«Expresiones á la familia.

«Su amigo—*Ernesto Lillo.*»

«N. B.—Pídale disculpa á su señora por las expresiones groseras y descomedidas que usé con ella la última vez que estuve en su casa. Eran efecto de la terrible situación de espíritu en que me encontraba. Un beso á los niños y mis afectos á doña Dolores. Dígale à Zolé que no se preocupe del pico que ha quedado debiendo. Es un gran corazón ese matemático. Y en cuanto á V., se lo repito: pague de cualquier modo, porque es preferible salvar el crédito, aunque momentáneamente se sufra un gran descalabro, á quedarse con un poco que mañana se llevarán los acreedores. Ya sabe; la cosa urge.—Vale.»

No fué, no, una carcajada la que soltó el doctor cuando acabó de leer la carta. Fué una sucesión de sonidos inarticulados, en que los graves, alternando con los agudos, produjeron una serie de escalas en que figuraban todas las notas que el dolor salvaje y la alegría ruidosa han arrancado á la garganta humana.

Margarita, sorprendida y atemorizada, corrió hacia Glow y lo cogió de una mano.

—¿Qué es eso?

—¡Sal, imbécil!...—dijo el doctor, queriendo precipitarse sobre ella; pero los niños, entrando bulliciosamente en aquel instante, se arrojaron al cuello de su padre para abrazarlo.

—Papá, papá...

Glow los miró como se mira una cosa que no se ha visto nunca.

—¡Fuera de aquí!

Los niños huyeron espantados. Margarita quiso llamar, pero no tuvo fuerzas para llegar hasta el timbre eléctrico. Entonces gritó, fuerte, con voz angustiosa. La señora Dolores fué la primera en acudir. Detrás de ella aparecieron los sirvientes, que se quedaron en la puerta, sin atreverse á entrar. Glow, sostenido por una fuerza extraña, se puso de pie y arrojó sobre todos una mirada tan espantosa que nadie se atrevió á moverse ni á pronunciar una palabra.

El doctor creyó encontrarse de repente á oscuras. Un velo negro cubrió sus ojos, y á través de aquel velo le pareció ver pasar á Margarita, á sus hijos, á la señora Dolores, á Ernesto Lillo, á la madre de Ernesto, á él mismo en fúnebre procesión, con las ropas

desgarradas y pintadas en las caras de todos las horrendas angustias del hambre y la degradación. Y como se preguntase la causa de aquellos males tremendos que afligían á él y á los suyos, el velo se desgarró, y vió ante sí un mar de olas de zafiro y espumas de nácar, bañado por la luz de una espléndida aurora. Y balanceándose en la orilla, á los soplos de una fresca brisa, un bajel de forma antigua, de remos de plata y casco de marfil, de velas purpúreas y mástil de oro. Y en una isla de coral próxima á la orilla, una mujer, la Cleopatra sin duda de aquella barca, que con voz hechizadora lo llamaba agitando sus brazos desnudos. Él se embarcó, seducido, y manos invisibles agitaron los remos, mientras una música deliciosa se levantaba del fondo del mar, como si las nereidas estuviesen de fiesta en sus grutas de perlas. Después, cuando estuvo al alcance de la mujer cuyas miradas lo encendían y turbaban, ella extendió los brazos y lo atrajo sobre su tibio y palpitante seno... Durante un momento, él probó todos los goces del amor y de la vanidad satisfecha, viéndose dueño de la criatura más hermosa que habían contemplado sus ojos. Pero de pronto vió que los brazos que lo estrechaban transformábanse en asquerosas patas provistas de largas uñas en sus extremos. Y el seno

palpitante se transformaba también, y echaba pelos, pelos gruesos, largos, cerdosos, que pinchaban como las púas de un erizo. Y cuando quiso huir, arrancarse á la fuerza que lo retenía, fué en vano. Las uñas se clavaron en su piel, y sus articulaciones crujieron haciéndose pedazos. En su espantosa agonía, alzó los ojos buscando la cara que momentos antes besara con pasión, y vió que las hermosas facciones que tanto había admirado, se metamorfoseaban lentamente. La boca se alargaba hasta las orejas, y agrandábanse y multiplicábanse los dientes, en tanto que los ojos, furiosos y bizcos, se revolvían en unas órbitas profundas y sin párpados. Y él entonces, debatiéndose en el horror de una agonía espantosa ¡loco, loco para siempre! oyó estas tres palabras que salían roncamente por la boca del mónstruo:

—Soy la Bolsa.

JULIÁN MARTEL.

30 de diciembre de 1890.

JULIÁN MARTEL

LA BOLSA

(ESTUDIO SOCIAL)

SEGUNDA EDICIÓN

IMPRENTA ARTÍSTICA "BUENOS AIRES"
Venezuela 511

1898

palpitante se transformaba también, y echaba pelos, pelos gruesos, largos, cerdosos, que pinchaban como las púas de un erizo. Y cuando quiso huir, arrancarse á la fuerza que lo retenía, fué en vano. Las uñas se clavaron en su piel, y sus articulaciones crujieron haciéndose pedazos. En su espantosa agonía, alzó los ojos buscando la cara que momentos antes besara con pasión, y vió que las hermosas facciones que tanto había admirado, se metamorfoseaban lentamente. La boca se alargaba hasta las orejas, y agrandábanse y multiplicábanse los dientes, en tanto que los ojos, furiosos y bizcos, se revolvían en unas órbitas profundas y sin párpados. Y él entonces, debatiéndose en el horror de una agonía espantosa ¡loco, loco para siempre! oyó estas tres palabras que salían roncamente por la boca del mónstruo:

—Soy la Bolsa.

JULIÁN MARTEL.

30 de diciembre de 1890.

JULIÁN MARTEL

LA BOLSA

(ESTUDIO SOCIAL)

SEGUNDA EDICIÓN

IMPRENTA ARTÍSTICA "BUENOS AIRES"
Venezuela 511

1898